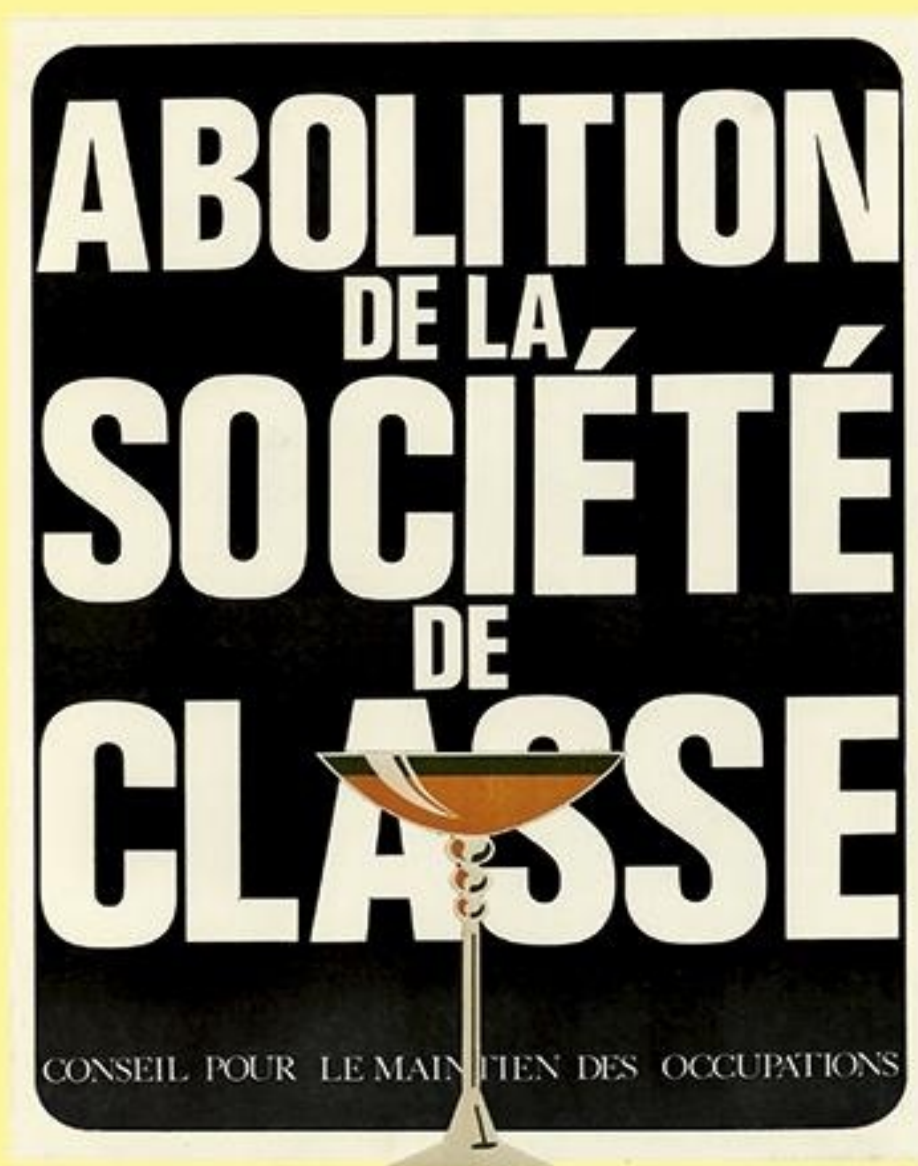


PAULINE DREYFUS

---

*El banquete  
de las barricadas*



se

Lectulandia

22 de mayo de 1968. París está paralizado por la huelga general. En las calles hay barricadas. El país está en estado de shock. Se respiran miedo, tensión y esperanza. En el señorial Hotel Meurice, sito en el 228 de la elegante rue de Rivoli, el personal no ha ido a la huelga, pero, tras reunirse, los trabajadores han decidido optar por la autogestión, dejando al director de lado. Sin embargo, en medio de ese incierto clima revolucionario, la vida sigue, y ese día en el Meurice está convocado el banquete del premio literario Roger-Nimier. ¿Se podrá entregar el galardón?

Mientras la ciudad bulle, en el interior del sofisticado hotel se entrecruzan personajes de lo más variopinto: la millonaria norteamericana mecenas del premio Florence Gould, a la que los empleados llaman Madame Racine porque va repartiendo billetes de cincuenta francos con la efigie del escritor; los miembros del jurado, entre los que está el exquisito Paul Morand, todavía señalado por sus veleidades colaboracionistas durante la guerra; el personal del hotel el barman, el maître, la encargada del guardarropa, los cocineros...; algunos distinguidos huéspedes, como el excéntrico Salvador Dalí, el multimillonario J. Paul Getty y un notario enfermo que ha decidido pasar sus últimos días en el hotel; y, por último, el ganador del premio, un jovencísimo escritor tímido y larguirucho que ha causado admiración y revuelo con su primera novela, El lugar de la estrella, y que responde al nombre de Patrick Modiano...

Pese a los problemas de abastecimiento por la huelga, el personal autogestionario parece decidido a sacar adelante el banquete para demostrar que es capaz de organizarse. Y el hotel que durante la ocupación fue el cuartel general alemán desde el que el general Dietrich von Choltitz decidió salvar a la ciudad de la orden de Hitler de dinamitarla se prepara para celebrar un singular evento literario entre barricadas...

Pauline Dreyfus nos regala una deliciosa comedia, una representación de Grand Guignol en un gran hotel, una visión muy diferente del Mayo francés a través de un jugoso grupo de personajes tan extravagantes como reales.

Lectulandia

Pauline Dreyfus

# El banquete de las barricadas

ePub r1.0

Castroponce 14.02.2019

Título original: *Le Déjeuner des barricades*  
Pauline Dreyfus, 2017  
Traducción: Javier Albiñana

Editor digital: Castroponce  
ePub base r2.0

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

A Danielle, por su entusiasmo  
A Franka, por su confianza  
A Aude, por su fidelidad

Por más que Charles-Arthur abría ojos como platos y miraba fijamente las verjas cerradas de las fábricas, las banderolas de colores, la cara socarrona de los obreros, no acertaba a ver la historia. «Pero hombre, si está ahí, haz un esfuerzo», decía Régine. Él volvía la cabeza. Demasiado tarde, la historia se había escabullido.

ÉRIK ORSENNA,  
*La Vie comme à Lausanne*  
(premio Roger-Nimier 1978)

Este será su día. Además, el cielo le acompaña, pues hasta ayer no cesaba de mostrar tintes lívidos de otoño. Se anuncia un luminoso día de primavera. El sol prodiga de nuevo sus caricias. Ya era hora. No es extraño, tras un arranque de mes de mayo tan desapacible y lluvioso, haber oído decir tantas veces que el sol no estaba en ninguna parte, salvo en las mentes.

Sí, este será su día. Y no permitirá que nadie lo empañe, ni lo pervierta con reproches, ni lo estropee con quejas. Por eso, Roland Dutertre, primer maître del hotel Meurice, y también representante sindical del personal, evita desde que trabaja allí cruzar la mirada con su colega conserje, en el que cree detectar una compleja amalgama de sentimientos que oscilan entre la vergüenza y el furor.

Cada vez acuden más clientes a quejarse al conserje. Desde el amanecer, afluyen ante el gran mostrador de mármol, adoptan un tono exasperado. *¡Un follón insoportable! ¡No hemos pegado ojo en toda la noche!* Los ocupantes de las habitaciones que dan a las Tullerías exhiben las ojeras y la cara abotargada de las víctimas de insomnio. El conserje está harto de explicar que él no tiene la culpa de que, al haber dejado de recogerse la basura desde que comenzó la huelga general, correteen las ratas por las aceras de París. Siempre salta uno de humor más avinagrado que los demás, un cascarrabias empedernido que aprovecha para declarar que *con lo que se paga por las habitaciones, se esperaba uno algo mejor*, frase pronunciada con voz tonante, que trae al conserje por el camino de la amargura.

Cuando, ante la carencia de transporte público, todos los habitantes de la ciudad se abalanzaron a sus vehículos, provocando monstruosos atascos, los mismos clientes denunciaban el estrépito de los bocinazos agresivos, de los motores en punto muerto, de los silbidos lanzados por individuos autoproclamados agentes de la circulación; el insoportable concierto que les taladraba los oídos. Ahora que ya no había modo de encontrar una gota de gasolina y que la capital se había tornado silenciosa, en manos de caminantes y ciclistas, nadie podía ignorar ya el rebullicio nocturno de los roedores que se revolcaban en medio de las inmundicias. Las agresiones sonoras se sucedían. Y para un gran hotel cuyo sello de identidad era garantizar confort y quietud a sus clientes, aquel último avatar de la crisis política que se había iniciado a primeros de mes no era el menor.

Diez días lleva ya el conserje tomando nota de las quejas y aguantando reproches. Diez días llevan los clientes crucificándolo. Su función lo sitúa en la primera línea del ejército invisible que hace funcionar el hotel. Sobre él caen los primeros disparos enemigos, cuando los enchufados de retaguardia, pinches y demás asistentes, se salvan de la letanía de recriminaciones.

Cuán lejos quedaban los tiempos en que los soberanos en el exilio se hallaban tan a gusto en el Meurice que se instalaban allí durante meses, mitigaban la nostalgia del país abandonado amueblando su suite con sus propios enseres, utilizando la vajilla que habían conocido siempre. Ni el sultán de Zanzíbar, ni el maharajá de Kapurthala, ni el bey de Túnez, ni el rey de Montenegro, ni el rey Alfonso XIII, todos aquellos

nombres exóticos que producían al personal la impresión de viajar sin necesidad de abandonar París, no estaban ya allí, ay, para colmar al personal de cumplidos y propinas.

Esta mañana del 22 de mayo de 1968, Lucien Grapier ha de enfrentarse una vez más a unos clientes exasperados que le preguntan cuándo acabará ese *tiberio*, como si encabezase él el gobierno o la prefectura de policía. En sus veinte años en la casa, jamás había tenido que soportar semejante inquina. La de los millonarios negándose a abandonar su suite para no toparse con esos jóvenes melenudos y desaliñados que quieren liquidar el capitalismo. La de los turistas obligados a la ociosidad porque los museos están también en huelga (*de qué sirve estar a dos pasos del Louvre*, protestan rabiosos), al igual que los teatros y el palacio Garnier. La de los clientes que se extrañan de que el botones no haya depositado la prensa al pie de su puerta como todas las mañanas, y a quienes hay que explicar que no ha salido ningún diario, y que, por desgracia, a la dirección del hotel no se le ha ocurrido colocar aparatos de radio en las habitaciones. La de los periodistas estadounidenses que han acudido a cubrir la conferencia de paz sobre Vietnam que acaba de empezar en el Majestic y se han convertido en rehenes repentinos de la huelga general.

De ahí que los clientes vayan a ver al conserje como quien ve la ORTF: para saber en qué punto se halla la situación.

Su discurso no ha cambiado al correr de los días. Intenta mostrarse tranquilizador. Les recuerda que los enfrentamientos tienen lugar al otro lado del Sena y que, por fortuna, la orilla derecha no es escenario de esa guerrilla urbana que va cobrando amplitud noche tras noche. Se guarda muy mucho de decirles que en ese preciso momento la parálisis del país es tal que no se ve el modo de ponerle fin. Para qué asustar a unos clientes que de todas maneras no pueden salir ni del hotel ni de Francia.

Desde el fondo del vestíbulo donde, a lo largo del día, las arañas de agremanes de falso Luis XVI salpican el mármol color crema del suelo, Roland lo observa. Y desaprueba en silencio la efusividad servil de su colega, que se le antoja francamente fuera de lugar un día como hoy. Que alce los ojos e hinche el pecho, qué demonios. Los lacayos son de otro tiempo.

Un cliente exasperado acaba pronunciando una frase tan antigua como la existencia de los hoteles de gran lujo.

—¡Quiero hablar con el director!

—Ya no hay director —se ve obligado a confesar el conserje, rojo de confusión, que precisa—: Desde anoche, el hotel está ocupado por el personal.

El tono con que lo ha anunciado mueve a pensar que desaprueba de todo corazón lo que está sucediendo.

La torre Eiffel no se construyó sin protestas. El progreso no acalla siempre todos los suspiros. Roland decide ignorar a Lucien y su tibia participación en tan histórico día.



No, se obceca el delegado sindical, que prosigue su inspección de los salones de la planta baja, nada empañará este día, ni siquiera las miradas recelosas que le dirigen desde la mañana los escasos clientes a quienes han puesto en antecedentes, como si alguien les hubiera soplado que vivían en el mismo emplazamiento donde, en 1793, el Tribunal revolucionario condenara a muerte a Luis XVI, cosa que se guardaba muy mucho de mencionar el folleto oficial del hotel.

Por otro lado, un concierto de voces femeninas de entonaciones lindantes con la histeria emerge de un pasillo situado tras la conserjería. Aun antes de haber bebido un sorbo de té y tomado una tostada, las clientas hacen cola ante el despacho donde se sitúa la caja fuerte, acuciadas por un urgente afán de recuperar sus joyas, como si fuese a celebrarse esa misma noche el Baile de las Camitas Blancas, y es que, en estos tiempos turbulentos, han pasado a temer menos a los rateros de hotel que al personal sublevado. Cada revolución, como es bien sabido, lleva aparejada su componente de saqueos.

Hasta anoche, los clientes abrigaban el convencimiento de que en el Meurice el siglo no los atropellaría. De que el lujoso hotel seguiría sirviendo la comida sobre manteles adamascados, de que el vino se seguiría escanciando a temperatura ambiente en transparente baccarat, de que podrían seguir dudando largo rato ante la carta entre el buey Stroganoff y la merluza con salsa holandesa, cuando, por todas partes, muchos franceses atemorizados hacían cola ante las tiendas de alimentación en previsión de una posible penuria, cuando la memoria colectiva se remontaba a los tiempos de la Ocupación, a los sufrimientos y las componendas del mercado negro.

Porque, a pesar de los disturbios, el gran transatlántico de la rue de Rivoli parecía seguir su trayectoria habitual. Se seguía sirviendo con la cortesía y la rapidez habituales. Gracias a los camiones militares gratuitos dispuestos por el gobierno, los empleados que vivían en las afueras conseguían trasladarse cada día a la capital. Los que vivían demasiado lejos dormían por las noches en los sofás de los salones. La dirección había puesto cuartos de baño a su disposición. Se enfundaban como todos los días sus uniformes en los guardarropas del hotel.

Pero en fin: incluso el Meurice ha dejado de ser ese remanso de paz que miran con mal ojo los revolucionarios.

Lo cual, como es lógico, suscita un indudable desasosiego entre la clientela. Como en todos los hoteles del mundo, los clientes se conocían de vista, a fuerza de cruzarse de continuo, de codearse en el comedor, de pedir un taxi al mismo tiempo. Pero, como en todos los hoteles del mundo, no se hablaban, afectaban entre ellos la indiferencia que exigía su buena educación.

La noticia de esta mañana ha trastocado sus relaciones. Han dejado de ignorarse. Se dirigen por fin la palabra, unidos por una misma angustia. En el salón Tullerías,

salpicado por el rojo y oro de una inmensa alfombra de la manufactura de Aubusson, en el salón Pompadour, circundado de maderas blancas y doradas y sembrado de pilastras de mármol, y aun en el salón de las Cuatro Estaciones, que la dirección acaba de redecorar con tonalidades llamativas a la moda actual, se han formado grupos, amalgama de turistas extranjeros, hombres de negocios, jóvenes matrimonios en luna de miel. Para mayor satisfacción de Roland, que ve en esa inédita confraternización una de las felices consecuencias de la moción votada la víspera.

Cuando Roland medita sobre los acontecimientos de las últimas horas, la única sombra de tan gloriosa mañana es esa pena que le atenaza el corazón: la de no poder contarle este día a su padre, que se lo había subido a los hombros para asistir a los mítines de Léon Blum, que le había enseñado la letra de «La Internacional» y había cultivado hasta su último suspiro la nostalgia de la primavera de 1936. Aquel precioso mes de mayo en que la huelga, encabezada por aquel a quien todos sus compañeros de la fábrica de Béthune llamaban Émile el Rojo, había cobrado un sesgo de verbena; en que, en vez del estrépito de las máquinas, se habían puesto todos a escuchar música, cantos y carcajadas. Hacía tiempo que había muerto, vencido por un fulminante cáncer de pulmón. Los vapores de la fábrica, habían dicho los médicos. Llegado el momento de ganarse la vida, el hijo había optado por la hostelería: el aire era más puro que el de la metalurgia.

De haberle dicho alguien a Émile Dutertre que algún día volverían a ser ocupadas las fábricas en Francia, que el país quedaría paralizado, que el gobierno estaría a punto de dimitir, no se lo habría creído.

Y, sin embargo, en esas estaban.

Regalos que nos hace la vida.

Desde el 13 de mayo, por iniciativa de Roland, a quien habían elegido, el personal se reunía todas las mañanas en asamblea general.

Aquello representaba para los empleados una revolución por distintos motivos.

Por primera vez, tenían la posibilidad de sentarse. ¡Sentarse! Cuando la esencia misma de su trabajo radicaba en no hacerlo. De pie los cocineros y pinches ante sus hornos; de pie las asistentas que tendían las sábanas, sacudían las almohadas, fregaban las bañeras; de pie los botones que aguardaban a los viajeros con sus maletas; de pie el conserje que se encargaba de atender las quejas pero también de satisfacer los deseos; de pie los maîtres que preguntaban si el agua la deseaban natural o con gas, la mantequilla normal o salada; de pie el sumiller que presentaba la carta de vinos, consciente de que los nuevos ricos eran legos en el asunto. A los compañeros que no practicaban más que la posición vertical, y sabían que en un hotel solo el cliente puede sentarse, los delegados sindicales les habían puesto sillas, ofrecido vasos de agua, propuesto ceniceros. Tardaron varios minutos en aceptarlos.

Luego escucharon las reivindicaciones de sus representantes, dudando en acomodar del todo el trasero en las sillas tapizadas de terciopelo rojo vivo y padeciendo en esa postura incómoda, atónitos por su novedosa temeridad.

No solo estaban sentados, además hablaban. Segunda transgresión a su oficio. Porque lo que los clientes, y por lo tanto la dirección, apreciaba en ellos era la discreción. Pocos gestos. Mirada transparente. El menor número de palabras posible. Preguntas breves (*¿Prefiere usted que se le sirva el desayuno en la habitación?*), respuestas lacónicas (*Con mucho gusto, señora* o *Ahora mismo, señor*). Un personal con clase es aquel a quien se le ve poco y se le oye raras veces; cultiva su lejano parentesco con los fantasmas.

Pero desde que comenzó la huelga general los sindicatos de la casa les instaban, día tras día, a expresarse. A relajarse. A reivindicar. Entorpecidos al principio por sus hábitos profesionales, los empleados escuchaban tímidamente las arengas de sus representantes.

—Solidaridad con los estudiantes —insistía Roland, cuyo hijo mayor arrancaba, todas las noches, los adoquines del boulevard Saint-Michel para levantar barricadas.

Tras un largo silencio, los empleados se lanzaron.

—Queremos que se nos respete más —se atrevió a decir el sumiller de habitaciones.

—Recuperar nuestra dignidad —abundó un botones.

—Más consideración —ratificó una asistenta.

—Que se valore más nuestro trabajo —agregó el chef salsero.

—Votemos una moción —concluyó Roland.

No acababan de ser reivindicaciones muy concretas, pero Roland consideró que era un buen comienzo. La huelga quedaba descartada. ¿Qué sería de los ocupantes de las ciento sesenta habitaciones del hotel? No es lo mismo dejar de trabajar en un hotel de lujo que en una cadena de la Renault.

Así y todo, siguieron pegando la hebra durante varios días, tomándoles gusto poco a poco a aquellas conversaciones sin objetivo alguno mediante las que creían participar en un gran movimiento contestatario que se extendía en la capital y más allá. Era una suerte de terapia colectiva intrascendente, un revulsivo a frustraciones cuya existencia aún ignoraban en el mes de abril.

Huelga decir que al director del establecimiento no se le invitaba nunca a asistir a esas reuniones. Se veía obligado a ver a sus empleados abandonar su puesto día tras día para encerrarse en el office. No podía evitar remolonear ante la puerta, sudando de inquietud, a la hora en que se reunía su personal: aquel hombre, que tenía su cultura, sabía que a la redacción de los pliegos de quejas habían sucedido la toma de la Bastilla y la guillotina, y que, las más de las veces, la historia de un país no es sino una eterna repetición.

La noche anterior, sin embargo, se aceleraron los acontecimientos. Se produjo el contagio tan temido por el director. Los empleados del Plaza y del George-V se pavonearon ante las cámaras para explicar que acababan de tomar posesión de los establecimientos tras la creación de una junta de emergencia dirigida por el jefe de conserjería. Que, no obstante, el personal garantizaba el trabajo. Y que ello en nada afectaría al rey Hussein y al príncipe de Grecia, que se hallaban en aquel momento en el hotel. Para celebrar dicha decisión, el personal del Meurice acudió de inmediato a manifestarse de uniforme en la avenue Montaigne, reclamando seguridad en el empleo.

—¡Cada cual tiene las Sorbonas que puede! —se guaseó Denise Prévost, encargada del guardarropa del hotel, que acudía a las asambleas generales con visible reticencia.

Denise desaprobaba aquel desorden general, aquella ira estrepitosa. Y es que su marido trabajaba en la policía y, por las noches, temía que su escudo de plástico fuera insuficiente para protegerlo de los adoquines que volaban por las calles del Barrio Latino.

—En el Plaza —prosiguió Roland— han abierto un libro de oro donde todos los clientes pueden firmar para expresar su aprobación. El primer ministro del rey de Jordania y el armador Goulandris han sido los primeros en firmar.

Los compañeros habían recibido aquellas informaciones en medio de un silencio consternado. Era costumbre en aquellos hoteles de lujo reivindicar la fidelidad de una clientela prestigiosa; llegado el caso, agenciarse la de la competencia. Con aquel libro de oro hasta entonces inédito, el Plaza había realizado una exitosa operación de publicidad: actuaba con visión de futuro dando a conocer de paso el nombre de sus clientes. En resumidas cuentas, la casa enemiga estaba hiriendo su amor propio más que nunca.

Roland esgrimió un último argumento ante aquellos de sus compañeros que todavía dudaban.

—Desde ayer, hasta el Folies Bergère ha sido ocupado por el personal. No veo por qué no vamos a ser capaces de hacer lo que hacen las chicas de las plumas. Si no, nos tomarán por los últimos mohicanos. ¡Votemos una moción!

A Lucien Grapier, el conserje, quien, manifiestamente contrariado por cuanto estaba ocurriendo, había observado que la autogestión le recordaba las fábricas de bicicletas de Yugoslavia, que el Meurice a todas luces pertenecía a otra categoría y que semejante medida le haría perder encanto y dignidad, Roland le respondió que a los clientes se les seguiría alojando, alimentando y lavando la ropa, y que les incordiaría menos la autogestión que las ratas.

A Denise Prévost, que se mostraba francamente hostil a ese cuestionamiento de la jerarquía sin la que el hotel no podía funcionar, y que recalcó que nadie había tenido motivos para quejarse de la dirección, le replicó que el paternalismo había quedado obsoleto y que había llegado el momento de celebrar la utopía.

Tan convencido estaba Roland de que la posibilidad de hacer ingresar el hotel en la historia no volvería a presentarse, que habría hallado una respuesta a cualquier objeción.

Deslumbrado por su propia audacia, el personal había votado por clara mayoría que ocuparan el hotel. Roland pensó en su padre; pero como no era creyente, no pensaba que sobreviviesen las almas. Con todo, su júbilo habría sido completo si hubiera podido decirse que, desde allá arriba, su padre se regocijaba tanto como él. Dedicó también un pensamiento a su hijo, que en varias ocasiones le había repetido *Yo no seré nunca un lacayo como tú*. Roland había cumplido su sueño: ya no había ni lacayos ni jefes.

Así pues, esta mañana del 22 de mayo el Meurice, como tantas otras empresas del país, está ocupado por su personal.

A decir verdad, esta nueva gobernanza no resulta visible a simple vista. El hotel se asemeja más que nunca a una industriosa colmena. Es una ciudad dentro de la ciudad. Los camareros de piso, pasando ante puertas donde rutilantes pares de zapatos esperan reunirse con sus propietarios, pisan la espesa moqueta de los pasillos doblando las rodillas cual bebés jirafas, vencidos bajo el peso de las gruesas bandejas de plata cargadas de ardientes teteras y de mermeladas de cítricos; las lenceras siguen planchando las sábanas y las finas servilletas de batista; en la cocina el chef se preocupa del abastecimiento por llegar; en el vestíbulo de entrada la puerta giratoria provoca blandos empujones inmediatamente acompañados de disculpas proferidas en diferentes lenguas. Todo ello cuando, en las fábricas que han dejado de producir, los obreros juegan a las cartas y organizan gozosas barbacoas para pasar el rato.

En el Meurice, solo los botones se ven condenados a un paro técnico y vagan, ociosos, ataviados con sus libreas rojas inútilmente llamativas: ¿para qué esperar taxis en la rue de Rivoli, en la rue de Castiglione o en la rue du Mont-Thabor si ellos también están en huelga desde ayer? ¿Para qué esperar maletas si ya no viene nadie?

El director, que esta mañana ha dejado de serlo, da vueltas por su despacho situado en el entresuelo. En la habitación contigua, su secretaria se lima las uñas con esmero. Sabe muy bien que la situación habría podido ser peor. Que habría podido, como algunos patronos en las fábricas donde la lucha de clases había rozado la violencia, ser importunado, bien secuestrado en su despacho o bien obligado a largarse por la vía rápida. Que los empleados habrían podido ceder a la tentación de imitar a los del palacio Garnier, que habían desfigurado la fachada del monumento colgando una banderola donde podía leerse: «Huelga ilimitada Satisfacción de nuestras reivindicaciones». Que habría podido de pronto cruzarse con empleados que, en nombre de la utopía igualitarista, habrían empezado a tutearlo y a llamarlo por su nombre de pila.

El abucheo, el follón y la gresca por fortuna no son el estilo de la casa. En la hostelería la gente tiene modales, y ningún empleado del establecimiento tendría la audacia de despojarle de su título o de pasar al tuteo.

Ya, pero si se enfrenta a la realidad, la conclusión es irrefutable: se están poniendo en tela de juicio todas sus prerrogativas. Ya no es nada.

Lo que más le molesta del asunto es la pérdida de prestigio que va a sufrir de cara a su nuevo becario. El accionista principal acaba de confiarle a su nieto (*la niña de mis ojos*, le dijo el anciano, que además tiene cuatro nietas), un jovencito recién titulado en Estudios Superiores de Comercio, que viene a realizar aquí su periodo de prácticas de fin de estudios antes de incorporarse a la sociedad familiar. *La práctica por encima de todo*, había dicho el abuelo a su descendiente. *Usted sin contemplaciones*, añadió dirigiéndose al director, *quiero que aprenda el oficio empezando por abajo*.

Pero ¿cómo ocuparse de un becario cuando uno mismo no tiene nada que hacer?

Y así, el director se muere de aburrimiento. Roland, en nombre de sus compañeros, ha sido muy claro: las decisiones se tomarán en lo sucesivo sin contar con él. (*Señor director, yo no puedo hacer nada, lo que cuenta es la ley de la mayoría: la moción ha sido votada por más de un ochenta por ciento.*) Se trata, ha añadido el representante del personal, de *devolver el poder a las bases*. El director lo miró de arriba abajo, guardándose para sí su reprobación y, en una palabra, su decepción. Ese muchacho a quien brindó su oportunidad veinte años atrás porque venía recomendado por su tío, que trabajaba en el Ritz, y porque sabía que ese joven padre de familia necesitaba urgentemente encontrar un empleo, que (con su bendición, porque la ambición es una cualidad) había trepado todos los escalones de la jerarquía, desde el puesto de ayudante de cocina hasta primer maître, pasando por el cargo de camarero de piso, Roland, acaba lisa y llanamente de despedirlo de su establecimiento.

¡*Hubert, transistor!* Esa es, desde esta mañana, la principal misión del becario: mantener a disposición del director lo necesario para mitigar su sed de información.

El director-que-ha-dejado-de-serlo ha iniciado su jornada encendiendo cigarrillo tras cigarrillo y escuchando Europe n.º 1. Las noticias no son buenas. La víspera, a Daniel Cohn-Bendit, el líder de los estudiantes, se le ha decretado la prohibición de residencia, a causa de su supuesta declaración, desde Ámsterdam, de que había que rasgar la bandera francesa para no conservar más que la franja roja. El ministro del Interior, Christian Fouchet, ha declarado que era *indeseable en Francia*. No hace falta ser un lince para comprender que semejante decisión no puede sino avivar la ira de los estudiantes. Los periodistas temen una nueva noche de algaradas. Cabe pensar lo que se quiera de ese pelirrojo que afirma querer derribar el régimen gaullista, pero en cualquier caso el ministro del Interior ha metido la pata hasta el fondo, se dice el

director. La huelga sigue extendiéndose. A las nueve de la mañana, un centenar de futbolistas profesionales han ocupado la sede de la Federación francesa, en la avenue Iéna, y han colgado en la fachada una banderola que reza: «El fútbol para los futbolistas». ¡Ahora los futbolistas! Se pregunta uno qué profesión escapará a semejante fiebre de reivindicaciones.

En este 22 de mayo, la tan esperada «salida de la crisis» parece imposible.

El señor director contempla los árboles de las Tullerías más allá de las arcadas de la rue de Rivoli. En esa estancia baja de techo, donde las ventanas de media luna se comen la luz en cualquier estación, las lámparas eléctricas están encendidas de continuo. La de su despacho empieza a parpadear de pronto y se apaga definitivamente. Es otro de esos cortes de luz que los parisinos llevan días soportando y que muestran la participación de Électricité de France en la huelga general.

Ojalá hayan cerrado el ascensor, piensa el señor director, que recuerda los deplorables incidentes acaecidos estos últimos días, cuando unos clientes se quedaron encerrados durante largas horas entre dos plantas, odiando de pronto la extravagante decoración en la que habían quedado apresados. Dicho ascensor, en efecto, es la copia exacta de la silla de manos de María Antonieta y fascina a la clientela por su aspecto ventrudo, su derroche de dorados y damasco florido, sus ventanas tapizadas. Al tomarlo, muchos clientes se habían sentido más indulgentes con los decapitadores. Si bien se mira, constituye incluso una de las principales atracciones del hotel. Los cortes eléctricos lo han vuelto peligroso.

En tiempo normal, el señor director habría corrido a la planta baja para comprobar si se habían adoptado medidas para inutilizarlo; habría comprobado de paso si los estores estaban bien bajados, con el fin de que el sol que se anuncia generoso no dañase los cuadros; habría averiguado, en fin, en el departamento de reservas si se esperaban llegadas importantes durante el día; en una palabra, habría cumplido con su deber. Pero hoy, condenado a la inactividad, debe limitarse a un mano a mano angustiado con sus tribulaciones. En cierto sentido, sufre la misma suerte que los botones del vestíbulo, que llevan bostezando desde el amanecer; los dos extremos de la jerarquía son igualmente víctimas de la revolución.

¿Cuánto tiempo durará esta grotesca situación? Imagina la impotente ansiedad de sus accionistas, que se transformará en consternación a poco que se eternice esta fantochada. Esa nueva era por la que beben los vientos los empleados los conduce sin vuelta de hoja a las puertas de la apoplejía.

El señor director vuelve maquinalmente las hojas de su agenda. Al detenerse en el miércoles 22 de mayo, dos líneas escritas en rotulador rojo lo hacen sobresaltarse. ¿Miércoles? ¡Pero si es hoy! Palidece, se golpea la frente y sale disparado de la habitación. Tiene que hablar a toda costa con Roland. Ojalá esos estúpidos no hayan anulado, para colmo, esa comida prevista desde hace un montón de tiempo.

Mientras lo busca, intenta hacer acopio de argumentos y sobre todo bosqueja frases prudentes en su fuero interno. No predisponerlos. Sugerir antes que imponer.

Apelar al sentido común. No vayan a imaginarse que va de jefe, que los trata como a lacayos, que le importa un bledo esa asamblea de todos los demonios. La inusitada susceptibilidad del personal desde hace unos días hace peligrar cualquier negociación. Tiene que actuar con suma sutileza.

Hacerles ver que no se puede echar a pique, en nombre de las ideas revolucionarias que corren por ahí, la relación de un hotel con su mejor clientela.

Que la entrega de un premio literario no puede anularse en nombre de la revolución, porque el arte, como es sabido, sobrevive siempre a las fútiles convulsiones de la vida política.

Que respetar la celebración de esa comida contribuiría en gran medida a dar publicidad al establecimiento, cuando los competidores de la avenue Montaigne se pavoneaban ante las cámaras de televisión mencionando de paso a sus clientes famosos.

El director conoce bien a su personal. En este lance, sabe que podrá contar con el apoyo de Denise Prévost, quien utiliza la palabra «desbarajuste» más o menos con la misma frecuencia que él, y con el de Lucien Grapier, cuyo prodigioso esnobismo alcanza su plenitud en cada una de esas comidas que reúnen a académicos y a mujeres de mundo. En los años de posguerra, cuando el hotel tardaba en recobrar su prestigio de antaño, sus compañeros le habían oído a menudo suspirar: *El hotel está lleno pero no hay nadie*. Ahora que el Meurice vuelve a ser uno de los hoteles más concurridos de la capital, no es cosa de que los reyes en el exilio, las estrellas de cine, las duquesas y los académicos le antepongan otro establecimiento que, en su caso, se hubiera librado del virus de la contestación. Lucien, que, amén de sus funciones de conserje, redacta todas las mañanas el «celebrities bulletin», esa hoja que se reparte al personal y donde figuran los nombres de las personas conocidas que se alojan en el Meurice, no se recobraría del disgusto.

De los demás está menos seguro. Los pinches, que en su mayoría no han cumplido los veinte años, se habrán contagiado probablemente de la revuelta de los estudiantes. El director teme tener que oír que semejantes ágapes, quintaesencia de un modo de vida burgués, están ya de más entre estas paredes conquistadas por la revolución; que son una provocación en los tiempos que corren; y que los clientes, por famosos que sean, deben dejar de comportarse como niños mimados y sintonizar de una vez con su época.

La conserjería del hotel hace las veces de torre de control. Allí es a donde hay que acudir para recomponer los itinerarios de unos y otros. En el momento en que el director se acerca al conserje, sorprende su mirada aterrorizada: una asistenta está pasando la bayeta por el mármol del vestíbulo de entrada, ante los ojos de los clientes. Es algo que se sale de todas las normas, que exigen que en un hotel de lujo



ese tipo de quehaceres se efectúe mejor de noche. Hablando en plata, semejante cosa es algo propio de un hotel de segunda. Pero ha pasado por allí la autogestión; *Ahora o nunca*, ha declarado la empleada, a quien traían al paio las miradas enfurecidas del conserje. El director está a punto de manifestar su desaprobación cuando recuerda que ya no es director. Hay que acallar la reprobación y resignarse a la ofensa.

En cualquier caso, tiene algo más urgente que hacer. A Lucien le sorprende la nueva afabilidad con que el director le pregunta dónde puede encontrar al primer maître. Tan inédita delicadeza no responde tan solo al urgente afán que acucia al director-que-ha-dejado-deserlo de hablar de inmediato con el representante sindical; es consecuencia de una breve llamada recibida la víspera de su homólogo del Plaza para informarle de que en su establecimiento el conserje acaba de autoproclamarse director (la autogestión ha vivido ahí menos que las rosas): habida cuenta de ello, el director del Meurice se muestra deferente con Lucien Grapier pensando que acaso tenga enfrente a su sucesor.

Es bien sabido, nunca hay que insultar al futuro.

Pero es conocer mal a Lucien, que solo se encuentra a gusto en su puesto y a quien nunca se le habría ocurrido acaparar ni tan siquiera ambicionar el de otro. Por ello contesta con su habitual obsequiosidad, que no excluye la precisión: *Señor director, encontrará a Roland en la 108, el Maestro lo ha mandado llamar hace menos de un cuarto de hora.*

¿Qué querrá pedirle Salvador Dalí a Roland esta mañana? ¿Que vaya a cazar moscas a los bosquecillos de las Tullerías para servirle una comida sana a Babou, su ocelote, que ha digerido mal el puré del room service de la víspera? ¿Que le facilite una manada de cabras para dispararles balas de fogeo? El Maestro sabe que cualquiera que sea su petición, será satisfecha. El Maestro regala al personal algo mejor que propinas: litografías dedicadas. Se han visto peores seguros de vida. Nada tiene de extraño que su popularidad iguale la de Florence Gould, la millonaria americana que vive aquí todo el año.

En la suite 108-110, la imaginación al poder es cosa de hace muchísimo tiempo. Cada estancia del Maestro acrecienta su leyenda. Nadie ha olvidado el día en que transformó su suite en una plaza parisina, amueblándola con una farola y un surtidor. Y la puesta en escena de sus despedidas fascina cada vez a los empleados del hotel: tras arrojar puñados de monedas de diez céntimos a la calzada, el cliente se sienta al volante de su Cadillac y, arrastrando las erres, grita a su auditorio: *¡Ruedo sobre el oro!* Distinción para unos, chaladura para otros: tanto da. El director muestra la mayor indulgencia con las extravagancias del Maestro: se congratula de la publicidad que le procuran a su establecimiento.

Salvador Dalí tenía previsto alojarse todo el mes de mayo en el Meurice. Su presencia en París había sido solicitada por dos editoriales que le pedían que acompañara la promoción de libros dedicados a su labor. Desde luego las manifestaciones estudiantiles y luego la huelga general habían inducido a los editores

a anular todas las operaciones previstas. Aquello al Maestro le traía sin cuidado. Negándose a escuchar a los amigos que lo apremiaban para que regresara a Cadaqués, decidió permanecer en la ciudad, cuya explosión libertaria le complacía. Redactó apresuradamente una octavilla titulada «Mi revolución cultural» y decidió repartirla personalmente a los estudiantes movilizados en el Barrio Latino. Esa decisión acrecentó la admiración de Roland, encantado de comprobar que se podía ser a la vez millonario y anarquista, mientras que por el contrario el director lo pasó fatal toda la velada, temeroso de que su cliente fuera atacado por alguno de los violentos de la orilla izquierda. Entrada la medianoche, el 18 de mayo, Salvador Dalí regresó triunfalmente a la rue de Rivoli: los estudiantes habían reconocido el famoso bigote, habían aclamado al pintor y habían seguido su coche al grito de «¡Dalí con nosotros!».

Roland no perdía, pues, una ocasión de acudir a la suite del Maestro. Esta mañana, ha subido la escalera con renovada alegría. Quiere ser el primero en dar la noticia increíble: el personal ha ocupado ya el hotel y, en nombre de la autogestión, ha dejado de existir distinción entre dirigentes y dirigidos.

El director se pasea ante el umbral de la 108-110. Observa cada flor de la alfombra como si esta pudiera revelar todos los misterios de la vida. Es la primera vez que no se atreve a entrar en una habitación. Desde el pasillo donde espía al delegado sindical, percibe retazos de conversaciones, el acento pronunciado del Maestro que arrastra las erres. De lo poco que oye, el director deduce que Dalí acoge la noticia con la alegre indiferencia de quien aprueba todos los regímenes políticos, siempre que nadie ponga en duda su genio.

El primer maître abandona por fin la suite. El director, que no quiere dar la impresión de esperarlo, finge estar cambiando la bombilla de un aplique. Aparenta sorprenderse al descubrir la presencia de Roland. Se disculpa, confuso, de vagar por los pasillos, *deformación profesional, qué quiere usted*.

—Por cierto, ¿qué tiene pensado hacer con la comida de la señora Gould?

Roland, prudente, se refugia tras el trámite democrático.

—Eso lo decidirá la asamblea general. Está convocada a las diez.

—Me parece bien que esa decisión sea colectiva —responde el director sin pensar tal cosa ni por asomo—. Pero me permito insistir para que, en la medida de lo posible, no se anule. Ya sabe lo que eso representa para nuestro establecimiento.

—Todavía no sé lo que decidirán los compañeros —añade el representante del personal—, en lo que a mí atañe, no tema, abogaré por que pueda celebrarse la comida.

Frase que deja estupefacto al director. La psicología de los revolucionarios es más compleja de lo que imaginaba.

Willy, jefe de rango desde hace cinco años en el Meurice, no ha entendido nunca por qué se ha encaprichado de él Florence Gould. ¿Le recuerda su cara de ángel a quién sabe qué novio de otro tiempo, qué hijo abortado, qué amante de una noche en una vida anterior? El caso es que está emperrada en que la sirva él. Cuando un empleado nuevo, todavía no muy puesto en las normas vigentes en la casa, responde con celeridad a su toque de campanilla, lo despacha con cajas destempladas al office, el entrecejo fruncido por la ira. *Willy y nadie más. Como esto se repita, llamo al director en persona*, puede intuirse tras las antiparras que le ocultan los ojos. Al parecer son de un verde admirable, pero nadie los ha visto nunca.

Complacer los caprichos de los felices de este mundo solo puede beneficiarlo. Es la principal lección que Willy ha extraído de su aprendizaje en el Meurice, al tiempo que la capacidad de reembolsar antes de lo previsto el crédito que había pedido para comprar el coche. Un día, estimulado por el excesivo cariño que le prodigaba la clienta, empezó a tutearla. Arriesgada apuesta: representaba la expulsión o el amor enloquecido. Comoquiera que se impuso la segunda hipótesis, Willy tutea desde entonces a Florence Gould. Inconcebible familiaridad que explica por qué lo ha designado la asamblea general para advertir a la señora Gould de que el hotel ha sido ocupado por su personal.

Esta mañana se ha dado menos prisa que nunca en ir a trabajar.

Precisamente, en la suite 250-252-254, Florence Gould acaba de despertarse y ha pulsado el timbre para avisar a Willy de que podían traerle el desayuno. Será frugal como siempre: hace un régimen perpetuo cuyos efectos no resultan aún visibles. A los setenta y tres años, el cuerpo se resiste y los zumos de pomelo que supuestamente quemar las grasas no son ya de ninguna ayuda.

Bajo la lámpara de araña que conjuga con buen humor el estilo Luis XIV con el estilo barroco recargado, estira los dedos de los pies sobre las bolsas de agua caliente que, desde que la asistenta las deslizara aún humeantes bajo el satén, han perdido, ay, el calor. Ahora las bolsas están tibias, estorban. Es una contrariedad. Sus pies irritados golpean a las intrusas de goma encogidas bajo las sábanas. Por fortuna, los tres ángeles rococó siguen encima de la puerta, desde donde parecen velar por su sueño. Los observa todas las mañanas para infundirse el valor de afrontar el día que arranca.

En la mesilla de noche, el austero retrato de Racine empelucado parece observarla con severidad; es el que aparece en los billetes de cincuenta francos de los que siempre tiene un fajo al alcance de la mano. El personal está tan habituado a ese gesto, ese modo de deslizarles el rectángulo azul pastel en la mano mirando hacia otro lado, como diciendo *qué menos, no me dé las gracias*, que la ha apodado «señora Racine».

Las noches en que se pasa con el champán, y en que no acaba de distinguir los colores y las cifras de los billetes aplastados en su bolsito, su voz pastosa alerta al personal y por los pasillos corre la noticia: *Ojo, que la señora Racine es ahora la*

*señora Corneille*. A continuación estalla una pugna para decidir quién será el más rápido en precipitarse a la segunda planta para subir una infusión, preguntar por los perros, ofrecer sus servicios para darles el paseo vespertino por las Tullerías. Cien francos es una barbaridad para quien cobra quinientos a fin de mes.

El personal siempre habla con cariño de Florence Gould.

Anoche contó sus Racine con cierta inquietud: se agotan las reservas. Y el Banco de Francia, que como el resto del país está en huelga, ha dejado de imprimir billetes. Una consecuencia de la revolución de la que Florence se hubiera privado muy a gusto. Le parece recordar que había depositado una reserva de Pascal en la caja fuerte del hotel. Tiene que comprobarlo hoy mismo. Le desazona la incertidumbre. No se pasa de Racine a Pascal en unos días. Su generosidad tiene límites.

Se endosa una bata de satén rosa, se cala las gafas ahumadas y sonrío al pensar en la comida que se celebrará luego. A eso de mediodía, comprobará el plano de la mesa con su secretario. Seguro que halla la respuesta a esa pregunta que la lleva de cabeza: ¿debe colocarse a su derecha el ganador del premio? Lo que le da rabia es que no ha leído su novela. De todas formas, tampoco las lee nunca. Se fía de los miembros del jurado, que han celebrado, todos, esa primera novela. La verdad es que nunca había visto tal unanimidad tras una deliberación. Lo que se espera de ella es que firme un cheque que se entregará al autor al final de la comida.

Será la quinta edición del premio Roger-Nimier. Florence recuerda como si fuera ayer a los amigos que acudieron a solicitar su colaboración menos de tres meses después del accidente en que el escritor perdió la vida: *Hay que crear un premio en su nombre para que perdure el espíritu de los húsares. Debemos hacerlo en su memoria*. Philippe Huisman y André Parinaud, que trabajaban en la revista *Arts* con Nimier, no necesitaron insistir mucho. *Lo queríamos tanto*, contestó Florence. Les pareció ver correr una lágrima tras las antiparras ahumadas. En cualquier caso, el tono era tan desconsolado como cumple. Aquella comedianta descollaba por encima de todo en el registro de la tragedia. Por lo tanto, accedió de inmediato, recordando el enloquecedor encanto de aquel esbelto joven que se sumaba en ocasiones a los ágapes del Meurice y a quien esperaba secretamente, llegado el día, financiar el traje de académico como lo hiciera para Paulhan. Pero la prematura muerte de Nimier privó a Pierre Cardin de dicho encargo y a Florence de un brillante comensal.

Los problemas comenzaron con la composición del jurado. Los que no fueron elegidos se guasearon, *Florence está dispuesta a desembolsar medio millón de francos por un escritor joven*, se pitorrearon Morand y Chardonne, furiosos y ofendidos por no haber sido incluidos en un grupo que, además, era el de los amigos de Nimier. Barruntaron que les parecían demasiado viejos. Pero ¿desde cuándo los años son una traba para la amistad? La clásica historia: cada cual reivindicaba su parte de afección al difunto. Florence solucionó la metedura de pata incorporándolos al premio del año siguiente. De esa omisión inicial, había subsistido, irremediablemente, un difuso resentimiento. A tal punto que los dos amigos nunca

abandonaban una reunión del premio sin susurrar al oído a Florence que algunos de los miembros eran unos completos maleducados y que esa costumbre de beber con desmesura les horrorizaba; no nombraban a Blondin y a Frank, pero Florence sabía de quién hablaban. Los días en que estaba más alicaído, Morand citaba siempre la frase de Boni de Castellane, este jurado «es la calle con un tejado».

Willy se mueve, tarda en abandonar la habitación, retoca meticulosamente los alzapaños de las cortinas, desplaza un jarrón, corre una butaca. No parece tener prisa por abandonar la habitación. Le desagrada la misión que le han encomendado. Hotel ocupado por el personal. Director despedido. Acompañar el rumbo de la historia. Las palabras altisonantes pugnan en su garganta. Acaba balbuceando la información, sin despegar los ojos de la moqueta.

Para su gran sorpresa, la clienta acoge la noticia con la soberana indiferencia de quien en otras peores se ha visto. Su voz de excantante que trastocara al heredero de los ferrocarriles estadounidenses a comienzos de los años veinte sigue ahí. *¿Y eso en qué me afecta a mí? —Verás, Florence, la comida que estaba prevista para hoy no se celebrará si no se vota la moción. —¿La moción? ¿Qué es eso de la moción?* Ha pronunciado la palabra con ese acento americano del que nunca ha conseguido librarse, con lo que la palabra evoca más bien el cinemascopio de los años cincuenta. De la palabrería alambicada del joven se desprende que una moción es pura y simplemente un voto.

Florence no es el tipo de mujer a quien asusta un voto. La vida se pliega a sus deseos, en términos generales. Los doce años que lleva alojándose en el Meurice le permiten considerar que el personal es en cierto modo el suyo. Las comidas mensuales que da allí, y que han pasado a recibir el nombre de «Meuriciadas», contribuyen en gran medida a la fama del hotel. Ese voto será un plebiscito, no lo duda un segundo.

—¡Llámame al director, hazme el favor!

—¡Pero, Florence, si ya no hay director!

El joven se da cuenta de que la americana no acaba de calibrar en su justa medida los acontecimientos. Las revoluciones son infrecuentes allende el Atlántico. Florence está muy inquieta. ¿A quién puede acudir para confirmar que su caja fuerte contiene varios fajos de Pascal? Ese chico es exquisito, pero las conversaciones sobre asuntos de dinero requieren otros interlocutores.

Mientras Willy se afana buscando posibles apaños, pendiente del Racine que rematará la mañana, Florence Gould digiere la noticia y calcula las consecuencias: la más evidente es a la par fastidiosa e inesperada. Hace peligrar su plano de mesa. Amén del joven escritor a quien se dispone a agasajar hoy, Florence tenía pensado honrar a su amigo J. Paul Getty, de paso por París. Pero J. Paul no está muy fino y la noticia no contribuirá a mejorar su moral.

Todo porque, días antes, Florence llevó a su viejo amigo a dar un paseo por la orilla izquierda. Habían decidido comer en ese Hotel d'Alsace de la rue des Beaux-

Arts donde murió Oscar Wilde. Su llamativo Rolls atrajo la atención de los estudiantes, que se acercaron, medio entre risas, medio indignados, y empezaron a sacudir el coche denunciando a grito pelado aquel insoportable símbolo de la opulencia capitalista, a los gritos de «Ça ira». Mientras J. Paul Getty permanecía encogido en el asiento trasero, paralizado por el miedo y convencido de que había llegado su última hora, Florence, vestida con un traje sastre de Yves Saint Laurent y cubierta de joyas sin las que se habría sentido desnuda, recordó las amenazas mucho más aterradoras y precisas de las Fuerzas Francesas del Interior, que llamaron a su puerta una mañana de agosto de 1944: bajó su ventanilla y, haciéndose la gallita, espetó a sus asaltantes (*lo-cos ra-ra-bio-sos*, según J. Paul, a quien el pánico hacía tartamudear): «¡Podéis tumbar un Rolls de cuatro toneladas, pero lo que es a Florence Gould no la tumbaréis!».

El pánico de J. Paul Getty subió de punto, convencido de que aquella réplica le costaría la vida. Dándole discretamente con el codo, intentó hacer comprender a Florence que no era momento para provocaciones, fanfarronadas y orgullo fuera de lugar. ¡Cuán descabellada ocurrencia la suya la de abandonar Londres para disfrutar de la primavera parisina! Convertido durante unos instantes en niño amedrentado por los monstruos ocultos en el armario, y transformado al propio tiempo en anciano agónico que se pregunta si ha dejado las cosas en orden y actualizado su testamento, el millonario americano se hallaba a punto de desfallecer. Todos los millones acumulados con su padre, todos aquellos pozos de petróleo levantados con entusiasmo, habían perdido su valor en el momento en que cuatro jovencitos con vaqueros se ponían a sacudir el Rolls blindado.

El chófer logró sacar el vehículo de aquel estrepitoso tumulto. ¡*Aldo, al Maxim's!*!, ordenó Florence, resignándose por fin a cambiar de cantina. Pero no habían acabado allí las emociones de los dos amigos. Al salir del restaurante se toparon de narices, en la place de la Concorde, con un grupo de estudiantes decididos a emprenderla con *Le Figaro*, cuyas oficinas se hallan en la plazoleta de los Campos Elíseos. J. Paul Getty, a quien la sopa de mejillones y la ternera Marengo habían reconciliado provisionalmente con la vida en general y con París en particular, volvió a encontrarse indispuerto. Se habían apeado en el George-V, pero aparentemente ni siquiera la orilla derecha era ya segura. Descartado volver al hotel. Pidió hospitalidad y, por decirlo así, asilo político en el Meurice. Estaba decidido: no abandonaría su suite mientras los amotinados deambulaban por las calles.

El director, encantado de birlarle un cliente a la competencia —el negocio sigue siendo el negocio, incluso en épocas turbulentas—, lo acogió con toda la empatía de la que era capaz. Le garantizó que siempre habría una habitación para los amigos de la señora Gould. Se guardó muy mucho de decirle que corrían malos tiempos, y que tenía plazas de sobra para recibir a un cliente, aun sin reserva previa. Y, sabedor de la tacañería archifamosa de aquel hombre que pasaba por ser el más rico del mundo, añadió que la casa lo alojaría con mucho gusto en una suite facturada, ni que decir

tiene, al precio de una de las modestas habitaciones de los mensajeros situadas en la buhardilla.

Y es que la revolución había privado a la hostelería francesa de la oleada anual de turistas estadounidenses. Día tras día, el director presenciaba el éxodo hacia Bruselas de los clientes conducidos por sus chóferes. La sangría se prolongaría hasta que se normalizase la situación política, de eso no cabía duda. En cambio, más allá de las fronteras los negocios iban viento en popa. Los hoteles belgas estaban prácticamente desbordados, el aeropuerto de Orly había cerrado, los aviones eran desviados a la pista más próxima, la de Bruselas. Y a orillas del lago Lemán no se encontraba una habitación libre. Sus propietarios habían experimentado una urgente necesidad de visitar sus cajas fuertes.

Ayer, al enterarse de que el George-V se había contaminado también con las ideas revolucionarias y de que el personal campaba por sus respetos, J. Paul Getty se felicitó de su traslado. El Meurice era el último bastión de la paz social.

Y ahora Florence va a tener que anunciarle que también aquí, en medio de los dorados del hotel, se ha infiltrado la revolución. Que el personal ha tomado posesión de la casa, al igual que a principios de mes los estudiantes se apoderaron de la Sorbona, al igual que hace ocho días los obreros de la Renault se declararon dueños de la fábrica. En tales condiciones, ¿cómo convencerlo de que abandone su habitación y baje al comedor donde, forzosamente, se topará con alguno de los rebeldes? Florence presiente que todos sus argumentos tropezarán con un muro de incompreensión. Es, desde su punto de vista, una calamidad bastante peor que los cortes de luz: a buen seguro tendrá que rehacer todo su plano de mesa.

Este imprevisto la pone nerviosa. Willy la ve hacer el gesto maquinal de tritular las tres vueltas de perlas que balizan su cuello de la mañana a la noche y disimulan los estigmas del tiempo; su mano baila en el vacío: las perlas siguen durmiendo en la caja donde unos granos de mijo protegen su fulgor. Cuántas veces le ha contado la historia de ese collar, dos vueltas regalo de su marido, después diez años de búsqueda para dar con unas perlas del mismo grosor y reflejo, hasta lograr formar por fin una tercera vuelta. No le extraña que las lleve siempre puestas.

Rascan la puerta de la habitación contigua. Los tres pequineses se impacientan. Es la hora de darles el paseo por las Tullerías. Se ha retrasado el botones encargado de esa tarea. Va a ser una lata, todo puede terminar en los bajos de las cortinas de la suite, lo cual irrita sobremanera a la dirección. Puede que el botones se halle en la dichosa asamblea general de la que le ha hablado Willy. No tolerará que sus perros acaben maltratados por tales chiquilladas. Aguza el oído, detecta un ladrido más quejumbroso que los otros. Recuerda que anoche les dio a sus bebés hígado de ternera, verduritas y champán, pese a la desaprobación del maître. Suspira ante la idea de ese contratiempo añadido: con todo el país en huelga, ¿dónde encontrará un veterinario?

Se mira en el espejo: menos mal que la rabia no le ha estropeado el cutis.

Willy llega justo a tiempo para contestar al timbre del cliente de la 616. Ese hombre de tez lívida, que se queja continuamente del frío, tiene intrigado desde hace tiempo al personal. En los diez días que llevaba allí no había recibido ninguna visita. Nadie preguntaba por él al teléfono. Salía poco y vagaba horas enteras por los salones, una silueta altiva en las poltronas de seda. En el office, habían acabado preguntándose si no sería un espía a sueldo de los soviéticos.

Fue Denise quien acabó recibiendo al final sus confidencias, una mañana mientras le ayudaba a ponerse el grueso abrigo en el que, sin embargo, parecía tiritar. Un mes atrás, Aristide Aubuisson, notario emérito de Montargis, recibió el resultado de sus análisis médicos. El cáncer de páncreas estaba ya muy avanzado. Sabía que estaba condenado. No tenía familia, nadie a quien legar sus ahorros. Entonces, decidió ver cumplido su sueño: vivir durante unos días en un hotel de lujo y *salir de parranda* en París. Al término de una vida en la que la improvisación, la frivolidad y el goce no habían ocupado por desgracia ningún espacio, consideró ser merecedor de ese postrer paréntesis de ligereza y de extravío. Había soñado largo y tendido con esos días en que se le pegarían las sábanas por las mañanas, comería y cenaría a horas caprichosas, llamaría diez veces diarias al personal por un capricho disparatado y se vestiría de punta en blanco al caer la noche para participar en ese fuego de artificio que puede ser una noche parisina. Con vistas a eso, se había encargado un esmoquin en la mejor sastrería del Gâtinais.

De la capital tan solo conocía los hoteles de mala nota donde se alojaba cuando era un bisoño pasante de notario, hacía ya veinticinco años. De modo que decidió instalarse en lo que se le antojaba el colmo del lujo, de la elegancia, del cosmopolitismo, allí donde los reyes expulsados de sus palacios se sentían como en casa. El 12 de mayo, un taxi lo condujo desde la estación de Lyon a la rue du Mont-Thabor.

Había elegido mal la fecha: un día después de dejar sus maletas en el Meurice, comenzaba la huelga general. Las plazas que había reservado en el Moulin-Rouge, en el Folies Bergère, en el Michou y en el Raspoutine se vieron condenadas a permanecer en su cartera.

El personal del hotel, que se lo cruzaba sin cesar, se había compadecido de aquella silueta demacrada, aquellas facciones surcadas de arrugas, aquellas ojeras cetrinas, aquella encarnación de una agonía que todos conocerían un día. Por ello mimaban con especial esmero a aquel cliente, conscientes de que las últimas caras que se llevaría a la tumba serían las de ellos.

Son las diez de la mañana y los empleados del Meurice van llegando, unos tras otros, al office transformado en sala de reunión. Han abandonado sus puestos pero no sus uniformes. Los chaqués de los maîtres rozan los delantales blancos de los



pinches. Los gorros de los cocineros alternan con las gorras de los botones, sujetas a sus barbillas imberbes con un elástico negro. Las chaquetas rojas con trencillas doradas de las libreas forman manchas resplandecientes en medio de ese camafeo bicolor.

A Roland, que en su calidad de delegado sindical tiene que ser el primero en tomar la palabra, le cuesta contener esa algarabía. Acaba de estallar un altercado entre el pastelero jefe y uno de sus aprendices. En nombre de la autogestión, el muchacho se ha negado a montar claras a punto de nieve. *¡Pensaba que se habían acabado las jerarquías!*, ha chillado el insolente. Se ha llevado un bofetón de no te menees. Los compañeros están divididos respecto a la oportunidad de tal gesto. A falta de director para arbitrar el conflicto, cada beligerante se planta en su postura.

Cuando retorna por fin la calma a la estancia, Roland toma la palabra para recordar el objeto de la votación de esta mañana: ¿debe mantenerse o no la comida de la señora Gould?

—¡Todos sabemos por qué le ves tanto encanto a la señora Racine! —atruena socarrón el portero—. Billete por aquí, billete por allá...

—¡El corazón a la izquierda y la cartera a la derecha, igualito que todos! —se suma el sumiller jefe.

Roland renuncia a contestar que la esplendidez que la señora Gould ha mostrado con todos bien merece alguna consideración. El argumento, preparado antes de la reunión, se vendría abajo ante tanta animosidad.

—Me he informado —abunda la encargada de la primera planta—, el premiado va a cobrar un cheque de cinco mil francos. ¡Diez veces el salario mínimo! Es una provocación de cara a los trabajadores en huelga que reclaman un aumento de su salario. No podemos aprobar eso.

—Solidaridad con los obreros —confirma el barman.

—Meuriciadas-mascaradas —concluye el pinche, a quien el reciente bofetón parece haber inspirado, a no ser que quiera meterse con el profesor de francés que le ha hecho suspender tres veces seguidas el título de estudios primarios.

Roland se ve desbordado por su izquierda, algo que le sucede por primera vez en la vida. Suda bajo el frac. La puntilla se la da Willy, el favorito de Florence Gould. El íntimo de la clienta es el mejor informado de todos.

—Nosotros ganamos tres francos por hora. Ella dispone de ocho millones anuales, o sea ciento treinta mil francos al día para sus gastos de bolsillo. Puede que haya llegado el momento de hacerle ver que con el dinero no se compra todo.

Las cifras son tan vertiginosas que la declaración de Willy deja a todos estupefactos.

Roland está ahora seguro de que no se celebrará esa comida. No pensaba que hubiera podido acumularse tanto rencor con el paso del tiempo.

Lleva ya doce años sirviendo las comidas de Florence Gould una vez al mes, ayudado por un jefe de rango. Cuarenta comensales, en su mayoría escritores cuyos

libros no ha leído, críticos cuyas reseñas ignora, mujeres de mundo cuya influencia desconoce. A veces adivina, por la intensidad de las conversaciones, que se cuece algo importante. El conserje, que está mucho más al corriente de la actualidad que él, le informa de lo hablado cuando se marchan los invitados: una elección a la Academia Francesa se gesta alrededor de esa mesa, es el típico ardor de las vísperas de la votación. Cinco años atrás, en el momento en que Jean Paulhan se enfrentaba al duque de Castries por el sillón de Pierre Benoit, apenas se oía nada en el comedor. Florence había celebrado la victoria de su protegido con un cóctel en el Meurice, antes de encargarle a Pierre Cardin el traje del nuevo inmortal.

A Roland le basta echar un vistazo al plano de la mesa para calibrar la importancia de cada uno. Junto a la anfitriona, los más viejos y con más títulos. En el extremo de la mesa, las jóvenes promesas de la literatura y los putillos extáticos, decididos a vaciar las botellas de champán hasta la última gota. Ha observado con frecuencia que allí es donde la gente se divierte más. Y que solía pasar que Florence Gould fuera la única a quien nadie dirigiera la palabra, obligada a aguantar a dos vecinos de mesa que le daban la espalda. Escandalosa ingratitud que tan solo indignaba al maître; pasado un mes, se celebraba una nueva comida, como si la millonaria hubiera olvidado la afrenta. Debía de aburrirse, para renunciar a despreciar a comensales tan maleducados.

¡Qué publicidad para el Meurice! ¿Y sus colegas pretenden hoy anular la comida, so pretexto de que significa la victoria del Capital?

Pero eso no es lo más importante. Si Roland pone tanto empeño en que se celebre esa comida, es porque quiere convertirla en la prueba manifiesta de la racionalidad de lo que defiende: aun ocupado por su personal, el hotel funciona tan perfectamente como antes. Ve en los acontecimientos de esta primavera una suerte de revancha de la historia. Saca su energía de los recuerdos de su infancia, como suele ocurrirles a los hombres. Lo que no dice Roland, temiendo que sus compañeros se partan de risa ante tal muestra de sentimentalismo, es que el 22 es el día de San Emilio. Los santos de un calendario que no es el suyo no le inspiran mucho respeto, ni que decir tiene. Pero se dan coincidencias. Émile era el nombre de su padre. Su padre, el hombre que tras producirse la victoria del Frente Popular ocupó su empresa metalúrgica de Béthune, jugó a las cartas con sus compañeros, esperó allí, en vano, la nacionalización, y creyó en los amaneceres radiantes. Aquellas huelgas de la dignidad obrera sucumbieron bajo el peso de los Acuerdos Matignon y de las primeras vacaciones pagadas con los billetes Lagrange. Pero Roland, que contaba trece años por entonces, todavía se acordaba de aquel velo de sueños que los envolvió durante dos meses. Estaba otra vez allí, encima de sus cabezas, ¿y no lo reconocerían?

—Si no se celebra esa comida —prosigue Roland—, eso significa que estamos en huelga. ¿Queremos estar en huelga?

Se instala un incómodo silencio. Roland ha encontrado la fisura en medio de aquella ira cacofónica.

Los chaqués tiemblan, se tambalean los gorros, se indignan los delantales, las batas de rayas se preguntan cómo puede ser que.

—Por supuesto que no estamos en huelga —acaba diciendo el conserje—. El Meurice no va a dejar de funcionar.

Las barbillas se inclinan para dar fe de que todos comparten ese punto de vista. Tienen en común un profundo respeto por el establecimiento que los emplea, se sienten como vasos sanguíneos que irrigan un mismo corazón, un corazón que ninguno de ellos desea ver dejar de latir.

—Y no vamos a poner a doscientos clientes en la puerta de la calle —agrega la gobernanta de la tercera planta, que piensa sobre todo en el notario Aubuisson, solo con la muerte que se le viene encima.

La revolución ya le ha privado de sus sueños de salidas nocturnas, encima no va a arrebatarle el de la vida en un hotel de lujo.

Ha sido una buena idea fustigar la conciencia profesional de sus compañeros. Es una idea, Roland lo sabe, inmensa. La comida de la señora Gould pasa a ser ahora una hipótesis plausible. En ese momento, la que más desapruueba los actuales acontecimientos toma la palabra. Denise, que con su pequeña estatura y su figura menuda se había ocultado a las miradas, se yergue de puntillas sobre sus escarpines de charol y se dirige a sus compañeros.

—Hay que mantener la comida de la señora Gould, no solo porque no estamos en huelga sino porque es un test para vuestra cacareada autogestión. Si la comida funciona mal, eso querrá decir que no somos capaces de prescindir de un jefe.

Se procede a la votación. Las manos se alzan o permanecen pegadas a las rodillas. La asamblea general vota por clara mayoría que se mantenga la comida. Triunfa la curiosidad: todos comprenden que esta jornada no va a ser sino una larga competición entre Roland y Denise, entre el afán de utopía y la sumisión a la realidad.

Todos los empleados han vuelto a sus puestos. Son ya cerca de las once. En el comedor limpian los restos de migas de los manteles adamascados. La noticia ha volado sabe Dios cómo desde el vestíbulo de entrada hasta las buhardillas. Nadie puede ignorar ya el insigne carácter de esta jornada. Los miembros del personal están en sus puestos. Se ha dado las gracias a la dirección. Es, en cierto modo, el mundo al revés.

Pasado el terror inicial, los habitantes del hotel se relajan poco a poco. Los clientes más caprichosos buscan en vano un motivo de queja. Los botones, las asistentas, los maîtres son igual de numerosos y eficaces. E incluso los viejos asiduos del establecimiento, los que llaman a algunos empleados por su nombre de pila y extreman a ratos la familiaridad hasta preguntarles por la familia, incluso estos, habrían sido incapaces de decir qué imperaba en su mirada, si la deferencia o la ironía.

Los clientes sienten que algo ínfimo ha cambiado en el ambiente: un júbilo nuevo se trasluce en los gestos hasta ahora mecánicos del personal. Si el sentido de la historia vira hacia la alegría permitida, nadie ve nada discutible en ello.

Tal vez se acostumbren a la revolución.

Lucien Grapier ha votado por supuesto que se mantenga la comida. Los sucesos de estos últimos días han reavivado una de sus inquietudes. Ha observado noche tras noche en los noticiarios el aspecto de los manifestantes. Y al ver vestir a los jóvenes de cualquier manera teme que el personal de los hoteles, con sus impecables uniformes, acabe siendo mucho más elegante que los clientes que allí se alojan. El conserje del Meurice siente nostalgia de una época en que las mujeres vestían de largo y, para bajar las escaleras, hacían ese gesto encantador de cogerse el bajo del vestido y alzarlo hasta el tobillo, en que los hombres se calzaban de terciopelo azul oscuro o verde botella para bajar a cenar al comedor, en que la elegancia era la norma. A veces se pregunta si se volverá a ver después de los acontecimientos a esa gente de mundo que tan bien sabe vestir. Para él, la comida de Florence Gould es sin duda el último combate de un medio social condenado a disolverse en el mundo moderno.

Sylvain, el barman, acaba de ajustarse la chaqueta blanca y de apretarse el nudo de la corbata negra. Tras la barra de caoba del Fontainebleau, el delicioso bar art déco de la planta baja, observa satisfecho que las botellas están alineadas, coñacs dorados que esperan la luz de la noche para centellear, oportos oscurecidos por la lívida luz de antes del mediodía. A su lado, agitándose bajo el fresco donde una joven cabalga con una jauría de lebreles, un nuevo fichaje del hotel, un tráfuga del Royal de Deauville que se formará durante seis meses en el bar del Meurice. Ha llegado aquí al término de un severo reclutamiento, y la dirección abriga grandes esperanzas a su respecto.

Sylvain lleva instruyéndolo desde principios de mes. Ha empezado por los fundamentos: *A las personalidades les gusta acudir a un bar de gran hotel para pasar inadvertidas, y los demás valoran que se les trate como a personalidades.* El fichaje no se ha atrevido a formularle la pregunta que le agujoneaba: ¿cómo comportarse con el cliente en caso de duda?

*El barman es un artista,* suele repetir Sylvain, que tiene un alto concepto de su oficio. El artista crea, él también. Inventa, él también. Transforma en nuevo lo viejo. Cautiva los sentidos. Y contrariamente a su compañero el chef de cocina, se le puede ver, saludar, felicitar detrás de su barra. Una noche, Sophia Loren le dijo, mientras se tomaba su mítico Bellini, que gracias a él veía la vida de otro modo. Pero de cara a la posteridad, se pregunta si no habría sido preferible ser su homólogo del Ritz, que creó el bloody mary para Hemingway. Sospecha que, en un país como Francia, el mito de los grandes escritores sobrevive al de las estrellas de cine.

Sylvain observa a su ayudante todas las mañanas, en el momento en que el bar está vacío. En el programa de esta jornada del 22 de mayo tiene previsto enseñarle cómo enfriar las copas antes de llenarlas, *porque el frío atenúa el gusto del alcohol y libera el sabor de los demás ingredientes*. En el fregadero, los cubitos de hielo esperan el principio de la demostración.

A esa hora del día, el local debería estar desierto.

Con todo, una alta figura con traje y corbata se yergue tiesa en uno de los taburetes.

Lo que sorprende a Sylvain no es la presencia de un bebedor a tan temprana hora. Asistió a clases en la barra del Shelbourne, en Dublín, y sabe desde aquella época que el reloj y la sed no van siempre a la par. El aspecto del hombre es lo que le choca. A todas luces, no es un cliente del hotel. El bar es un sitio adonde acude uno a relajarse. A seducir a una mujer. A bosquejar las primeras líneas de una novela. En una palabra, a no precipitarse.

Pero todo en el comportamiento de ese hombre —en su mirada alerta, en su trasero y sus hombros inquietos, en su manera inestable de sentarse al borde del taburete, como si un peligro inminente pudiera conducirlo a marcharse al instante—, todo trasluce la conciencia profesional.

Ahora que ya no está solo, el hombre se siente obligado a pedir una bebida. Sylvain le sirve un Perrier con una rodaja de limón sin abrir la boca.

Se aprende mucho mirando beber a la gente.

Un cliente que dirige más de seis palabras al barman es un cliente que tiene cosas que ocultar. Este parece decidido a proferir bastantes más, a todas luces encantado de haber encontrado por fin un interlocutor. Por la clase de preguntas que le hace el desconocido, Sylvain sabe enseguida con quién se las tiene. A ese hombre lo envía el gobierno sin lugar a dudas.

Bien es cierto que la noticia de la ocupación del hotel por su personal había causado un indudable terror en las altas esferas. Un ministro que no conocía la misma felicidad conyugal que el General cultivaba sus costumbres en una deliciosa habitación de la tercera planta, donde una tela de Jouy de color púrpura ahogaba el estrépito de los coches. Recibía allí a jóvenes actrices llenas de ambición que, en lo que dura una tarde, le permitían olvidar las preocupaciones de su cargo. Las vísperas de un voto de moción de censura resultaba inevitable cruzarse con su traje de tres piezas de finas rayas en el ascensor acolchado del hotel. Sin disponer aún de una cartera relevante, se veía llamado, al decir de los observadores, a una brillante carrera política (que hizo, en efecto, pero eso ya es otra historia).

Al saber que también el Meurice se había contaminado con la revolución que gangrenaba el país, el ministro se sintió insultado personalmente. Tenía en gran estima al director del hotel, que le consentía precios hartamente inferiores a los del mercado, amparado en que la historia no es sino una eterna repetición y en que,

otrora, Luis Napoleón Bonaparte eligió el Meurice para albergar sus amores con Miss Howard. Una actriz, ya. Un político, de nuevo. El adulterio, siempre.

Al director le daba la impresión, cada vez que el ministro se dejaba caer por allí, de que aquel lugar poseía genio: sabía hacer palpitar los corazones ilegítimos al unísono. Se congratulaba de que se hubiera acabado de una vez una época mojigata en que esa clase de clientela indignaba a los turistas. Siempre leía con regocijo la carta en la que Tolstói refería horrorizado a su tía su estancia en el Meurice en 1857: *En la casa amueblada donde me alojaba, había treinta y siete parejas, diecinueve de ellas ilegítimas. Aquello me repelió terriblemente.*

El caso es que, un sinfín de llamadas telefónicas después, enviaron allí a uno de los mejores elementos del Ministerio del Interior. Uno de los servidores del Estado que no soportan la menor astilla en la palma del gobierno. Un fichaje de primer orden que había sido puesto a prueba en el momento en que *los acontecimientos*, como se decía, amenazaban la seguridad interior. Uno de los que gruñían mañana tras mañana en el ministerio, a la hora del primer café y de los informes sobre la noche anterior: *Cómo se nota que todos esos capullitos que creen hacer la revolución no han hecho la guerra de Argelia.*

Él es el que, este final de mañana, se toma su Perrier con rodaja de limón sin convicción.

Pero no va a ser un agente del Servicio de Información General quien intimide al barman del Meurice. En los veinte años que lleva en la casa, ha servido a un montón de representantes de gobiernos, oficiales y gente importante. El general Billotte, que había ocupado el edificio cuando la rendición de Choltitz, había insistido en que las paredes del Meurice albergasen el lugar donde los Aliados pudieran trabajar de común acuerdo por la nueva paz. Las malas reputaciones no deben durar más tiempo del necesario. El Lutetia había salido adelante, y supo hacer olvidar que había servido de cuartel general a la Abwehr acogiendo a los deportados que retornaban de los campos. Para el Meurice hubo que encontrar otro modo de borrar el pasado.

Primero llegaron los miembros del servicio angloamericano de búsqueda de los pilotos desaparecidos, que se instalaron en el Meurice hasta concluir su misión: tenían un beber triste. A Sylvain le daba siempre la impresión de que venían a pedirle que los ayudara a disipar la pena causada por el sinfín de duelos que tenían que anunciar a las familias. Las conferencias internacionales de la posguerra, sobre todo, habían dado lugar a frecuentes reuniones oficiosas en aquel local. La aplicación del plan Marshall por los cuatro Grandes debía mucho a los cócteles de Sylvain. Los contornos del mundo nuevo se tejieron en mucho mayor medida en ese bar que bajo los artesonados dorados de los salones de la primera planta: pasteleos de reservado de café cuya importancia percibía el barman a la par que su ausencia de futuro. Las carcajadas ahogadas en vodka del delegado ruso, las entonaciones amortecidas por el whisky sour del delegado estadounidense, el fervor del delegado británico (que había estado destinado largo tiempo en Cuba) acrecentado a cada nuevo mojito y la voz

pastosa del delegado francés —que aguantaba fatal el alcohol— jamás figurarían en los libros de historia. Una lástima porque merced a aquellos indicios calibraba Sylvain la evolución de las negociaciones. Cuando uno u otro, retrepado en el cuero raído de un Chesterfield, se aflojaba el nudo de la corbata, posaba la pantorrilla en la rodilla y reclamaba otra copa, a todas luces se alcanzaría un acuerdo antes de rayar el alba.

Antes, durante la asamblea general, el barman ha votado a favor de mantener la comida no tanto por convicción ideológica cuanto por el deseo de ver llenarse de gente su bar a la hora en que los últimos invitados de la señora Gould, con pocas ganas de volver a sus casas, acudían a tomar la última copa de aguardiente comentando el festín de donde salían y, llegado el caso, maldecir la insignificancia de los vecinos que les habían impuesto. Un bar vacío es un bar triste.

Pero le desagradaba la insistencia de su interlocutor. *¿La moción a favor de la ocupación era ampliamente mayoritaria en la asamblea general? ¿Cuánta gente sindicada hay en el Meurice?* Que los dejen en paz. Incluso sin director, el hotel ha funcionado perfectamente desde esta mañana. Por ello Sylvain, aunque incansable llegado el momento de contar anécdotas sobre las personalidades que su trabajo le lleva a conocer, Liz Taylor y sus tres maridos brindando juntos, Liza Minnelli, a quien había que servir varias veces, Shirley MacLaine o Yul Brynner, que habían adoptado su cóctel de champán, no abre la boca. Con todo, no puede ignorar la última pregunta de ese policía bien informado. *¿Se ha anulado la comida de la señora Gould que tiene que celebrarse hoy?* Muy rápidamente, le contesta que la comida se celebrará luego, conforme a lo que ha votado el personal. Por primera vez, el hombre esboza una sonrisa. Podrá redactar un informe que sus jefes leerán con alivio y que tal vez le haga merecedor de un ascenso. A su edad, va siendo hora de que lo nombren inspector de división.

El que se celebre la comida de la señora Gould significa que la revolución no se ha salido con la suya.

Willy, recién regresado de las Tullerías, donde los pequineses se han aliviado la vejiga a lo largo de los tilos, abre la puerta al visitante. Jean Denoël ha llegado un poco tarde respecto al horario habitual a la suite de Florence Gould. La culpa la tienen estos taxis en huelga, estos autobuses que han dejado de funcionar, este país que se descompone a ojos vistas. Se enjuga la frente, donde se perlan aún unas gotas de sudor. De todas las comidas que organiza para la millonaria americana, escogiendo los invitados, trazando planos de mesa, confirmando el menú, esta va a resultar la más complicada de todas. Estaremos lejos de los cuarenta comensales habituales. Muchos han excusado su presencia *debido a los acontecimientos*, y todavía podrían producirse anulaciones de última hora. Denoël teme que durante el aperitivo se produzca el baile de tarjetas que conduce por lo general a catástrofes mundanas; con

la precipitación, se olvidan las enemistades entre unos y otros, los secretos guardados en los armarios, las rivalidades amorosas o literarias, y se cometen tonterías.

El galardonado con el premio, según los comentarios recogidos por los que han coincidido con él, es un tipo raro. E incluso, para ser francos, un extravagante. Bernard Pivot, el periodista de *Le Figaro littéraire*, que fue el primero en entrevistarlo, va contando por ahí que el joven novelista necesitó diez minutos para terminar su primera frase. Jean Denoël, que se encargó de avisar al escritor tras la votación del 1 de mayo, puede confirmarlo: su interlocutor farfulló tres palabras, incapaz de terminar una frase. Y, sin embargo, el protocolo obliga a Denoël a colocarlo a la derecha de Florence. ¿Sabrá esta rellenar los silencios que taladran, aparentemente, su conversación? No ha leído su libro ni lo leerá nunca. El año pasado, hizo un esfuerzo porque le hizo gracia el título del libro elegido: *He creído demasiado tiempo en las vacaciones*, y porque el galardonado, Éric Ollivier, le pareció un chico guapo. Además, sabía estar. A pesar de tan alentador contexto, abandonó su lectura al cabo de cinco páginas. *No hay historia, no entiendo nada*. Muy grave no fue; el autor se embolsó el cheque.

Jean Denoël sabe que le corresponde resumir la novela premiada a Florence. Busca las palabras. Se acuerda de las primeras líneas. *Es la historia de un joven que derrocha su herencia venezolana. Se llama Raphaël Schlemilovitch. —¿Que derrocha la herencia? Es un buen comienzo para un libro*. Es un tema familiar, una historia que la intriga. En 1953, al morir su marido, heredó una inmensa fortuna. En su testamento, Franck Jay Gould le legó la totalidad de su fortuna americana y un tercio de su fortuna inmobiliaria francesa. Naturalmente sus hijastras impugnaron la voluntad paterna. Con inteligencia, Florence prefirió enriquecerlas a ellas y no a los abogados y renunció a un proceso interminable. Tan solo conservó la fortuna americana. Atinada decisión. En el momento en que acaece esta historia, dispone de ocho millones de dólares al año, sin haber tocado su capital. Ojo avizor, se mantiene atenta al relato de Jean Denoël: siente que esa novela la va a apasionar.

*Pero ese no es el tema del libro*, se apresura a rectificar el diligente secretario, que ha sentido asomar el desprecio. *De hecho el narrador está obsesionado con los judíos y los escritores antisemitas. Su protagonista adopta distintas identidades. Sí, eso es* (duda, busca las palabras, la suite del Meurice, con su mobiliario falso Luis XVI y sus pequineses que ladran al otro lado de la pared, se aviene mal con esa conversación, pero al fin y al cabo es su papel en la organización de ese premio literario: procurar que la mecenas parezca informada del destino de su dinero), *es un libro sobre las identidades imaginarias de un hombre obsesionado por el calvario de los judíos*.

La curiosidad de Florence se desvanece tan rápidamente como había surgido. Bosteza, abre la polvera para comprobar la blancura de su cutis, se aplica un toque de carmín en los labios. Es una clara señal de aburrimiento. Denoël renuncia a seguir hablando. De todas formas, ¿cómo resumir esa primera novela exuberante, alucinada,



obsesiva? Nadie le pide a Florence que lea el libro, es incapaz de hacerlo; lo único que se le pide es fingir que le ha gustado mucho (*Odio consultar a los muertos, pero creo que Roger habría opinado bien de su novela*, repite esa frase año tras año al galardonado, encantado) y sobre todo firmar el cheque que hace las veces de recompensa.

Es una suerte que el código de impuestos estadounidense incite al mecenazgo. Bendice a diario al abogado que le indicó esa oportunidad prevista en la legislación fiscal.

No está sorda, le consta que algunas arpías parisinas la tildan de «mundana marisabidilla» debido a estas comidas, pero en el fondo le importa un rábano. Pone tanto esmero en halagar la vanidad de los escritores, dándoles a entender que se forma de ellos la misma idea que tienen ellos mismos (alta, altísima), que siempre vuelven. De modo que ella sigue.

Más vale solventar los problemas prácticos. Van surgiendo quebraderos. En un hotel ocupado por su personal, le han dicho que ya no había director. ¿A quién dirigirse para modificar el itinerario del vía crucis mundano que, invariablemente, conduce a los invitados desde la antecámara de Florence hasta el salón Tullerías de la planta baja? Denoël lo ha comprobado al llegar: el ascensor está clausurado por falta de electricidad. No sería sensato hacer bajar andando dos plantas a las casi veinte personas que, por el momento, han confirmado su llegada. La artrosis de algunos no lo soportaría. El orgullo de otros no se reharía. Así pues, habrá que optar por uno de los salones de la planta baja para recibir a los invitados. Pero sabe que eso contraría a la anfitriona: son esos los rituales que han hecho célebres las Meuriciadas.

Sin embargo, Florence se toma con buen humor los acontecimientos. Tiene ese talante optimista de los americanos mimados por la vida. Y un sólido sentido práctico. *No ponga esa cara de entierro, Jean. ¿Que no hay electricidad? ¡Pues mejor! Comeremos a la luz de las velas.* Ese cambio, en el fondo, le encanta: no hay luz que siente mejor al cutis de las mujeres.

Denoël vuelve a contar en voz alta a los invitados. Por lo común, la comida mensual de Florence Gould reúne a unos cuarenta comensales. Hoy serán bastantes menos. No conviene que esta edición del premio Roger-Nimier parezca una fiesta de rebajas. No sería elegante para la memoria del escritor, y sería perjudicial para un premio cuya notoriedad es todavía precaria. Florence está de acuerdo, pero ¿a quién llamar en el último minuto, cuando es notorio que los desplazamientos en la capital resultan casi imposibles? Como siempre ha considerado que su papel se limita a firmar cheques y que la intendencia es la que debe tomar las disposiciones, desaparece en su cuarto de baño, donde, mientras se emperifolla, Jean Denoël tendrá tiempo para dar con una solución.

En las cocinas del sótano no ha mejorado el ambiente, lejos de eso. El cocinero, que no ha votado la moción a favor de mantener la comida, acaba de recibir la visita de la señorita Arnaut, la secretaria de la millonaria, quien ha venido a confirmar que la señora Gould deseaba el menú habitual. *¿Sabe usted que Les Halles están en huelga, como el resto del país?* La secretaria ha acogido esa observación con la indiferencia de quien día tras día ha de doblegarse a caprichos absurdos, solterona abnegada y sin imaginación. Ha conocido situaciones sumamente peores que ese conflicto del menú, como el día en que su jefa la mandó a recorrer todas las sombrererías de París debido a que se había quedado horrorizada por el sombrero apolillado de Paul Léautaud. *Apáñese, la señora Gould quiere que su comida sea como todas las demás.* Muy graciosa, la señorita Arnaut. A ver de dónde va a sacar las belon que le chiflan a la señora Gould, las endivias al gruyer, las fresas y el helado de vainilla que reclama.

La comida de marras es un tormento para ese empleado que tiene un muy alto concepto de su oficio, ese heredero espiritual de Vatel, Escoffier y demás. Sabe muy bien que todo París se ríe, se guasea, se chotea del asunto: en ninguna parte se ha comido tan mal como en la mesa de Florence Gould. Él no tiene la culpa de que la millonaria imponga a sus invitados que compartan las humillaciones a que somete su estómago con la vana finalidad de adelgazar. Parece ser que algunos se quedan con tanta hambre al levantarse de la mesa que se precipitan a un café vecino para pedir un bocadillo de jamón con mantequilla. Si se propusiera arruinar la reputación del chef, no obraría de otro modo. Los clientes del hotel comen mejor que los invitados de las Meuriciadas. Pero los clientes regresan a su país, mientras que los amigos de la señora Gould murmuran en la capital.

Doce años de rencor afloran de repente. Está de tan pésimo humor que regaña por una nimiedad al joven pinche a quien acababa de abofetear. Este, exasperado, acaba desanudándose el delantal y anuncia a los allí presentes que no pasará un minuto más en esa *cárcel de torturadores*. *¿Quieres dimitir?*, replica el cocinero con aviesa ironía. *Muy bien, pero te recuerdo que ya no tenemos director. Ya no hay nadie para aceptar tu dimisión.*

A nadie se le había ocurrido que la autogestión lo convirtiera a uno tanto en prisionero como en persona libre.

Había en la Edad Media, al acercarse el año nuevo, un día de los locos. Ese día, en las abadías, en los monasterios, en las iglesias, la jerarquía religiosa se abandona al júbilo colectivo. Un simple diácono se proclama obispo y se reviste los ornamentos pontificales. Un monje discreto se transforma en Papa. Se pisotean los principios más elementales. Los sacerdotes, embadurnados de posos de vino, entonan canciones obscenas. Llegan a pasear por la ciudad a hombres totalmente desnudos. Se lanzan dados en las iglesias, los granujas toman posesión de la calle, los malabaristas y los

acróbatas son los reyes de la ciudad. Cada cual se endosa la ropa de otro e interpreta un papel. El día de los locos es esperado por todos y da lugar a magníficos festejos populares. El orden de las cosas ha muerto. Al día siguiente, no obstante, cada cual vuelve a ocupar su puesto, como liberado de las quimeras por ese paréntesis festivo.

El cocinero, olvidando a la brigada que tiene a sus órdenes, piensa en el joven pinche cuyo nombre desconoce. Ahora le asaltan los remordimientos. El cocinero no es un hombre malo, es un hombre cansado. Un hombre que, desde hace unos cuantos días, se ve obligado a desplegar tesoros de imaginación para alimentar a doscientas personas, cuando escasea la gasolina y numerosos proveedores han bajado la persiana a la espera de días mejores. Un hombre que día tras día debe reformar la carta, reducir los menús, modificar las recetas; y noche tras noche justificarse ante los clientes enfadados: no, las naranjas amargas no nos han llegado, como tampoco las piñas y los melones, en cuanto a los crustáceos, se venden bajo cuerda y a precio de caviar.

Recuerda que ha sido ese pinche quien ha soltado, durante la asamblea general, ese eslogan a modo de provocación: «Meuriciadas-mascaradas.» Quien se ha negado a batir las claras a punto de nieve esta mañana, en nombre de la autogestión.

¿Y si ese mocoso apenas salido de la infancia tuviera razón?

En ese mismo momento están en huelga los taxis y los porteros de los edificios parisinos, los conductores de metro y los empleados de los autobuses, las bailarinas del Folies Bergère y los músicos de la Ópera de París, los obreros de la Renault y los de Kléber-Colombes, los pasteleros de la bizcochería LU y los de los caramelos de Cambrai, los realizadores de la ORTF y los jurados del Festival de Cannes, los futbolistas profesionales y los actores de los teatros, los asalariados del servicio meteorológico y los de los grandes almacenes. Cada hora crece la lista. Se ha dejado de trabajar en la Lainière de Roubaix y en los mataderos de la Villette. Los sepultureros del Ayuntamiento de París se han sumado al movimiento, de modo que los depósitos de cadáveres están llenos. Diez millones de franceses han dejado de trabajar. El país entero o casi reclama, se manifiesta, deja oír su voz, ¿y solo él sigue ignorando ese espíritu de rebeldía, es decir, cediendo a los caprichos más absurdos de una clienta?

Ese menú le consterna. ¿Ostras belon en el mes de mayo? Es una herejía. En Cancale o en Pyla, pase aún, pero en esta ciudad, donde se ha instalado por fin el calor de la primavera, nos abocamos al desastre. En cuanto a las endivias, las aborrece. Por no hablar de las fresas, que son una trivialidad indigna de un hotel de lujo.

¿Por qué este día debería ser insigne para todo el mundo menos para él?

Ya desfilan nombres por su mente, surgen sabores, brotan colores. ¿Ternera Marengo? ¿Torta de cangrejo? ¿Buey Stroganoff? Todavía no sabe de qué se compondrá el menú de la comida, pero una cosa es segura, él será su autor. Está en juego el honor de la profesión. Tampoco él quiere recibir órdenes de nadie. Empieza a pasar las páginas de los archivos gastronómicos del hotel, espera encontrar inspiración en los predecesores. Si hay un genio de los lares, que resida al menos en las cazuelas. Chaud-froid de lenguado, consomé de cangrejo, pularda Rivoli. Sonríe. Su reputación está a salvo.

En el siglo xv, el día de los locos se ha extendido por las calles. El 28 de diciembre recibe ahora el nombre de día de los inocentes. Ya no son los miembros del clero los únicos en desfoguearse: la población se lanza con fervor a esa fiesta en la que todo está permitido. Uno puede decir y hacer lo que le dé la gana. Los más humildes pueden esperar ser coronados como reyes. Lo sagrado está obsoleto. Cualquier cosa sirve de pretexto para reír, burlarse, rebelarse. La gente ya no se viste: se pinta, se maquilla, se disfraza. La vida pasa a ser una farsa, un carnaval que se ha adelantado dos meses en el calendario. Únicamente la violencia está prohibida ese día, e incluso los caballeros deben respetar una tregua. Nadie discute la necesidad de ese alborozo, porque, en realidad, esa recreación de la autoridad es una válvula de seguridad, «al igual que se ventila el vino nuevo para evitar que estalle el tonel», dicen los testigos de la época. Al día siguiente, todo el mundo retorna al trabajo y no volverá a poner en tela de juicio el orden del mundo en todo el año.

El orden, ahí es donde está a gusto Denise Prévost. La encargada del guardarropa del Meurice sabe mejor que nadie hasta qué punto se va todo a pique si no se respeta el orden. Sabe que de ello depende la supervivencia de los seres y los objetos.

Denise sabe lo que poca gente sabe: que el astracán suelta pelusa cuando se combina con un loden; que los manguitos de zorro o de nutria no pueden rozar una gorra de tweed, so pena de perder su suavidad aterciopelada; que el visón raya el cuero, tan resistente en apariencia, y que nunca deben amontonarse los sombreros unos encima de otros, sino colocarse por separado sobre un estante. Sabe también lo que saben los autores de comedias de boulevard y las parejas adúlteras: que no hay peor desliz profesional que equivocarse de dueño y dar un abrigo por otro. Ello provoca siempre catástrofes de innumerables consecuencias. En una sola ocasión cometió ese error. El abrigo contenía una carta que nunca debería haber leído aquel que, sorprendido por no reconocer sus cosas, vació los bolsillos. Desde entonces, ese cliente prefiere hospedarse en el Ritz.

Ejerce su oficio de modo intransigente y obsesivo, anticuado, dicen los compañeros que llevan menos tiempo, esos jóvenes poco amantes de la perfección. El menor cabello perdido en el hombro de una chaqueta la saca de sus casillas. En varias

ocasiones el director le ha impuesto una ayudante en prácticas. A las pocas semanas esta pedía un traslado a otro servicio. Los principios de Denise eran tan rígidos que amedrentaba a las jóvenes empleadas que pensaban, equivocadamente, que el guardarropa era el chollo del establecimiento.

Se saben pocas cosas de ella, salvo que su marido trabaja en la policía, que llegó al hotel después de la guerra y que educó a los hijos de su hermana. Nunca ha sido muy alegre, pero es de esas personas que saben atraer las confidencias. Todo el mundo se explaya con ella. ¿Es porque se pasa horas leyendo, cuando tiene vacío el guardarropa, o porque en una vida anterior se codeó con todo el espectro de la especie humana? Cuando los jóvenes recién contratados se sorprenden de que lleve manga larga en cualquier época del año, los veteranos les explican la causa en pocas palabras. *Fijaos en los números que lleva tatuados en la muñeca izquierda y lo entenderéis*. Ha atravesado abismos de los que no ha hablado nunca.

¿Se debe a ese pasado trágico su querencia por la desgracia? Siempre es la primera en difundir las malas noticias, como si lo peor saltara siempre a la vista. Las repite y las hincha, por lo que sus compañeros han apodado a esa ave de mal agüero «la Lechuza», pues, como es sabido, ese animal evoca el mal debido a sus gritos lúgubres y sus hábitos carroñeros nocturnos. Barrunta el drama, apura lo trágico, se solaza con la desgracia; al igual que un perro devora la comida hasta los huesos.

Al subir a la cocina, el joven pinche recurre a ella para hacerla partícipe de su ira. Denise escucha a ese muchacho de veinte años, que tiene la edad de los jóvenes estúpidos que se encaraman todas las noches a sus barricadas gritando «CRS=SS» y arrojando adoquines. Su primera reacción debería ser volverle la espalda para hacerle pagar las palabras absurdas de sus contemporáneos. Pero le escucha pacientemente, porque esa pelea con el cocinero viene a darle la razón. Sin su director, el hotel se ve condenado a ser el escenario de minúsculos levantamientos que, sumados al correr de los días, acabarán impidiéndole funcionar. *La autogestión es la anarquía*, concluye. *Y los hombres no son lo bastante inteligentes como para vivir en una sociedad anarquista*.

Jean Denoël rehace sus cálculos. Quince personas. Comparada con las que la precedieron, esta mesa se anuncia modesta. Ni siquiera los espejos del salón Tullerías, que producen en general la sensación de que los asistentes son dos veces más numerosos que en la realidad, lograrán aminorar este desastre mundano. Las renunciaciones han ido acumulándose. Chardonne está en las últimas y ya no se mueve de La Frette. Bernard Frank ha anunciado que se encuentra en Saint-Tropez, donde está acabando el manuscrito que su editor lleva dos años esperando, y que, en cualquier caso, está harto de oír hablar de *ese estudiante con nombre de lavadora*. Paul Morand no puede asegurar que llegará a tiempo de Vevey, donde el aire es más puro y los estudiantes menos bulliciosos que en París. Debido a la parálisis del país, Kléber

Haedens, Jacques Perret y François Billetdoux han excusado su presencia. Solo Antoine Blondin y Paul Guimard, que forman también parte del jurado, han anunciado su llegada. Pero puede producirse cualquier anulación en el último minuto, causada por la huelga de taxis.

Solo cabe una solución este día en el que el menor desplazamiento es aleatorio: utilizar los recursos locales. En circunstancias normales, Denoël habría pedido ayuda al director para mandar invitaciones a algunos clientes del hotel. Pero desde esta mañana el director ya no es director. La revolución ha imposibilitado la orden ritual: *¡llame a un responsable!* ¿Hay que recurrir a un botones para solucionar los problemas? Denoël, un tanto perdido, teme humillar a unos, enfrentarse con otros; en resumen, cometer una pifia.

Roland, como primer maître, pasa precisamente en ese instante por la suite de Florence Gould para saber el número exacto de invitados. Son casi las doce, y va siendo hora de que el jefe de rango ponga los cubiertos. Denoël se decide a transmitirle su preocupación y a solicitar su ayuda para incluir en la lista a clientes del hotel. Comprueba con alivio que el tono de Roland sigue igual de obsequioso.

—Supongo que el señor Getty figurará entre ellos. Puedo mandar una invitación al señor y a la señora Dalí. Dadas las circunstancias, no veo por qué se van a negar. De todas formas, no hay más restaurantes abiertos en el barrio.

Jean Denoël le sonrío, aliviado.

—En caso de que se vea realmente apurado —añade Roland—, puedo movilizar a nuestro becario. Un joven titulado nieto de nuestro propietario: un muchacho con un excelente futuro, en definitiva.

Y Roland prosigue, con el mismo talante servicial:

—Tengo otra sugerencia que hacerle, si me lo permite. En la 616 tenemos a un cliente muy solo, a quien le encantaría participar en esa comida. Hizo toda su carrera como notario en Montargis. Se jubiló y esperaba descubrir París estos días. Los días se le hacen largos en este momento, dado que están cerrados todos los museos. Así tendría usted un cliente más, y el salón Tullerías parecería menos vacío.

La sonrisa de Denoël se troca en gratitud. Gracias a esos invitados no previstos, nos vamos a las veinte personas, un cambio a la decena superior que garantiza al acontecimiento su dignidad mundana.

Aun así Denoël interroga a Florence con la mirada. Esta asiente con una amplia sonrisa. Colecciona gente como quien colecciona cuadros; sabe que tanto en la vida como en las paredes los genios ganan brillo a la vera de los más modestos. Y también ella teme que el galardonado se ofenda si fallan demasiados invitados a la comida. Eso sí, cuenta invitarlo el año siguiente a sus próximas Meuriciadas. No le desagrade la idea de que, tal vez algún día, pueda intervenir en su elección a la Academia. ¿No conoce al cliente de la 616? No importa. Le basta con saber que reside allí. Le gusta citar la frase de Léon-Paul Fargue, según el cual la clientela de los hoteles parisinos se dividía en tres categorías: la buena, la mala y la del Meurice.

Ese invitado número veinte es una bendición que alivia a Florence Gould, y por lo tanto a Jean Denoël. El primer maître está lleno de recursos. De seguir así las cosas, ellos también acabarán pensando que se puede prescindir de director en el Meurice. *Una excelente idea. Solo dígame su nombre.* Roland se dice una vez más que en este día que no se parece a ningún otro todo es posible. *Se llama Aristide Aubuisson. No lo lamentará usted.* Pensar en la alegría que le va a dar al cliente de la 616 le consuela de la desagradable impresión que le ha producido la petición de Jean Denoël: lo toman por el nuevo director del hotel. Hay en esa idea algo que perturba sus convicciones, frustra su ardor militante, allana su sueño de igualdad y fraternidad. Roland abandona incómodo la suite de Florence Gould.

Ha resultado fácil convencer al Maestro. Cuando Roland Dutertre le transmite la invitación de Florence Gould, apenas alza los ojos. Está ocupado dando de comer a Babou, su ocelote atigrado. Extraño animal de compañía ese primo del leopardo que no sonrío más que cuando logra escapar de la 108-110 y hace que los clientes del Meurice que se lo cruzan echen a correr como ratas lanzando berridos. Cada vez el Maestro se despacha con la misma fábula tranquilizadora: *Babou es un gato como los demás, las rayas del lomo se las he pintado yo.* Aplacados, los clientes se calman y se dicen que los pintores son incorregibles. *Salvador Dalí está libre para comer hoy,* contesta con su simplicidad habitual. *¿Y le acompañará la señora Dalí?* El Maestro asiente. Es una buena noticia: la comida contará con dos comensales más. Al verlo abandonar la habitación, Babou lanza a Roland su eterna mirada de príncipe en el exilio, como para que se haga cargo de que la rue de Rivoli está muy lejos de Sudamérica.

En cambio, como se esperaba Florence, J. Paul Getty rechaza la invitación. Los actuales acontecimientos le afligen sobremanera. Es de esos extranjeros que opinan que, desde el comienzo de la huelga general, París se ha convertido en una cárcel. Desde la víspera, ha recurrido dos veces a la embajada estadounidense en París, y ha recibido dos veces la respuesta de que, incluso para uno de sus ciudadanos más eminentes, la representación diplomática no podía hacer nada; la tercera vez, la telefonista ni siquiera ha transferido su llamada al cónsul. El millonario descubre con horror que todos los pozos de petróleo del mundo no son de ninguna ayuda en determinadas ocasiones.

Ha sido necesario que la propia Florence lo llame para que cambie de parecer. Lo bueno de los americanos muy mimados es que no se molestan en emplear las litotes.

—Créeme —le dijo—, a mí tampoco me gusta este circo. Y si crees que me hace gracia oír criticar al general De Gaulle todo el santo día... ¡Piensa que fue él quien me concedió la Legión de Honor!

—Pero, Florence, no me digas que no resulta inquietante ese personal que ha ocupado el hotel.

—Los conozco a todos desde hace años... Ellos no son asesinos en potencia, te lo digo yo. No nos cortarán la cabeza, querido Paul... ¡Pero si quieren hacerlo, te prometo que subiré yo primero al patíbulo! —Suelta una carcajada tranquilizadora, sin segundas, confortadora. Y añade—: Estoy segura de que esta parodia de revolución primero perderá el resuello y luego se ahogará. Solo queda esperar. Pero, ya puestos, mejor hacerlo en buena compañía. Ponte una corbata y ven a comer con nosotros, así pensarás en otras cosas.

J. Paul Getty cede, por supuesto. Bien pensado, esa comida lo distraerá tras tanto mano a mano con la campana metálica de su room service.

Aristide Aubuisson había soñado con esa semana de fiesta como un niño espera la Navidad. Tras haber vivido una existencia ordenada y laboriosa, se veía ya parar un taxi al salir del espectáculo y exigir con altivez: ¡Al *Meurice*! Pero en París ya no hay ni espectáculos ni taxis. Solo queda el deslumbramiento sin cesar renovado de permanecer en ese hotel donde el personal lo mimaba desde el primer día con una deferencia inusitada, esa impresión de subirse todas las mañanas a una alfombra voladora donde se satisface su menor deseo tras un imperioso toque de campanilla. Al menos la vida le habrá otorgado esa postrera satisfacción.

Desde que reside en el *Meurice*, le da vueltas a una pregunta: ¿por qué se dice *bajar* a un hotel? Le da la impresión de que más bien se sube a ese lugar que tiene el aspecto, el confort, el atractivo del paraíso. Se abandona la cotidianidad y sus triviales preocupaciones, hacer la compra, preparar una comida, ordenar la habitación. Al margen de las contingencias materiales, la vida es más distendida y más grata.

Cuando Roland le ha transmitido la invitación de Florence Gould, al principio le ha parecido una broma o un error. ¿Lo habrían confundido con otro cliente del *Meurice*? El primer maître hubo de insistir:

—El aperitivo se servirá a la una en el salón Pompadour. Es una comida que se celebra en honor del galardonado con el premio Roger-Nimier, la señora Gould cuenta inexcusablemente con su presencia.

Viendo que Aristide Aubuisson se mantiene escéptico, Roland se considera autorizado a apañar un poco la verdad; sabe hasta qué punto esa presencia es crucial para los organizadores.

—La señora Gould sueña con adquirir una casa en la zona de Montargis, cuenta con su experiencia.

El cliente sigue sin parecer convencido. Tal vez sepa que la millonaria posee una suntuosa villa en Juan-les-Pins. Los periódicos no pierden nunca la ocasión de anunciar el número de invitados a las fiestas que gusta de dar allí con la llegada del buen tiempo.



Una mentira gana siempre redondeándola con detalles, y Roland, que nunca ha pasado de Moulins, añade:

—La Costa Azul está abarrotada desde que a la gente le da por tomar el sol. No haya nada como la campiña francesa.

Conquistado y sumamente agradecido, Aristide Aubuisson balbucea que si es así le encantará ir. Que llegará puntual. Que le seduce la idea de conocer a tan famosa mecenas, que... Roland le corta y se escabulle. El tiempo pasa, todavía queda mucho por hacer.

Por primera vez desde que llegó allí, al notario no le duele el estómago e incluso le da la impresión de que tiene apetito. Regalos que nos hace la vida.

En el comedor del personal, ha llegado la hora de comer. Los maîtres se han anudado la servilleta al cuello para proteger su pechera immaculada, las asistentes y los camareros de piso han podido sentarse por fin y descansar las piernas hinchadas por el esfuerzo. Tampoco son tan distintos de los clientes, en definitiva, y, como ellos, comentan apasionadamente la actualidad. Esa huelga general que complica su trabajo, los obliga a dormir allí y vacía poco a poco el hotel de su clientela en el fondo no les disgusta. Esos días, se respira en el aire una alegría de vivir, una excitación, a las que cuesta sustraerse. Todos esperan con curiosidad el desenlace de esa primavera única.

Son las doce en punto. ¡*Hubert, transistor!* Servil y eficaz, el becario ha llevado el transistor al director, cual lacayo solícito que tiende su espada a un señor de la corte. Es la hora del noticiario en Europe n.º 1. El director se ha deshecho del joven para tener unos minutos de tranquilidad: *No se quede ahí plantado. Dese una vuelta por el bar y averigüe qué ganancias obtenemos con los cócteles. Será instructivo.*

En la Asamblea Nacional se debate desde ayer la moción de censura presentada por la oposición. Los diputados están muy locuaces. Gaston Defferre ha declarado que tras los acontecimientos que acaba de vivir el país «hemos entrado en el periodo del posgaullismo, y ello en pésimas condiciones». François Mitterrand describe, con tono dramático, un poder desamparado, una policía arrojada al asalto de la juventud, y llama a unos nuevos Acuerdos Matignon, en la línea del Frente Popular. Edgard Pisani, aun habiendo sido ministro de Agricultura del General, afirma que votará la moción de censura y renunciará de inmediato a su puesto de diputado. El primer ministro, Georges Pompidou, responde que procurará estar a la altura del destino que le ha sido asignado. Vociferaciones previsibles que tan solo impresionan a las guapas periodistas emboscadas en la sala de las Cuatro Columnas y mueven a pensar que no se ha resuelto nada. El director apaga el transistor y piensa con tristeza que el ministro no ha acudido, como suele hacerlo, a relajarse en el Meurice. Estará

asustado, no cabe duda, y no habrá querido dejarse ver en un establecimiento donde, como en todas partes, se cuestiona al gobierno del que forma parte.

Desde que ha entrado en el bar, el becario está como unas pascuas. No porque tenga inclinación por el alcohol. Y los beneficios obtenidos de la elaboración de los cócteles le traen totalmente sin cuidado. Los números le importan un comino. Esos estudios, ese periodo de prácticas, esa carrera programada, todo lo ha hecho para complacer a su abuelo. En realidad, la hostelería no ha sido nunca su ambición. Como tampoco el comercio. De haber podido elegir su camino, se habría decantado por el ejército. Desde su primera colección de soldaditos, solo piensa en hacerse militar. Cuando expresó ese deseo, su abuelo rechazó su ambición replicando con desdén: *En la hostelería también se llevan uniformes*. Se había resignado a enterrar su sueño. Y a abrazar la misma profesión que su padre y el padre de su padre.

Y mira por dónde se topa en el Fontainebleau con un agente del Servicio de Información General, aburrido y encantado de poder conversar por fin con un interlocutor más expansivo que el barman. Inician una conversación sobre Francia o lo que queda de ella, las colonias liquidadas, los protectorados esfumados, el imperio deshecho. De manera espontánea, enlazan con los acontecimientos actuales, esos disturbios que se repiten, ese país que se va al garete. Por primera vez, el joven heredero encuentra algo interesante en sus prácticas.

Por desgracia ha de interrumpir esa conversación cuando el recepcionista irrumpe en el bar para comunicarle que su abuelo desea hablar urgentemente por teléfono con él. Es una voz angustiada la que se dirige al becario. Al abuelo, es comprensible, le preocupa saber que la niña de sus ojos está recluido en medio de un areópago de contestatarios. Teme que la emprendan con su descendiente, ese retoño de la patronal capitalista. Ruega a Hubert que salga pitando de ese polvorín donde la lucha de clases hace furor. *Es totalmente imposible, abuelo, tengo que asistir a la comida de la señora Gould*. Al otro extremo del cable, el presidente director general se tranquiliza un poco. Si no se ha anulado la comida es que aún no ha ocurrido lo peor. En estos tiempos revueltos, no se sabe qué caminos tomar.

En cuanto ha aceptado la invitación de Florence Gould, Aristide Aubuisson se precipita a la librería Galignani, situada junto al Meurice en la rue de Rivoli. Está completamente decidido a conseguir la novela que se premia y a leer las primeras páginas antes del almuerzo, por si tuviera la suerte de intercambiar algunas palabras con el autor. En Montargis funciona así: no se hacen las cosas a la ligera, y uno no va al encuentro de un artista sin conocer previamente su obra.

La librería Galignani es uno de los últimos lugares aún abiertos de París. Ahí, ni banderolas, ni reivindicaciones, ni asamblea general. El director, hombre de principios, no habría tolerado el menor amago de rebelión. Además, la librería nunca

había facturado tanto. Con los museos y las salas de espectáculo cerrados y el miedo a asomar la nariz al caer la noche, la lectura ha pasado a ser la principal distracción en estos tiempos revueltos.

Aristide Aubuisson deambula largos minutos ante las estanterías de madera encerada, duda bajo las kentias, deja vagar la mirada por las grandes mesas donde han colocado las novedades. Al final se dirige a una librería, una mujer rubia a la que la naturaleza ha dotado de una sonrisa amplia y radiante. *Busco una novela que acaba de recibir el premio Roger-Nimier. Desgraciadamente, no conozco ni el título ni el nombre del autor y menos aún el de la editorial.* La mujer medita unos instantes. *¿Se refiere usted a El lugar de la estrella? La publicó Gallimard en marzo. Un momento, que voy a buscársela. Aún no la he leído, pero me han hablado maravillas de ella.* —*Qué extraño título, observa el cliente, también se llama así una obra teatral de Robert Desnos.* La librería lo mira admirada: *No siempre se encuentra uno con clientes tan cultos.* —*Es que me gustan mucho los poetas, explica Aristide, como disculpándose.*

Echa una rápida mirada a la tapa de color blanco roto con un recuadro rojo y vuelve al hotel.

Minutos después, la cabeza arrebuja en las almohadas, el cliente de la 616 inicia su lectura. «Era la época en que andaba dilapidando mi herencia venezolana.» Una frase que no puede dejar indiferente a un notario emérito. Nota que le va a gustar la novela.

Se ha hecho cuanto debía hacerse. Cada gesto minucioso encontrará ahora su sentido. Cada cual ocupa su puesto. Están todos listos.

En los últimos instantes que preceden a una fiesta, se produce un momento mágico en que la tensión se disipa por sí sola. No sirve ya de nada. En ese instante preciso puede comenzar el espectáculo.

\* \* \*

—¡Ellos también!

Es la observación atónita que le han hecho los primeros invitados de Florence Gould al botones que ha acudido, en cuanto han plantado el pie en la acera de la rue du Mont-Thabor, a advertirles de lo que ocurría. Para llegar hasta allí han tenido que hacer eslabon por encima de las basuras y las octavillas arrugadas. Han necesitado una buena dosis de agilidad para proteger sus escarpines acharolados y sus mocasines de ante. Acaba de sonar la una en el campanario de la iglesia de Saint-Roch. ¡Quién lo iba a suponer! El Meurice era el último lugar del mundo en el que hubieran pensado encontrarse frente a la contestación. Los soberanos en el exilio se estarían

revolviendo en sus tumbas. Las ideas revolucionarias son a todas luces una gangrena que no conoce límites.

Las caras de las mujeres traslucen un profundo alivio: qué excelente idea había sido elegir prendas muy sencillas esta mañana en su ropero, como si hubieran olvidado el nombre de pila de los grandes modistos. Y salir sin joyas. Lo que les preocupaba era el trayecto: podían toparse con un grupo de fanáticos, surgidos de repente de la Edad Media, cuando en cualquier viaje te acechaban bandidos dispuestos a desvalijarte o algo peor. Había que evitar las provocaciones. Se felicitan por la simplicidad de su atuendo.

Patean el suelo unos minutos delante del Meurice, fluctuando entre el recelo (¿es sensato meterse en el ojo del huracán?), la curiosidad (entrar en una empresa ocupada por su personal es una novedad para ellos, la de cosas que podrán contar los próximos días...) y el temor a meterse en la boca del lobo (¿cómo reaccionar si el personal se pone agresivo? Al fin y al cabo, debemos de representar todo lo que odian). Ese palimpsesto de sentimientos crispa sus rostros y frena su arrebatado mundano. *Sabe Dios dónde ponemos los pies*, murmura un invitado a punto de dar media vuelta. Ese hotel en el que han estado montones de veces, ese hotel que sus padres frecuentaban ya antes de la guerra, los intimida. Mujeres que se habían mostrado siempre de lo más altaneras a la hora de entrar en un salón, hombres a quienes se había visto seguros de su infinita superioridad sobre sus semejantes, se deciden por fin a empujar la puerta giratoria del hotel con paso vacilante.

Aún deslumbrados por el sol de la calle, parpadean, dudan, ven al conserje y se precipitan hacia él, felices de encontrarse con ese viejo conocido. *¡Lucien, qué alegría verlo fiel al pie del cañón!* El conserje puede leer en su mirada el alivio que les embarga al verlo vestido con el uniforme habitual y oírlo hablarles con la obsequiosidad de siempre. El que los revolucionarios sigan llevando chaqué es buena señal, parecen decir sus sonrisas tranquilizadas. La gran noche de la revolución social puede que no sea tan inminente como dicen.

Por su parte, Lucien Grapier vislumbra en su aspecto la confirmación de sus temores. Lo había predicho. Aunque los hombres siguen llevando corbatas, las mujeres se han presentado con atuendos austeros. Los acontecimientos de esta primavera, eso Lucien lo tiene claro, marcan el final de una época: al ritmo que llevan las cosas, las mujeres de mundo no tardarán en lucir los mismos andrajos que los estudiantes amotinados, y su sucesor en la conserjería irá mejor vestido que los clientes a los que atiende. En lo sucesivo, la gente se vestirá corto, se vestirá poco, se vestirá mal.

*Wallis era desde luego otra cosa*, piensa el conserje de incurable nostalgia.

En el guardarropa, los invitados se llevan otra grata sorpresa: sigue recogiendo sus abrigos Denise, al pie del cañón. Es, como siempre, más amable con unos que con otros; lo hace porque sabe de antemano quién va a dejarle propina a la hora de marchar. Así como el fasto la deja indiferente, desprecia en cambio la mezquindad.

Los invitados se relajan poco a poco. El Meurice sigue siendo el Meurice, con revolución del personal o sin ella.

Roland los conduce al salón Pompadour, donde se servirá el aperitivo. Los guantes blancos del primer maître les producen una óptima impresión. Si los discípulos de Lenin y de Trotski fueran así ataviados, se sabría. Pero algunos se sorprenden: ¿no vamos a la antecámara de la señora Gould, como siempre? Es menester explicarles los cortes de luz, el ascensor impracticable, la geografía mundana convulsionada por culpa de la huelga general. Los invitados asienten, comprensivos. Por un instante, pensaron que habían despojado a su anfitriona de sus habitaciones, como expulsaran en otro tiempo a María Antonieta de su palacio. Una vez más, la angustia no tenía razón de ser.

En descargo de esos invitados medrosos, conviene aclarar que todo, en ese decorado, evoca Versalles: el mobiliario falso Luis XVI, las paredes del salón Tullerías cubiertas con espejos como una copia de la galería de los Espejos, y ese improbable ascensor que reproduce la silla de manos de la reina. Incluso el salón de las Cuatro Estaciones, donde tres años atrás la dirección había hecho concesiones a los tiempos actuales sustituyendo la vidriera por un techo pintado que representaba la bóveda celeste y cubriendo el suelo con una moqueta de motivos geométricos, había conservado sus columnas dóricas erigidas en homenaje al salón de la Paz de Versalles.

Los invitados establecían el paralelismo durante cada Meuriciada.

Ahora que la crisis se halla en su paroxismo, que el poder parece amenazado, que se lucha en las calles noche tras noche, se impone todavía más la comparación con Versalles. ¿Cuánto falta para que se produzca el asalto de los insurgentes? Todos lo piensan, desde los primeros minutos de lo que debería ser un paréntesis en medio de los disturbios. La culpa la tiene Jean Chalon, uno de los primeros en llegar, quien contesta cuando le preguntan en qué trabaja en ese momento que está redactando el prólogo de las *Memorias de la duquesa de Tourzel* y que llaman la atención las coincidencias entre los inicios de la Revolución y lo que están viviendo en ese momento. Sobre la que fue aya de los hijos de Luis XVI, que compartió una celda con la duquesa de Lamballe, que huyó a Varennes con la familia real, se muestra incansable. Recordar tan trágicos acontecimientos un día como hoy es de dudoso gusto. Hacen callar a ese molesto personaje cuando, lanzado por el tema, se pone a describir cómo atacaron los revolucionarios a la señora de Tourzel, *a dos pasos de aquí, en el jardín de las Tullerías*. Alguien le señala que ahí se acaban las similitudes con la Revolución Francesa. Que si tenían que huir esa noche como la familia real, no podrían porque no se encuentra una gota de gasolina. Que mañana es el jueves de la Ascensión y que las casas de campo estarán bien vacías. Gestos de asentimiento aprueban esa intervención.

El salón se llena poco a poco.

Mientras esperan a Florence, que se retrasa, pegan la hebra, charlan, se inquietan de común acuerdo en reconfortante familiaridad.

—¿Saben que ayer unos manifestantes pintaron de rojo el monumento a los caídos de Estrasburgo? —susurra una, temerosa de que la oiga un camarero.

—¿El monumento a los caídos? ¡Pero es que ya no respetan nada! —se indigna otra.

Una tercera mira su copa de champán y la encuentra de pronto totalmente fuera de lugar dadas las circunstancias. Al fin y al cabo, en las comidas familiares que siguen a las misas de funeral, es la única bebida que resulta de buen tono no proponer. Le hace una seña a Roland y pide un zumo de tomate. Cuando le traen su copa llena de un hermoso líquido color carmín, el brebaje le parece igualmente inapropiado; ¡es que, claro, ese color! Un gin tonic sería lo más pertinente.

La situación en París es realmente preocupante. Sobre ese punto, están todos de acuerdo.

—¿Saben que se está hablando ya de nacionalizaciones? —enlaza una con voz estridente.

—Pues sí —confirma el crítico Jacques Brenner—, parece ser que en el Círculo de Escritores Michel Butor pidió la nacionalización de Gallimard. A Claude Gallimard, que le pasa dinero cada mes, no le pareció muy afortunada la propuesta.

—¡Es el fin del Capital! —profetiza sombríamente un invitado, quien añade, con cara de estar informado—: Todo esto viene orquestado por China.

¡China! Se miran todos. De ser cierto, cabe esperar lo peor.

Por fortuna, J. Paul Getty ha olvidado hace tiempo los consejos de su preceptora (que, por cierto, no conllevaban el aprendizaje de la palabra «Capital»), porque ha decidido bajar de su suite carcelaria y saluda a todos, sin entender por qué todo el mundo lo mira de pronto compasivamente. Todos se precipitan a saludarlo, como si le estuvieran hablando al representante de una especie a punto de desaparecer.

Han olvidado por completo al personal que ocupa el hotel, y a Roland, el delegado sindical de guante blanco que da vueltas a su alrededor con su bandeja de plata. Es tal la inquietud que a nadie se le ocurre ya susurrar.

Y eso que, todavía hace unos días, a todo el mundo se le antojaban sumamente divertidas esas concentraciones de estudiantes. Las mujeres de mundo se habían precipitado a la Sorbona primero, al Odeón después —no sin tomar la precaución de volver del revés el engaste de su anillo—, con la curiosidad juvenil de aquellas a quienes todo divierte.

No querían perderse el acontecimiento.

Querían leer esa página de la novela nacional que se estaba escribiendo.

Querían visitar la Revolución.

No había ya ni universidad ni teatro: acudían a esas «asambleas permanentes creativas». El espectáculo era gratuito. Escucharon la cháchara de los estudiantes con la misma seriedad con que escuchaban los versos de Racine en la Comédie Française.

Volvían de aquellos ruidosos mítines exaltadas, con la mente ofuscada por aquellas frases que no siempre entendían, aunque habían captado al vuelo algunas fórmulas calificadas de *maravillosas*. «La barricada corta la calle pero abre el camino» les había encantado. «Basta de actos, palabras» las había entusiasmado.

Una de ellas, más audaz que las demás, había recogido un adoquín en el boulevard Saint-Michel y lo había transformado en centro de mesa, ante el furor de su esposo. En un estado de exaltación rayano en la histeria, le dijo, a su vuelta del Barrio Latino: *¡Si hubieras visto aquello, era de una belleza! Un ligero humo subía de los árboles caídos y calcinados, parecía un Delacroix...* Ese adoquín era su modo personal de oír el hálito de la historia (porque, en aquel apacible piso del distrito 16, había que aguzar el oído para percibirlo). Su marido le contestó que muchas de las descerebradas que habían aplaudido en la Fiesta de la Federación habían acabado en la guillotina. Aquella noche, se dieron la espalda a la hora de apagar la luz de las lámparas de la mesita de noche.

Y no debe olvidarse que la impertinencia de aquellos jóvenes brindaba la oportunidad de mezquinas venganzas. La gente se reía a carcajadas contándose que Aragon había sido abucheado por los estudiantes y que, desde entonces, les había tomado tierra a aquellos rebeldes que habían ninguneado su apoyo. Les había prometido dedicar un número entero de *Les Lettres françaises* a los estudiantes contestatarios y, como agradecimiento, no había recibido más que rechiflas, en las que descollaban calificativos de «viejo» y de «traidor». Un estudiante le había espetado como colofón: *Lárgate, vejestorio*. El poeta había replicado: *Tú también serás algún día un vejestorio*. Poco más y llegan a las manos. En los salones, se habían susurrado esas deliciosas palabras durante veladas enteras.

Ahora las mujeres de mundo no les ven ninguna gracia a los acontecimientos del Barrio Latino.

—Estamos perdidos —profetiza la esposa de un capitoste de la edición—. Esta noche pueden poner París a sangre y fuego. Incendiarán el Louvre, ocuparán la Asamblea Nacional y expulsarán a los últimos clientes de los hoteles. Y luego, por supuesto, vendrá lo peor: nacionalizarán las empresas. Ya habréis oído el discurso de Mitterrand esta mañana: ¡es lo que reclama!

Ese canguelo de los pudientes regocija un instante a Roland, y le recuerda las angustias de la burguesía en la primavera de 1936. Si pudiera participar en la conversación, les citaría el eslogan que había pintado su hijo la víspera en una pared de la Escuela de Bellas Artes: «Dejemos el miedo a lo rojo a los animales con cuernos». Pero Roland ha de contener sus comentarios, tragarse sus objeciones, mantenerse en su puesto, que es un puesto donde se habla poco.

—Tómense otra copa de champán —sugiere un invitado—. Así olvidarán esas perspectivas.

—La verdad es que no veo qué hay que celebrar hoy —se incomoda la pesimista.

—Bueno, estamos aquí para agasajar a un joven escritor —contesta el invitado que no está dispuesto a renunciar a su bebida favorita.

—Dada su juventud, creo que veintiún años, estoy segura de que aprueba lo que está sucediendo en este momento. A saber si cuando salga de aquí no echará a correr hacia el otro lado del Sena para quemar coches con los demás rabiosos.

Un escalofrío recorre a los asistentes. No se habían planteado tal eventualidad. ¿Aparecerá la mismísima Revolución en el salón de un instante a otro? En un hotel ocupado por su personal es lo único que falta. La curiosidad se tiñe ahora de angustia. ¿Hizo bien Florence manteniendo esta comida, pese a todos los toques de atención?

Roland, que sigue llenando las copas, no se pierde una palabra del diálogo. De repente le inspira una gran simpatía el joven novelista que está a punto de llegar. ¿Se habrá encontrado con su hijo y ambos habrán arrojado adoquines, levantado barricadas, garabateado banderolas juntos? Lástima que su cargo le impida hacerle preguntas.

—Tanto da —desdramatiza un invitado—. Su novela ha recibido una lluvia de elogios, como pocas.

—Estoy totalmente de acuerdo con usted —declara Paul Morand, recién apeado del coche que lo ha traído de Suiza—. Yo mismo he insistido mucho en que reciba el premio. Debemos saludar el espíritu húsar de nuestro jurado: no había otro aspirante posible. La insolencia y el ingenio en un mismo libro son cosa rara. Y debo decir que nos dejó maravillados a todos ese chico que lo sabe todo sobre nuestros años mozos. Añadiré que tiene las mismas iniciales que yo. Es una señal, ¿no?

En ese momento, una figura desconocida entra en el salón. ¿Será el novelista? Claro que no, qué ocurrencia. Dada su cara demacrada, su andar tambaleante, no puede tratarse del héroe del día. El cuello de la camisa se le entreabre, está espantosamente flaco. Al verlo, piensa uno en los supervivientes de los campos de concentración rescatados del campo. ¿Pues quién es ese nuevo fichaje? ¿Un poeta secreto cuyo talento no tardará en salir a la luz? ¿Un importante crítico literario belga o suizo? ¿Un abogado estadounidense encargado de gestionar la fortuna de su anfitriona? Su presencia intriga. En la duda, mejor recibirlo lo mejor posible. Florence es increíble, piensan, incluso en plena revolución se las apaña para hacer nuevos amigos.

Aristide Aubuisson, pues de él se trata, se queda estupefacto por la efusividad con que acuden a saludarlo unos y otros. Presiente que esa comida le hará olvidar todos los espectáculos que se ha perdido con la huelga. Roland, que controla sus primeros pasos por la moqueta de flores de lis del salón Pompadour, no está descontento. El notario emérito de Montargis no desentona entre esos asistentes. Dentro de unos minutos será el niño bonito del salón.

—Respecto a lo que está sucediendo en París, los veo a ustedes muy negativos. Esa manera que han adoptado los jóvenes de tomarla con el general De Gaulle me parece sumamente divertida. Por lo visto han gritado «¡Diez años bastan!». No les



ocultaré que estoy totalmente de acuerdo con ellos. De estar aquí Chardonne, les diría lo mismo.

Paul Morand saborea ese desquite sobre los vencedores de 1944. No piensa ocultar la alegría que le produce ver tambalearse en su pedestal al más ilustre de todos los franceses.

—Ese mamut tiene una capacidad de desprecio increíble —observa Jacques Brenner—. Verá cómo aguanta los abucheos de los chavales. Estoy con usted en que celebramos hoy un excelente libro. Han hecho muy bien coronándolo.

La llegada de la anfitriona hace callar a esa gente que habla de sus cosas. Florence Gould, acompañada de Jean Denoël, ha bajado por fin a la planta baja. Parece más que nunca una estrella del cine mudo, con su cutis blanco, sus grandes gafas ahumadas y su turbante de satén. Como siempre, viste un traje sastre negro, sin que se sepa si lo hace porque lleva eternamente luto por Franck Jay Gould o porque le parece que ese color le estiliza la figura. Contrariamente a sus invitadas, no opina que las circunstancias exijan cierta sobriedad en el atuendo. Las tres vueltas de perlas han recobrado su lugar alrededor de su cuello y se calientan en su piel arrugada. Unas sortijas subrayan sus dedos amorcillados. No cabe duda de que ha decidido que esta revolución no perturbe en lo más mínimo sus hábitos. Florence odia los cambios. Los acontecimientos se pliegan a sus deseos, y no a la inversa.

Hasta el último minuto, Denoël ha enmendado, modificado, tachado el plano de la mesa. Al llegar al salón, cuenta en silencio a los invitados. Faltan dos. Si bien para Salvador Dalí es cuestión de honor llegar siempre cuando la gente ya está sentada a la mesa (el Maestro manifiesta de ese modo su repulsión por los relojes, los códigos, las obligaciones), la ausencia de Marcel Jouhandeau es más preocupante. Sin embargo ha confirmado su presencia esta misma mañana. Y preguntado de paso si el chófer de Florence hacía huelga. A Denoël no le ha sorprendido su pregunta. Jouhandeau lleva años rondando a Aldo, el guapo italiano rubio que conduce el Rolls de Florence. A punto de cumplir los ochenta, conserva esos entusiasmos juveniles. Seguro que se ha retrasado en el garaje del Meurice.

En cuanto al galardonado, no debería tardar.

La que lo espera con impaciencia y curiosidad es Denise, agazapada en su guardarropa. ¿Cómo será el autor de esa novela incómoda, que se leyó de un tirón la víspera? «Las perreras donde habían llevado a seis millones de perros»: la expresión la ha sorprendido. La «yiddish paranoia» la indignó. Cuando llevaba leídos dos tercios del libro, la hizo sobresaltarse un párrafo. «Una joven morena, con la barbilla apoyada en la palma de la mano. Me pregunto qué hace ahí, sola, tan triste entre los bebedores de cerveza. Seguro que pertenece a esa raza de humanos que elegí entre todas: tienen rasgos duros y, no obstante, frágiles; se lee en ellos una gran fidelidad a la desgracia.» Denise, que sabe muy bien que a sus espaldas la llaman la Lechuza, se

ha reconocido a sí misma en esas líneas. Produce una impresión extraña encontrar tus propios defectos reflejados por un escritor. Ha de tener talento un hombre tan joven para saber ya tantas cosas sobre el alma humana. Al cerrar el libro, Denise fluctuaba entre la admiración y la indignación.

Pero ¿qué sentido tiene empeñarse en remover el recuerdo de una época tan nauseabunda que todo el mundo querría olvidar? Por desgracia no podrá hacerle la pregunta: su papel se limita a recogerle el abrigo, darle un ticket e indicarle cómo llegar al salón donde lo están esperando.

Ha cruzado el Sena frente al quai de Conti. En el puente de las Artes, unas furgonetas de las CRS de ronda lo han puesto nervioso. Policía por todas partes, como durante la Ocupación. Un París peatón, silencioso, receloso: de nuevo la Ocupación. Ha caminado a lo largo de las arcadas de la rue de Rivoli. Con sus largas piernas, el trayecto apenas le ha llevado unos minutos. Por la rue de Castiglione, ha salido a la rue du Mont-Thabor. Al llegar al número 13, ha contenido el aliento y ha alzado los ojos hacia la fachada.

¿Es un espejismo? Está escarificada por las esvásticas.

Lucien Grapier es el primero en comprender que ese inmenso joven moreno, con aires de gacela extraviada, debe de ser el galardonado que todo el mundo está esperando. En dos palabras, le habían bosquejado el retrato del futuro comensal: muy joven, muy delgado, pelo largo y moreno que le cae por la nuca. Tímido, tal vez. Pobre, sin duda. Lucien, basándose en esos indicios, aguardaba al héroe del día. En tiempos normales, habría sido el director quien hubiera esperado en el vestíbulo, habría recibido al galardonado con la boca repleta de felicitaciones, le habría expresado en pocas palabras la excelente opinión que tenía de su libro (que nunca habría abierto, ni que decir tiene), pero le habían pedido que no se diera a conocer. Grapier tascó el freno en su entresuelo, maldiciendo las disparatadas ideas transmitidas por este mes de mayo.

¿Ese modo de mirar fijamente el vestíbulo como si el lugar le trajera recuerdos? ¿Ese paso vacilante de un muchacho jovencísimo poco habituado a los hoteles de lujo? El conserje está seguro de no equivocarse y rodea su mostrador, cosa contraria a las normas, para ir a recibirlo.

—¿Es usted el señor Modiano?

El larguirucho de mirada extraviada se ha vuelto bruscamente, ha entornado los ojos, como si lo hubieran pillado en una redada en plena noche. Tras una puerta dorada, se oye la algarabía de un grupo de personas locuaces. Adivina que lo están esperando allí. Sigue al conserje, que lo lleva primero al guardarropa. Le lanza una mirada de animal acosado a Denise, que le recoge el abrigo. Acto seguido, Lucien empuja la puerta y lo deja enfrentarse a las caras curiosas que lo acechan.

Su llegada causa sensación en el salón Pompadour.

*Qué guapo*, piensan las mujeres observando al espigado joven moreno que lanza miradas inquietas a su alrededor.

*Qué alto, debe andar por los dos metros*, se dice Paul Morand, que se ha precipitado a saludarlo con sus piernas arqueadas de jinete y que parece de repente minúsculo al lado de la inmensa figura.

*Qué tímido parece*, se dice Florence Gould, ofreciéndole un franco y sonriente apretón de manos.

*Qué joven parece*, observan los demás invitados, pero es lógico: solo tiene veinte años. ¡Un chiquillo! ¡Ni mayor de edad! ¡*Qué talento, tan joven!* Apuran sus copas de champán extasiándose ante la juventud del héroe del día. No saben que esa cifra, con ser la que ha facilitado la editorial, es falsa. No solo las mujeres mienten sobre su edad. Tiempo atrás, Patrick Modiano había falsificado su pasaporte para en caso de control nocturno poder pasar por mayor de edad. En la línea de su fecha de nacimiento, 30 de julio de 1945, había transformado el 5 en 3, poniéndose dos años. Pero, mira por dónde, cuando aparece su novela, Gallimard le pide una copia de su carné de identidad: para concurrir a la beca Fénéon, es preciso demostrar que se tienen menos de treinta y cinco años. Modiano quiere restablecer la verdad, pero cae en la cuenta de que un 3 se muestra reacio a convertirse en un 5 y se transforma más fácilmente en 7. Con lo que de pronto ha rejuvenecido dos años. 1947 es la fecha de nacimiento de su hermano Rudy, a quien está dedicado *El lugar de la estrella*. La confusión no disgusta al hermano mayor, que sigue llorando la muerte del benjamín.

Así pues, este miércoles 22 de mayo de 1968 Patrick Modiano cuenta veintidós años. Su presencia envejece de repente a los comensales de Florence Gould.

Son casi las dos. Las arañas de agremanes del salón Tullerías tienen el buen gusto de funcionar en ese momento. Por si acaso, Roland ha encendido las velas de los candelabros de plata. Ha abierto los dos batientes de la puerta. Y, apostado en el umbral del salón, pronuncia con voz tonante estas palabras que ninguna revolución, ninguna asamblea general le quitarán de la boca:

—¡La señora está servida!

Cada invitado ocupa su sitio. Jean Denoël, tras muchas dudas, ha colocado a Jacques de Lacretelle a la derecha de Florence —al fin y al cabo es académico— y a Aristide Aubuisson a su izquierda: a ese recién llegado a las Meuriciadas hay que agasjarlo. Sentado frente a ella, coloca al galardonado a su derecha, prefiriendo encargarse de su conversación tan particular, y a Paul Morand a su izquierda. Espera que el entusiasmo del viejo escritor por la novela despierte la locuacidad del joven, callado, según dicen, como un campesino auvernés.

Sin embargo, tan pronto se sientan, a los invitados de Florence tan solo les ronda una idea en la cabeza: reanudar su conversación del salón Pompadour y comentar la

situación política. ¿Qué opina ese galardonado que tiene la misma edad que los manifestantes? Veinte ojos angustiados se vuelven hacia él. El joven balbucea, busca las palabras, duda. De sus frases deshilvanadas se desprende que se siente ajeno a esas algaradas. Los estudiantes creen estar viviendo una revolución cuando se trata de una simple manifestación festiva de chiquillos, nada más.

Tan sorprendentes palabras son acogidas con sonrisas cargadas de simpatía. Temían vérselas con un revolucionario y se encuentran con un muchacho dotado de un sólido espíritu crítico. Lo cierto es que el jurado del premio Roger-Nimier ha obrado con olfato. Roland, que estaba a punto de volver al office, se admira de que un chico tan joven muestre el desencanto de un anciano. El galardonado a quien imaginaba enarbolando adoquines por las noches le decepciona.

Marcel Jouhandeau se ha deslizado en su asiento sin saludar a nadie, luciendo un ojo a la funerala que todo el mundo finge no advertir. Al parecer, no le ha ido nada bien su rodeo por el garaje.

Modiano añade que los periodos realmente interesantes son aquellos en los que uno se juega la vida. Que las barricadas tan solo tienen sentido si uno lucha con balas, y no con piedras y con porras.

Le interrumpe la llegada de Salvador Dalí. Este es incapaz de ser puntual, pero siempre le trae un regalo a Florence Gould. En esta ocasión es una alfombrilla de baño de esponja granate, que a su juicio hace juego con el color de esa época revolucionaria. A nadie más que a él le hace gracia la broma, y se sienta con el bigote decepcionado. Aunque en Montargis nadie sabe quién es Florence Gould, el nombre de Salvador Dalí es archiconocido. Comer en la misma mesa que el genio del surrealismo sume al notario emérito en mudas emociones.

Acababa el Maestro de volver a su silla cuando Roland y su jefe de rango avanzan para empezar a servir el entrante. Al ver el plato, los invitados se miran estupefactos. ¿Qué ha sido de las belon? Un sutil chaudfroid de lenguado comienza a circular en torno a la mesa. Una sorpresa aparentemente compartida por la anfitriona; si bien sus ojos siguen acerrojados por sus antiparras ahumadas, se advierte por su boca crispada que no se hallaba al corriente de semejante transgresión a los hábitos. Frente a ella, Jean Denoël se ve incapaz de responder a esos mudos interrogantes. Los asiduos a las Meuriciadas dirigen guiños agradecidos al primer maître para expresarle que si la revolución elimina las belon, en lo sucesivo también ellos son revolucionarios. Solo Aristide Aubuisson, que participa por primera vez en esos ágapes, no muestra sorpresa. Al no estar pendiente de la belon habitual, su ausencia no le produce ningún efecto. Desde que ha tomado asiento, calla, intimidado y extático, y espera el momento oportuno para alabar a su vecina los encantos del valle de Lunain, y más en general del Gâtinais oriental.

Con belon o sin ellas, Paul Morand retoma el hilo de sus preguntas al galardonado. Le pregunta si Gallimard le ha pedido que censure determinados pasajes, *que por mi parte me han parecido estupendos, pero aun así muy descarados.*

A veces son un poco apocados en la rue Sébastien-Bottin. (Discúlpeme, querida Simone, dice deslizando una mirada a su izquierda, pero podría citar varios ejemplos.) Coge su ejemplar de la novela, que ha traído expresamente. Permítame que le cite, amigo mío: «¡Los judíos no poseen el monopolio del martirio! Había muchos auverneses, perigordinos, incluso bretones en Auschwitz y en Dachau. ¿Por qué nos machaca los oídos con la tragedia judía? ¿Hemos de olvidar la tragedia de Berry? ¿El patetismo de Poitou? ¿La desesperación de Picardía?».

En la mesa la gente suelta el trapo.

La gente se parte.

La gente se queda estupefacta.

Porque no todos han tenido el reflejo concienzudo de Aristide Aubuisson y, salvo los miembros del jurado, la mayoría de los comensales no ha leído el libro premiado antes de venir a conocer a su autor. Esa cita les ofrece en cierto modo una primera impresión del libro. *Hace falta tener veinte años para permitirse tales insolencias*, susurra una invitada a su vecina de mesa.

Sin dejar de farfullar, Patrick Modiano cuenta que escribió la novela durante el verano de 1966, y que Le Seuil la aceptó de inmediato. Que firmó un contrato con dicha editorial sin caer en la cuenta de que, al ser menor, su firma carecía de valor jurídico. Y que su madre, a quien gustaba por esnobismo la colección blanca, pidió por su cuenta a Raymond Queneau que pasara el manuscrito a Gallimard, que lo aceptó enseguida y decidió publicarlo el año siguiente. Pero la Guerra de los Seis Días modificó este proyecto. La novela, por bastantes conceptos, parecía una provocación a los judíos. La editorial temía los reproches, la polémica o algo peor. La publicación se retrasó un año. Y por fin, a comienzos de abril de 1968, se pudo encontrar *El lugar de la estrella* en las librerías. Sus frases son tan laboriosas, sus palabras tan vacilantes que acaba su explicación extenuado. Jacques Brenner, desde el otro extremo de la mesa, acude en su ayuda agregando que *eso explica el prólogo de Jean Cau: Gallimard ha querido neutralizar el escándalo*. Lo cual evita a Modiano tener que explicar si esa aparición diferida incomodó su impaciencia de autor novel.

Aristide Aubuisson osa por fin tomar la palabra y se dirige al autor sentado frente a él.

—Me ha gustado mucho su libro, aunque he de confesar que no lo he entendido todo. Sus transgresiones al realismo me han confundido un poco. ¡Y lo de pasar de la primera a la segunda persona del singular! Es un libro que da vértigo. Y crea que, dicho por un provinciano como yo, es un elogio. Eso es lo que me faltaba en Montargis: el vértigo. Pero no se me quitaba de la cabeza una cosa al leer el libro esta mañana: ¿cómo es que un muchacho de su edad se interesa tanto por un periodo que no ha conocido?

Los tenedores permanecen en suspenso. El recién llegado es a todas luces un lector sutil, un hombre cabal, cualquiera que sea su actividad, que todo el mundo aún

desconoce.

El joven escritor se esperaba, sin duda, esa pregunta. O bien la había oído ya de boca de algún periodista. Alza la vista y mira a Aristide directamente a los ojos.

—Para mí nunca han existido ni pasado ni presente. Todo se confunde.

Por primera vez desde que ha llegado, no farfulla.

—Me da la impresión, extraña se lo confieso —prosigue Patrick Modiano—, de haber vivido antes de nacer y de estar marcado por el París de la Ocupación... Es mi noche original.

Se hace un silencio alrededor de la mesa. Varios piensan que volver a sumergirse en los años de la Ocupación es una ocurrencia peregrina, varios a quienes la guerra no dejó muy buenos recuerdos. A Paul Morand se le echó en cara su marcha a Londres en junio de 1940 y sus sucesivas embajadas en Bucarest y en Berna para el gobierno de Vichy; a Chardonne, sus dos viajes allende el Rin en plena guerra, sus libros germanófilos y su opinión de que *la Ocupación era correcta, suave, muy suave*; a Florence Gould, el dejarse besar a mansalva por los oficiales alemanes en pleno París ocupado. El precio lo pagaron: ingreso en la cárcel de Cognac para Chardonne, exilio en Vevey para Morand, embarazosas explicaciones ante las Fuerzas Francesas del Interior durante la liberación de París para Florence Gould.

Eso sucedía veinticinco años atrás.

Ese muchacho alto quiere recordarlo todo cuando ellos querrían, por el contrario, olvidarlo. ¿Por qué se emperra en hurgar en una herida que parece estar cicatrizando por fin?

El equipo de cocina nunca había visto tan tenso a su jefe. Esta comida es un reto que se ha puesto. Nada puede obstaculizar la marcha minuciosa hacia la perfección que espera alcanzar. Un sistema de vasallajes consentidos se ha puesto en marcha en la amplia cocina, para que cada gesto minúsculo, desde el rellenado de las cazuelas hasta el trinchado de aves de corral todavía humeantes, desde el deshojado de las alcachofas hasta el sutil cocinado del animal en las hierbas aromáticas, desde la preparación de la salsa con nata hasta la elaboración del velouté de lechuga iceberg, culmine su desenlace en la fuente que, de un instante a otro, dará la vuelta a la mesa. El mecanismo es complicado. La ejecución de la pularda Rivoli requiere minuciosidad y pericia. Un minuto más en el fuego y todo se va al garete. Los pinches han recobrado los reflejos serviles de la víspera. La autogestión no tiene ya razón de ser en esos minutos de tensión controlada.

Roland, en el momento de ir a buscar el plato principal, se ha cruzado con Denise, que lo esperaba a la entrada de las cocinas. El asunto debe de ser grave si ha abandonado su puesto, es decir, abandonado el guardarropa. Seguro que es para anunciar una de esas malas noticias que la cautivan.

—Babou ha desaparecido otra vez —anuncia, con la voz cargada de reproches, como si la ocupación del hotel por su personal fuera la responsable de ese incidente.

Roland se encoge de hombros.

—¡Si crees que dispongo de tiempo para ocuparme de un zoo en este instante, vas desencaminada! Estoy sirviendo a los veinte invitados de la señora Gould en el salón Tullerías. Aparecerá lamiendo los restos del desayuno en el office, como de costumbre...

Denise se esperaba esa respuesta condescendiente. Sin embargo, insiste.

—El problema es que no dan con él. Los clientes no saben nada, pero los compañeros están muy asustados. Las asistentas se niegan a seguir trabajando desde que se han enterado. Temen toparse con él al pasar la aspiradora debajo de las camas. Esta noche los clientes volverán a las habitaciones y se las encontrarán sin hacer. ¿Crees que eso mejorará la reputación del hotel?

—Podríamos mandar al becario, eso le ayudaría a rellenar el apartado «cómo enfrentarse a todos los tipos de clientela» en su informe del periodo de prácticas — sugiere Roland, quien recuerda de repente que hizo invitar a Hubert-Transistor, como lo llaman todos los empleados, a esa comida—. Pero está sentado a la mesa. Encárgate tú, si tan urgente es el problema.

Entonces Denise, triunfante:

—¡Yo creía que nadie daba ya órdenes en este hotel! No me moveré de mi guardarropa. —Y, con un punto de ironía que no se le escapa a su compañero, concluye—: En mayo, haz lo que te plazca.

Ha llegado el momento de las conversaciones privadas.

Jean Denoël le habla a Paul Morand de su posible candidatura a la Academia Francesa. A la larga, el rencor del general De Gaulle habrá remitido. ¿No es el momento para él de volver a probar suerte?

Florence Gould no entiende por qué su vecino de la izquierda insiste en los precios moderados del sector inmobiliario en Seine-et-Marne, en las ventajas que ofrece poseer una casa de campo cerca de París.

En el otro extremo de la mesa, el becario no sale de su asombro al enterarse por su vecino, Antoine Blondin, de que los húsares no son únicamente esa caballería ligera de uniforme abigarrado, sino que se trata también de un movimiento literario del que hay allí eminentes representantes. Los estudios comerciales no predisponen a la lectura de los autores contemporáneos. Blondin se cansa de volver a narrar la historia de esa familia literaria y el indica al maître que su copa está vacía. Jean Denoël lo vigila con el rabillo del ojo, pues recela de los patinazos verbales que provoca el alcohol en el escritor. Todavía recuerda aquella comida en que Florence, juzgando que había engordado y tenía que disminuir su ración de calorías a toda velocidad, se limitó a pedir una loncha de jamón. Blondin se levantó y soltó con voz

atronadora: *¡Esa cabrona quiere envenenarnos! ¡Está tomando un menú distinto del que nos ha puesto a nosotros!* Florence fingió no haber oído nada. Y siguió invitándolo a las Meuriciadas.

(Pobre Jean Denoël, policía a su pesar de esas comidas, donde los caprichos de la millonaria-que-quiere-conocer-nuevas-caras provocan transgresiones a la urbanidad que cuesta lo suyo ocultar. El escritor que está de moda no siempre es un modelo de educación. Hace unas semanas, fue Violette Leduc, de la que Florence se había encaprichado a saber por qué, la que, apenas se sentó bajo los dorados del salón Tullerías, se quedó mirando a su anfitriona y le prodigó este incómodo consejo: *¡Pierda diez kilos lo antes posible!* Desde entonces, Denoël fruncía el ceño cuando le pedían que incluyera su nombre en la lista. Con ese tipo de observación, acabarán pasando de las endivias braseadas a una ensalada verde sin vinagreta. Le habían contado que Antoine Blondin, en un café donde no iba por su primera copa, al cruzarse con el escritor de moda lanzado por Simone de Beauvoir, le espetó: *¡Es usted un mamarracho asqueroso!* Y los dos enemigos figuraban en la lista de invitados de ese día. El que se hubiera modificado tantas veces el plano de la mesa era también culpa de ellos. Por supuesto había alejado lo más posible a los dos comensales. Sentada junto a J. Paul Getty, cuyo francés era pobre, Violette Leduc, cuyo inglés era inexistente, parecía conversar ella sola. No había ninguna guerra mundial en el horizonte).

Hemos olvidado un poco al galardonado. De pronto las lámparas de araña parpadean, parecen dudar y se apagan. Modiano mira los candelabros y se pregunta si eran los mismos que colocaron en las mesas la noche del jueves 24 de agosto de 1944. Su memoria es incorregible. Le remite siempre a la guerra. En ese momento se evade de nuevo. En la habitación 238 del Meurice, Dietrich von Choltitz acaba de enfundarse una camisa de seda blanca cuyo cuello duro le lacera la cerviz. Hace apenas unos quince días que el vencedor de Sebastopol se ha instalado en la Kommandantur del Gross-Paris, y ya ha engordado. ¡Como si no tuviera ya bastantes preocupaciones! La culpa la tiene Annabella Waldner, la intendenta de los gobernadores alemanes de París, que es única dando de comer a los dignatarios nazis. Esta noche de nuevo, para esa cena que es una fiesta de despedida, tiene previsto hacer servir espárragos con salsa holandesa, foie gras y la especialidad del cocinero búlgaro del Meurice: profiteroles. Por si fuera poco, ha elegido una vajilla muy especial. La que el predecesor de Choltitz al frente del Gross-Paris encargara a la manufactura de Sèvres y donde figuran, en el fondo de cada plato, los monumentos de París. Esos monumentos que el Führer ha pedido encarecidamente a Choltitz que destruya antes de que lleguen las fuerzas aliadas.

Choltitz, Cruz de Hierro al pecho y monóculo, ha llegado al comedor iluminado con velas para compartir con sus oficiales una copa de cordon-rouge. Esta noche que



se anuncia es la última para él de un modo u otro. Mañana estará muerto entre las ruinas del Meurice o habrá sido hecho prisionero por los franceses.

Acaricia en el bolsillo el telegrama de Hitler del que se sabe de memoria cada palabra. Cuán lejano parece el momento en que, estupefacto por la belleza de París, decía: «Es como una mujer guapa, cuando da un bofetón, no se le devuelve.» ¿Cuándo fue? Hará doce o quince días como mucho. Ahora París ya no da bofetones, sino puñetazos, patadas, cabezazos, y su jefe supremo le pide, y aun le ordena, que ponga fin a esos ultrajes al poder del Reich. Hay que reprimir la revuelta, repite, histérico, el Führer desde Berlín. Las palabras de la orden personal que Hitler ha dictado a Jodl le siguen bailando en la mente. «Hay que reducir sin compasión los focos insurrectos y aplastar bajo las bombas explosivas e incendiarias los barrios donde sigan actuando los rebeldes.» París será castigado como lo fue Varsovia. Arriba y a la derecha del telegrama de Hitler recibido la víspera en el Meurice aparece una breve mención que no se le ha escapado a Choltitz: «Para su ejecución».

Así pues, Dietrich von Choltitz, tras hacer un brindis «a la salud de las magníficas mujeres alemanas cuya solidaridad durante esta guerra ha hecho menos duros los golpes del destino», apura su copa de champán e intenta olvidar durante unos instantes —¿acaso es posible?— la *Sippenhaft*, esa nueva ley según la cual las familias de los oficiales responderán en lo sucesivo de la conducta del cabeza de familia; y en caso de desobediencia o de traición serán naturalmente tomadas como rehén. No se excluye la muerte en este decreto, que impone a los mandos del ejército alemán una costumbre de la Edad Media.

Es valiente Dietrich von Choltitz, que intenta conversar alegremente con sus hombres y solo tiene en la cabeza tres nombres: Uberta, Maria-Angelika y AnnaBarbara. Los de su mujer y sus hijas. Piensa también en su hijo, nacido solo hace cuatro meses, y al que apenas conoce. El oficial, que ha soportado las privaciones y el frío en el frente ruso, nunca se ha visto en un trance tan difícil.

Esta noche se aferra al estímulo de la última llamada recibida en su línea directa, Opéra 32-40. La voz familiar, aunque débil y lejana, de su viejo compañero de armas, el general Walter Krueger, que está al mando del 58.º cuerpo de blindados. Desde un puesto de campaña en Chantilly, Krueger había anunciado, fanfarroneando, excedido: ¡*Voy a París, iremos al Sphinx esta noche!* Sin precisar que ese anuncio no pasaba de ser un deseo piadoso, ya que la campaña de Normandía había diezmado a sus tropas y los blindados podían contarse con los dedos de las dos manos.

—¿Está soñando, señor Modiano?

Jean Denoël da un codazo al galardonado, que lleva treinta segundos sin advertir que Roland le presenta una gran fuente de plata que emana un exquisito aroma a pularda.

—Son estos candelabros... Estaba rememorando otra cena en el Meurice, la que tomó aquí el general Von Choltitz la víspera de la liberación de París. El menú era por lo menos tan fastuoso como el de hoy. Y los cortes de luz igualmente frecuentes.

—Pero si usted no había nacido —se sorprende Denoël—. ¿De dónde le vienen esos recuerdos?

—Es difícil decirlo... Siempre vuelvo a la guerra... Ha envenenado mi memoria en cierto modo... Todo, en mi mente, acaba confundándose por un fenómeno de sobreimpresión...

Pendiente de la conversación saturada de puntos suspensivos de Patrick Modiano, Jean Denoël no ve las señas que le hace, enfrente, Florence Gould. Mímica desesperada, cejas que rebasan las antiparras para expresar: ¿qué menú es este? ¿Qué ha sido de mis endivias braseadas? ¿Cree usted que una pularda cubierta de nata y alcachofas va a hacerme perder peso? Como suele sucederle en estas comidas, no tiene ya nadie con quien hablar. Sus dos vecinos le han dado la espalda para iniciar conversaciones de las que la han excluido. Esta vieja cantante paga a un público que no tiene la elegancia de aclamarla. Señala a Roland que vuelva a llenarle la copa de champán; es la única cosa que reconoce en ese menú que no vale nada.

Los de la mesa acaban siempre volviendo a la crisis social. ¿Cómo hablar de otra cosa en un momento en que el gobierno está a punto de ser derribado en la Cámara de los Diputados y el país paralizado? El único invitado de Florence que parece relajadísimo es Salvador Dalí. Intenta hacer reír a sus vecinas. *Las suelas mandan. Julio va a hacer ricos a los zapateros* (y es que el genio trascendental nunca tiene empacho en hablar de dinero).

Marcel Jouhandeau, que no se decide a abandonar a Dalí el monopolio del sarcasmo, cuenta que no dudó en gritar a los manifestantes: ¡*Volved a casa, que dentro de quince años seréis todos notarios!* Todo el mundo suelta la carcajada menos Aristide Aubuisson, a quien no hace gracia esa chufra despreciativa sobre su corporación y observa un silencio consternado; en lo que le atañe, ha sido el único nubarrón que ha velado el esplendor de la comida.

Cada cual despacha su comentario. La opinión general es que Pisani, que se dispone a votar la moción de censura, es un traidor. Varios comensales deploran el incomprensible silencio del jefe de Estado. Todos coinciden en decir que, debido a la prohibición de residencia al líder de la contestación estudiantil, la noche puede ser más violenta que las anteriores. Y que compadecen de todo corazón a los desdichados que viven entre el boulevard Saint-Michel y los jardines de Luxemburgo, bajo cuyas ventanas se montan noche tras noche barricadas.

¡Barricadas! Desde el lunes 21 de agosto de 1944, los periódicos de la Resistencia llamaban a los parisinos a la insurrección. El mensaje del coronel Rol fue acatado por encima de lo esperado. Todo cuanto podía ser arrancado y acarreado servía para la

construcción de las barricadas. Los hombres extraían los adoquines de la calzada y dejaban que las mujeres y los niños los pasaran de mano en mano. La barricada iba elevándose, acumulación heterogénea de sacos de arena de la defensa pasiva, tapas de alcantarilla, árboles arrancados y aun camiones alemanes incendiados. Cualquier objeto era bienvenido. En la esquina de la rue Dauphine con la rue du Pont-Neuf, un urinario servía de armazón para la barricada. En la rue de Buci, un anticuario había cedido los muebles de su sótano. Frente a la Comédie Française, los actores habían levantado una frágil barrera formada por accesorios de teatro de la Casa; para que resultara amenazadora, se les había ocurrido rodear la construcción de bidones en los que podía leerse: «Achtung Minen».

Era aquella brusca erupción de barricadas la que había provocado el furor de Adolf Hitler. Era aquella insurrección espontánea la que explicaba los términos conminatorios del telegrama recibido por el comandante del Gross-Paris. Era aquella obcecada rebeldía, así como el avance inexorable de las tropas aliadas, lo que le daba a Choltitz la sensación de estar viviendo sus últimas horas en París.

Quince días apenas: efímero mando.

Tras echar una ojeada al vestíbulo del Meurice repleto de sacos de arena, Dietrich von Choltitz se ha retirado a su despacho. Ha abierto la ventana que da al jardín de las Tullerías. Está lo bastante lejos de la sala de transmisiones como para no oír el intermitente crepitar de los teletipos. Se ha quitado el monóculo, pasea la mirada sobre la admirable perspectiva, los árboles de las Tullerías, el Louvre, los muelles del Sena. No brilla ninguna farola, pero en el cielo claro de ese final de verano se distinguen bastante bien las formas, los tejados, las torrecillas. Y pensar que está ahí sin Uberta. De haber durado más la guerra, la habría hecho acudir a su lado.

Él, que ha arrasado Sebastopol, que destruyó en parte Rotterdam, ese militar admirablemente conceptuado, ese soldado de quien sus superiores nunca han dudado, ese general de quien nunca se han conocido vacilaciones, ese Dietrich von Choltitz, cosa inusitada, va a desobedecer.

Sin embargo, el Apocalipsis está ahí, en el extremo de su teléfono. Los puentes, cargados de dinamita desde el 15 de agosto, están listos para saltar, conforme a las instrucciones enviadas por Berlín; la explosión provocaría una crecida gigante en París y complicaría la llegada de las tropas aliadas. Todo está dispuesto para que sobrevenga la catástrofe.

Pero a Choltitz la orden del Führer le parece repugnante y absurda. En el último momento, se niega a transmitirla a sus tropas. Al término de una noche de dudas, triunfan los escrúpulos. No arderá París.

De pronto, por las ventanas abiertas de par en par, oye un tañer de campanas. Su ayuda de campo, el conde Von Arnim, se adelanta a su pregunta. *Son las campanas que anuncian a la población que han llegado los Aliados.* El estrépito de carillones parece nacer de Notre Dame y se extiende por toda la ciudad. Habían olvidado que París estaba rebosante de iglesias. El concierto nocturno quiebra durante unos

minutos el silencio afelpado y medroso del toque de queda. Choltitz se vuelve hacia su ayuda de campo y pronuncia estas simples palabras: *Alemania ha perdido esta guerra y nosotros la hemos perdido con ella. Vaya a acostarse.*

El conde Dankvart von Arnim ha obedecido. Ha subido a acostarse a su minúscula habitación de la sexta planta. Como todas las noches, ha escrito unas líneas en su diario personal. Esa noche del 24 de agosto en que las campanas de París tocan «a vuelo», solo ha apuntado una frase: *Acabo de oír sonar mi propia campana.*

El general ha ido a tumbarse. Le ha venido el sueño como durante la noche de una campaña militar. Pese a los ecos del estrépito de la batalla que, cual tormenta lejana procedente del sur y del oeste de la ciudad, resuenan hasta la rue de Rivoli. Dietrich von Choltitz, despojado del monóculo y del cuello duro, ha acabado adormeciéndose. Por una curiosa coincidencia, el nombre en clave del Meurice en los telegramas militares es «Hipnosis». Sus últimos pensamientos se dirigen hacia Baden-Baden, donde lo esperan Uberta y los niños.

Annabella Waldner ha descolgado la línea personal de Choltitz en el Meurice. Excepto los centinelas que recorren cansados la moqueta roja de los pasillos, todo el estado mayor ha acabado durmiéndose. No queda una sola botella de cordon-rouge en la bodega del Meurice. Son las tres de la mañana. Al teléfono, suena la voz fatigada del general Krueger. *No lo despierten. Solo díganle que mis tanques no llegarán.*

Jean Denoël se ha dado cuenta de que la mente de su vecino vagaba de nuevo hacia lejanas tierras. El incorregible nostálgico le dirige una sonrisa tímida, como para disculparse de no ser el brillante comensal que la gente esperaba.

Se acerca la hora de los postres, es decir, el momento en que se le va a entregar oficialmente el premio.

Cada vez que pasa por el office para llevar los platos sucios o volver a llenar una fuente, Roland aguza el oído. Teme oír los gritos de terror de los clientes al ver revolcarse a Babou en una poltrona de satén, la mirada perdida en sus ensueños de leopardo exiliado, el bochinche habitual que suscita la aparición disparatada de un felino en los salones de un hotel de lujo parisino. Pero no llega ningún ruido de los salones, salvo un insulso barullo en el que se entremezclan las conversaciones susurradas y los pasos de los clientes ahogados por la gruesa moqueta. Ojalá Babou no haya abandonado el hotel persiguiendo a quién sabe qué volátil por las avenidas rectilíneas de las Tullerías. Roland se encoge de hombros, decidido a olvidar esa preocupación. La Lechuza se habrá alarmado por nada, como de costumbre. Siempre estará a tiempo de avisar al Maestro cuando vuelva a su suite.

Ignorantes de cuanto sucede entre bastidores, los invitados prosiguen su festín. Esa edición del premio Roger-Nimier es, en muchos sentidos, memorable.

El champán del que ha abusado ha mareado a Florence. Nunca ha tenido un beber alegre. Lo tiene, por el contrario, cicatero, rencoroso, mezquino. Le exige a su inmensa fortuna que la divierta. Cuando uno puede permitírsele todo, surge enseguida el aburrimiento. Esas Meuriciadas son lo que ha encontrado para distraerse. Pensaba que un escritor era forzosamente un hombre alegre. Una cantera de anécdotas, frases que luego uno repite durante mucho tiempo, una encarnación del ingenio francés. Que una mesa esplendorosa en un gran hotel le haría ser brillante. En vez de ello, cuando el alcohol le devuelve la lucidez, constata que aquello es una casa de fieras que alimenta una vez al mes. Jouhandeau tiene un repulsivo labio leporino, Marcel Aymé una cabeza de caballo con infosura y Morand las piernas tan arqueadas que parece estar sentado sobre una montura invisible. Por no hablar del galardonado, callado como un muerto, a quien había que arrancar las palabras como quien busca pepitas de oro en una mina: con tenacidad. En cuanto a su vecino de la izquierda, cuya identidad le ha hecho olvidar el champán, su largo y flaco cuello lo sitúa más bien en la familia de las garzas; le parece un pesado ese pelmazo que no sabe hablar más que de «metros cuadrados». A mitad de estas comidas, pese a ser ella su organizadora, a menudo bosteza de aburrimiento. Este surge en ese momento, aumentado por la irritación de ver desfilar platos que no ha pedido. El que los Racine repartidos profusamente dejen de suscitar obediencia ciega, ¿no puede significar que ha triunfado la revolución? Ella que repite con frecuencia *puedo permitírmelo todo*

no ha sido capaz de encontrar en su mesa ostras belon y endivias braseadas. Hoy no irá a abrazar al personal cuando termine el servicio, como hace siempre. Está enfadada. Florence agarra su copa. Qué curioso, ya está vacía.

Ha llegado el momento de repartir los laureles. Paul Morand alza su copa para hacer el elogio del libro premiado. En el jurado, cuya lista le ha facilitado el editor, Modiano habría deseado que figurase Chardonne. Tres años atrás, cuando comenzaba a gestarse su novela, había ido a verlo a La Frette. Quería hacer un pastiche de la escena en que, sobre el fondo apacible de Saintonge, un viñador francés fraterniza con un oficial alemán. El viejo escritor, tras abrir la puerta con reticencia, halagado no obstante por que un joven acudiera a verlo hasta su retiro, intentó engatusarlo con una copa de coñac y unos libros dedicados, pero cuando el joven le formuló una pregunta concreta sobre su antología de la poesía germánica de la que había excluido a Heine por ser judío, se cerró en banda y se refugió tras una finta poco convincente: «Fue Francia la que declaró la guerra a Alemania.» Si Chardonne hubiese venido al Meurice hoy, quizá habrían podido retomar el hilo de su conversación.

Patrick Modiano escucha a Morand, sorprendido de encontrar al escritor aún vivo. Apenas conoce su obra, tan solo recuerda haber leído un texto suyo en una antología sobre la velocidad. Tal vez lo habría leído si sus novelas se hubieran publicado en edición de bolsillo. Pero apenas hace tres años que Gallimard reedita, con cuentagotas, sus obras. Lejos quedan las grandes tiradas, la notoriedad de los años treinta. Tiene la impresión de estar hablando con un fantasma surgido de otro tiempo,

e inicia la conversación evocando el recuerdo de Roger Nimier (caras contritas de circunstancias en torno a la mesa al oír pronunciar ese nombre), y saludando el espíritu húsar que alienta en esa novela insolente (murmullos de aprobación),

y Modiano no puede evitar encontrar anacrónica la existencia de ese salón literario, al igual que la gente que puebla ese comedor, pero se abstiene de hablar y escucha cortésmente a Morand

que sigue evocando ese curioso caleidoscopio que escenifica a un héroe y sus múltiples maneras de ser judío: un judío exalumno de la École Normale, judío mundano, judío antisemita, judío maurrasiano, judío en los campos, judío colaboracionista, amante de Eva Braun y confidente de Hitler, militar condenado al presidio, en la isla del Diablo, después judío errante y judío encarcelado en un kibutz, qué vida en tan pocas páginas,

letanía que arranca una sonrisa divertida a Jacques Brenner, en un extremo de la mesa, quien se extraña una vez más de que un jurado formado por muchos escritores de extrema derecha haya recompensado a ese joven escritor judío, pero tal vez lo hizo precisamente para pronunciar esa palabra hasta la repulsión,

ese Raphaël Schlemilovitch que en ocasiones cuesta seguir, confesémoslo, prosigue Morand,

observación que hace mover la cabeza a Aristide Aubuisson, aún no recobrado del vértigo causado por su lectura,

siendo así que, prosigue Paul Morand, hay en esta novela una sonrisa en el sufrimiento, una gracia en el ritmo, un desparpajo que solo se tiene a los veinte años y que se ha ganado nuestros votos,

Jacques Brenner asiente, también a él le ha parecido un libro excelente,

nuestros votos y mucho más que eso, lo hablaba ayer con Emmanuel Berl, que se dispone a dedicarle un artículo ditirámico en *La Quinzaine littéraire*, sintiéndolo por su modestia, y le citaba este pasaje: «Se acabaron las contorsiones judías. Odio las mentiras que tanto daño me han hecho. La tierra, en cambio, no miente», y nos reímos los dos, pues aparentemente tenemos los mismos recuerdos que usted, aunque pueda ser nuestro nieto,

el nombre de Berl suena agradablemente a los oídos de Modiano, que esboza una tímida sonrisa desde el otro lado de la mesa,

quiero citar a Chardonne, que desgraciadamente no ha podido acompañarnos por motivos de salud, «la vida es corta pero las carreras literarias son largas»,

frase saludada con gestos de aprobación que intentan, en un mismo movimiento contradictorio, alabar la exactitud de la frase y estremecerse ante el nombre de un amigo con un pie en la tumba,

y, para acabar, vuelvo a citarle, querido amigo: «Garabateo otras cincuenta páginas. Luego, renuncio a la literatura. Lo juro.» Espero por mi parte que no tome las mismas decisiones que su protagonista. Aguardamos con impaciencia su próximo libro, y como les decía a mis compañeros del premio cuando pusimos punto final a nuestras deliberaciones, «no tendremos todos los años un Modiano al que hincarle el diente». Dudo que la cosecha 1969 posea el mismo nivel,

y le entrega, en medio de los aplausos, el cheque firmado por Florence Gould.

El galardonado se ha levantado para recoger el cheque y dar las gracias a la mecenas del premio. Casi recién salido de los internados donde se hiela uno de frío y se queda siempre con hambre, de esa infancia en la que ha tenido la sensación de que siempre querían deshacerse de él, todavía no está acostumbrado a la bondad. La única vez en el pasado en que se cruzó con un ser humano lleno de solicitud y de dulzura maternal fue cuando pilló la sarna en su internado de Chambéry y la doctora, encontrada en el listín, se sorprendió: «¿Tienes parientes?» Por eso es el único, junto a Aristide Aubuisson sin duda, que no ve en Florence la caricatura en que se ha convertido esa millonaria que reparte billetes y champán, servida por un personal que ella transforma en chivo expiatorio, siempre rodeada de parásitos y de bufones deseosos de que estampe su nombre en su testamento, sino a una señora que está dando un empujón de órdago a su existencia. Su gratitud es tan sincera como la admiración sin reservas del notario emérito. Lástima que los dos seres más indulgentes de esa mesa sean los que menos le importan a su anfitriona.

Por el breve fulgor que se refleja en su semblante al ver los tres ceros, Florence ha adivinado la inseguridad en que ha tenido que transcurrir la vida del joven. La millonaria sabe reconocer a los pobres mejor que nadie. Cinco mil francos: una fortuna para un muchacho que sobrevive de pequeñas colaboraciones periodísticas y escribiendo canciones. Hace años que la pobreza mina su existencia. Sigue viviendo en casa de su madre, a quien le dan cada vez menos papeles en el teatro. Ha interrumpido sus estudios de preparación a la École Normale. Junto con un compañero de clase ha empezado a escribir canciones. Pero exceptuando «Étonnez-moi, Benoît!», cantada por Françoise Hardy, que fue un auténtico éxito, sus textos siguen sin publicarse. Ha sido letrista de Régine, de Sheila, de Zizi Jeanmaire; es autor de singles de escasas ventas.

Patrick Modiano y su madre conocen desde hace años la angustia de los plazos que vencen. No encienden nunca la calefacción en invierno. Al no disponer de dinero para instalar el gas en el piso, cocinan en un infiernillo de alcohol. En ocasiones, el hijo roba libros en bibliotecas para revenderlos, y la madre birla artículos de lujo en La Belle Jardinière. Nunca los han pillado; los comerciantes se distraen de lo lindo. Los días de gran penuria su madre lo manda a reclamar un billete de cincuenta francos a su padre, que vive en el piso de arriba. La última vez acabaron en la comisaría de la rue de l'Abbaye: la madrastra llamó a la policía para quejarse.

En cualquier caso, la situación del padre no es más boyante. Quedan lejos los trapicheos de los años del mercado negro. Subsisten ciertas relaciones turbias y misteriosas que no pueden asegurarle su tren de vida. Se mueve en un ambiente equívoco con cuyas figuras escandalosas a veces se cruza su hijo en el hueco de la escalera. (Cuando lo piensa, esas mujeres alegres con las que se codea su padre harían estremecerse a los comensales del salón Tullerías.) A veces está tan completamente «pelado» que le pide a su hijo los mil francos antiguos enviados por el abuelo belga, que los ha ahorrado de su pensión de obrero. ¡Miseria absoluta! Algunos meses terminan en la casa de empeños. Un día en que están realmente sin blanca optan por pedir ayuda a Suzanne Flon, que actuó en otro tiempo con la madre de Patrick Modiano; van andando a la avenue George-V, pues no tienen ni para pagar los dos billetes de metro. Suzanne maldecirá al esposo pero sacará del apuro a su antigua compañera de tablas.

No es la menor de las paradojas de este día: el joven pobre pasa el tiempo a la caza de los Racine sin saber que Florence Gould los reparte en abundancia.

Sí, por qué ocultarlo, ese cheque es bienvenido.

Pensarlo devuelve la sonrisa a Florence, que ignora los pormenores siniestros y ni siquiera sospecha la existencia de Sheila y de Françoise Hardy (su cultura musical culmina con la amistad de muy antiguo con Maurice Chevalier, que le ha prometido por cierto venir a comer un día de estos al Meurice), pero sabe detectar, por un par de zapatos raídos y la agitación ante un rectángulo homologado por el Banco de Francia, la necesidad. Reconforta saber que uno hace el bien a su alrededor.



El galardonado le da las gracias con sus balbuceos habituales. Arranca con una frase y no la termina.

Alrededor de la mesa, empiezan a acostumbrarse. Será la emoción la que lo deja sin habla.

Por sus palabras maternas, el joven ha adivinado qué barruntan a su respecto. Que piensen lo que les plazca. Que achaquen su timidez a la alegría si eso los deja tranquilos.

Patrick Modiano no querría por nada del mundo perturbar el ambiente, aguar el contenido de las copas, empañar el entusiasmo que despliegan sus vecinos. El galardonado es un chico tímido, cortés y delicado. El silencio es una defensa eficaz cuando le asalta a uno el pudor.

Porque, tras oír el discurso de Morand, el joven está convencido de que ese premio es fruto de un malentendido. Se da perfecta cuenta: los miembros del jurado han saludado en él a un casi niño que lo sabe todo sobre sus años mozos; tal vez han valorado por encima a su protagonista, cobarde, burlón, antisemita. Sus frases terminantes las han tenido muchas veces en la punta de la lengua. Ese rencor enfermizo lo han experimentado con frecuencia. Los protagonistas de su libro son ellos. El escritor se da cuenta de que con esa novela mordaz les ha tendido un espejo. ¿Seguro que hay que jactarse de ello?

Pero ¿cómo rechazar cinco mil francos cuando más de una vez se ha quedado uno con hambre y se tiene detrás una editorial muy feliz de sacar de la sombra la primera novela de un desconocido?

Por ello recibe la nutrida salva de aplausos bajando los ojos, como si lo fascinara el mantel blanco. Se ha guardado para sí sus reservas. Sobre todo, que esos ancianos, ancianísimos señores conserven de él el mejor recuerdo.

Poca gente en la mesa sabe qué penoso recuerdo le sobreviene a Florence cada vez que extrae un cheque de su bolso. El de la madrugada de finales de agosto de 1944 cuando las Fuerzas Francesas del Interior se presentaron en su casa de la avenue de Malakoff. La Resistencia había acudido a pedirle cuentas a aquella amiga de Ernst Jünger que no había juzgado oportuno mirar por encima del hombro a los oficiales alemanes durante la Ocupación. ¿Era culpa suya que el hijo de un farmacéutico de Hannover, cuyo perfil aguileño y mirada azul recordaba más bien al descendiente de un Junker prusiano, le hubiera tomado gusto a aquel piso fastuoso donde se desconocía el sentido de la palabra «privación»? ¿Donde se servía, cosa inimaginable, café auténtico en 1943? ¿Donde se cruzaba uno con Paulhan, Léautaud, Jouhandeau y Morand? Los jóvenes resistentes, llenos de arrogancia, habían hecho insinuaciones. Como si no hubiera nada más urgente que sacar a relucir los secretos de alcoba. Habían decidido sin más ni más el compromiso reconocido con el ocupante nazi.

Al cabo de un día entero de laborioso palabreo salpicado de indignadas protestas, Florence se salvó gracias a su talonario de cheques. El importe que había estampado

era tan alto que pudo regresar a su domicilio aquella misma noche. Para todo el mundo y sobre todo para el futuro, aquel episodio habría de incluirse en la categoría de las calumnias.

Aunque breve, la experiencia le había parecido humillante. Esas comidas en las que se junta el todo París de la literatura eran su revancha. Nadie volverá a echarle en cara sus amistades. (Excepto, post mórtem, sus biógrafos, pero con tal indulgencia que el pecado se convertirá en error de juventud: *Florence, tras una rigurosa investigación de los gobiernos francés, estadounidense y monegasco, queda exculpada de toda sospecha por más que haya carecido de discernimiento en la elección de determinados amantes; ¡deliciosa litote!*).

Roland ha aguardado a que finalizara la breve ceremonia para poner en marcha los postres. Al igual que la anfitriona de la comida, se mueve de sorpresa en sorpresa e ignora lo que va a salir de la cocina. Pero puede dar fe del éxito con que se ha acogido el menú, pues es él quien se encarga de volver a servir a los comensales y de llevarse los platos. Nunca habían mostrado tanto apetito los invitados de Florence Gould. Es un día histórico en todos los sentidos.

Se oye el leve crujido del recogemigas. Es el jefe de rango, que procura devolver la virginidad al mantel adamascado. Ha hecho un intento de entregarle el instrumento al primer maître, porque le faltaba llenar dos jarras de vino. Pero Roland, pese a sus convicciones igualitarias, nunca habría consentido encargarse de esa tarea subalterna. Esa jerarquía que ayer hasta él fustigaba, es incapaz de cuestionarla cuando se trata de quehaceres concretos que hacen que una comida no guarde parecido alguno con un pícnic en Les ButtesChaumont.

Aristide Abuisson está en el séptimo cielo. Esa breve ceremonia de entrega de un premio literario le ha parecido el súmmum de la distinción. Ni aun sentado bajo la Coupole para asistir a la elección de un nuevo académico habría sido más feliz. La comida habría sido perfecta si su vecina hubiera mostrado más interés por Montargis y sus alrededores, pero Aristide, lleno de indulgencia, se ha dicho que quizá había elegido un mal momento, rodeado de tan esclarecidas mentes, para sacar a relucir tan triviales preocupaciones inmobiliarias. Sin embargo, empieza a sentirse febril. Se le ha acelerado el pulso, le perlan la frente gotas de sudor, y su estómago enfermo tarda en digerir la excelente comida. Aprieta los puños, decidido a no venirse abajo hasta el final de la comida. Salvador Dalí está contando la fiesta de aniversario de boda de Picasso y Olga en 1935, en este mismo sitio, cuando los invitados se llamaban Cocteau, Apollinaire y Diághilev. *¿Te acuerdas, Gala, de lo bien que lo pasamos aquella noche?*, le espeta a su mujer, sentada en el otro extremo de la mesa. Aristide

se estremece. Pensar que está comiendo con un hombre que se tuteó con todos aquellos genios hace olvidar por un momento al enfermo la rebelión de su organismo.

Mientras Roland, en la cocina, acaba de aprestar la pavlova de frutos rojos que a buen seguro suscitará «Ohs» y «Ahs» de admiración, Lucien Grapier, tras abandonar un mostrador que sin embargo requiere su presencia, aparece de pronto en el umbral de la puerta. Parece preocupado.

—Acaba de llamarme la señorita Arnaut. Charmeuse ha desaparecido. Hace unos minutos estaba jugando tranquilamente con Tiffany, Lolita y Cookie en la alfombra de la señora Gould. La señorita Arnaut ha ido un momento al cuarto de baño y a su vuelta ¡había desaparecido un pequinés! Imagínate en qué estado está...

Roland se pregunta si lo han tomado por un director de circo. O por el gerente de un zoo obligado a aguantar a huéspedes indisciplinados.

—¿Crees que voy a poner un aviso de búsqueda? «Se ha perdido simpática bola de pelos blancos. Pequinés dotado de gran sensibilidad y llamado Charmeuse. Se ruega a quien lo vea que contacte cuanto antes con la suite 250-252-254. Se ofrece espléndida recompensa».

Que el pequinés favorito de la señora Gould no aparezca temporalmente cuando lo llaman es sin duda enojoso, pero eso le parece anecdótico en comparación con la experiencia histórica que tiene lugar aquí. Esa contrariedad, añadida a la que ha provocado un menú inédito, tendrá una consecuencia evidente: a partir de este día los Racine ya no abandonarán el bolso de su propietaria. Al fin y al cabo, ¿qué más da? La revolución no es corruptible.

Florence, ya totalmente bebida, se da un último toque de carmín y cierra con un ruido seco su polvera tachonada de diamantes. Es la señal de que todos pueden levantarse de la mesa. Antes de levantarse, besa a Jacques de Lacretelle cubriéndolo de rojo y repite varias veces con voz de niña enternecida: *A ti te adoro. Quiero ir a pescar contigo*. Acostumbrados a tales efusiones, los invitados se esfuman rápidamente, contando con enviar un ramo de flores para transmitir una última muestra de gratitud a su anfitriona, que, a juzgar por su modo de tambalearse, no se halla en condiciones de recibir.

Aristide ha logrado arrancar una dedicatoria al galardonado, que está a punto de desaparecer. El joven escritor tiene la mirada ausente y cumple esa obligación con una estilográfica. *¿Aubuisson sin hache y con dos eses?* Las preguntas que a Aristide le gustaría hacerle no aciertan a salir de su garganta. En la mirada del joven ha leído el pánico del animal ansioso de volver a su madriguera. Le extraña ser el único comensal que pide una firma y, a la vista de eso, abandona de inmediato el comedor con una duda espantosa: ¿habrá cometido una torpeza solicitando ese honor?

Algunos empalman con el bar para prolongar la comida e intercambiar impresiones. Son las tres y media de la tarde. Por primera vez, no están allí para atiborrarse de cacahuets y aceitunas, con la impresión de tener el estómago vacío. Sylvain, el barman, no sale de su asombro al verlos ignorar las cazoletas que, por costumbre, ha colocado ante ellos. Sabe el apetito que devora a los invitados de la señora Gould al salir de una Meuriciada.

Algunos comentan con buen humor las últimas horas. Finalmente, el premiado ha resultado ser un chico encantador. Tal vez un poco tímido. Tal vez no muy a sus anchas en público. Pero es tan joven que se le disculpa. En cuanto a Marcel Jouhandeau, esa eterna víctima, a quién se le ocurre ir a saciar sus pulsiones un día como hoy... ¡A juzgar por su ojo a la virulé, Aldo ha debido de hacerle un recibimiento de padre y muy señor mío!

¿Cuál de ellos, más inspirado que los demás, ha decidido que esta Meuriciada pasaría a la historia como *el banquete de las barricadas*? En cualquier caso, el oxímoron es celebrado al instante con una nueva ronda. En lo sucesivo, una frontera invisible separará a los que estaban de los demás.

Aristide Aubuisson ha pisado los talones al grupito. Quiere aprovechar hasta el último segundo esa fiesta única en su vida. Se sienta al lado de Salvador y Gala Dalí, que han pedido un café; sigue sin incomodarle esa compañía. Si se atreviera, le pediría un autógrafo al Maestro. Teme que en Montargis nadie se trague su relato si no lleva una prueba de ese encuentro.

Duda, y al final se lanza.

—Sería el más feliz de los hombres si aceptara...

Le contesta Gala, mirada hostil, el menudo rostro crispado por la antipatía.

—Dalí no soporta ya las firmas. No cuente con él.

Cabe preguntarse cómo esa mujer arisca pudo suscitar el apasionado amor de Éluard e inspirar tan hermosos poemas, piensa Aristide, ofendido por la reacción de Gala. Porque las veladas de invierno son largas en Montargis, y los poemas templaron con frecuencia su alma solitaria. *Tienes toda la alegría solar / Todo el sol en la tierra / En los caminos de tu belleza*. ¿Tanto han cambiado los años a la musa? Aristide descubre con tristeza que los mitos literarios pueden resultar decepcionantes en la vida real.

Sylvain ha oído el diálogo. Como el resto del personal, le ha tomado mucho afecto a ese cliente enfermo, al que ve apenado en ese instante. Se acerca a Dalí. Él sabe cómo manejar esa personalidad hinchada mediante la fe en su propia importancia. Él sabe qué calificativo emociona al artista.

—Si el Divino aceptara estampar su rúbrica en el cuaderno del señor, creo que haría una buena acción. —Y el barman, que conoce la debilidad de su cliente por la familia real española, razón por la que exige ocupar la suite de Alfonso XIII, añade —: El señor Aubuisson obtuvo recientemente un autógrafo del señor conde de Barcelona.

Como Roland esta mañana, miente sin el menor sentimiento de culpabilidad. Esa conspiración del personal no tiene más objeto que procurar a un enfermo las últimas alegrías de su vida.

(Palabras pronunciadas ante la mirada atónita y reprobadora del recién contratado, que no se explica cómo puede cometer su superior semejante transgresión a la regla de oro según la cual a las personalidades les gusta ese bar porque allí los dejan tranquilos. Sylvain se da cuenta, y toma nota de que también tendrá que enseñarle que no hay regla sin excepción, en nombre del interés superior del corazón humano. Pero son matices que se ignoran a los veinte años. Se comprenden más adelante, o a veces nunca).

Sylvain ha dado en el clavo. Dalí le sonrío y coge la hoja que le tiende Aristide. Gala, furiosa, vuelve la espalda al barman que ha transgredido su veto. El Maestro entrega el autógrafo a Aristide y pronuncia estas palabras:

—Puede decirse de mí cualquier cosa, pero me gusta que dure.

Aristide no tiene tiempo para contestar que puede contar con él, que su nombre resonará largo tiempo en las calles de Montargis y más allá, que se encargará personalmente de ello. Dalí se ha marchado ya y él decide volver a su habitación. Le da vueltas la cabeza. A buen seguro un exceso de felicidad.

De pronto se entreabre la puerta del bar. Un rostro angustiado explora el local sumido en la penumbra. Tranquilizado por el espectáculo, se decide a entrar. Es el director del hotel. Más exactamente, el otrora director del hotel. Ha venido rozando las paredes, temiendo por encima de todo toparse con su delegado sindical. El cual, forzosamente, le hubiera reprendido: *Pero ¿qué hace aún aquí? ¿Acaso no he sido bastante claro esta mañana?*

Tras plantearse la hipótesis de tal encuentro, molesto en sumo grado, el director había preparado su defensa. *Señor Dutertre, los bares de hotel están abiertos a todo el mundo, que yo sepa. ¿Quién me impide tomarme un gin tonic o un bloody mary en el bar del Meurice, como cualquier parisino? No se preocupe, que pagaré mi copa.* En cualquier caso, estaba harto de su mano a mano con la radio y los cigarrillos, en ese oscuro despacho donde estaba atrapado. Y hoy no está de humor para permitirse ciertas libertades con su secretaria (lo que acostumbra a hacer en circunstancias normales).

Por fortuna, Roland no está en el bar. Extenuado por las horas que acaba de vivir, el maître se está fumando un cigarrillo en el office con el chef y el salsero jefe. El director —de nuevo la deformación profesional— reconoce instantáneamente al intruso, ese hombre tumbado en un sofá que no parece esperar a nadie. Es el inspector

del Servicio de Información General. No se ha movido del bar desde esta mañana, convencido de que un buen agente tan solo debe analizar las situaciones con sus propios ojos. Nada de rumores ni de habladurías: pruebas. Durante la comida de la señora Gould, ha considerado que el deber le exigía situarse cerca del salón Tullerías. Podía producirse cualquier incidente. Un académico atacado por un empleado. Un exministro insultado en público. Una duquesa casi violada por un camarero de piso que hubiera olvidado que el código penal acaba por imponerse a los gases lacrimógenos. Feliz pretexto para demorarse en el bar del Meurice. Hay misiones más agradables que otras. Al Perrier con limón le ha sucedido el whisky y luego el Dry Martini. Por eso, en este momento tiene la mente tan brumosa que sería incapaz de diferenciar a un situacionista de un maoísta. No se halla en mejor estado que Florence Gould, que ha regresado a su suite dispensando a sus invitados de la ceremonia de los adioses.

La aparición del director no altera a Sylvain. Es una de las ventajas de la antigüedad: llega un momento en que el corazón se blindo ante los imprevistos. Como aquel día de enero de 1965, tres años atrás, en que un hombre bajo y elegante, ataviado con un abrigo de cachemira y tocado con un sombrero flexible, se presentó ante él: *Soy el general Dietrich von Choltitz. Quiero ver al director.* En el Meurice se evitaba en la medida de lo posible evocar aquella época nauseabunda. Pero unos meses antes el barman había leído de un tirón el bestseller de Lapierre y Collins *¿Arde París?* Por ello, el nombre del general le resultaba familiar.

Choltitz explicó al director, que había acudido a los pocos segundos, que deseaba volver a ver la suite real, aquella donde había instalado su despacho en los tiempos de su breve mandato. Aquella donde se había decidido la suerte de París.

Como si hubiera pasado esos últimos veinte años con la memoria amarrada a los quince días que pasara en el Meurice.

El director subió con Choltitz a la planta de arriba. Por suerte, en esa temporada el hotel estaba bastante vacío y la suite desocupada. De camino, el director intentó imaginar el vestíbulo, ahora tranquilo e iluminado por brillantes arañas, aquella noche sumido en la oscuridad, lleno de sacos de arena, agitado por las idas y venidas de los oficiales. Las vitrinas donde los joyeros parisinos exhibían sus creaciones entonces dedicadas a las fotografías del Führer. El pánico que se extendía por las plantas. Dietrich, atosigado por Berlín, que preguntaba sin cesar si París ardía ya. Las primeras luces, el amanecer del 25 de agosto, la última inspección por parte del gobernador militar de las tropas del ejército alemán camufladas en el jardín de las Tullerías. Y la sorpresa de las secretarias que, al otro extremo del cable, oían una voz inglesa o francesa, guasona, reservar una habitación en el Meurice para aquella misma noche. *¡La suite real, Fraulein! ¡Para este día de fiesta no quiero ninguna peor!* Las señoritas de la centralita se habían quedado más petrificadas que cuando

comprobaban que su esmalte de uñas no estaba seco, eso da una idea. Eran perfectamente conscientes de que la Resistencia informaba de ese modo al estado mayor alemán de que sin la menor duda París iba a ser liberado en las horas siguientes.

Ante las ventanas que daban a las Tullerías y sus árboles desnudados por el invierno, Choltitz se acordó de todo. De su ayuda de campo que le suplicaba que alejara sus bombachos con trencilla roja de las ventanas, temiendo que le disparara algún tirador apostado fuera. De su decisión de desobedecer las órdenes de un jefe enloquecido. *Imagínese: la última vez que le vi, el 7 de agosto, babeaba como un perro rabioso. Tenía una mirada feroz, recelosa y completamente inhumana. La mañana del 25 de agosto me di cuenta de que no podía condenar a mis hombres a morir en una batalla perdida de antemano. Decidí que si los terroristas o el populacho invadían el Meurice, el combate debía proseguir, pero que si se presentaban antes unas tropas regulares, capitularía.*

El general retirado había enmudecido, perdido en sus recuerdos. *Fue lo que hice cuando el comandante de La Horie vino a detenerme. Aún recuerdo los insultos de la multitud cuando salí, con los brazos en alto, a la rue de Rivoli. Estaba convencido de que me iban a linchar. Pero entendía esa ira, esos gritos, esos escupitajos: pagué por todos los nazis que me habían precedido. Dese cuenta: mil quinientos veinticinco días de ocupación...*

Entretanto, al quedarse solo, el barman mandó a un botones urgentemente a la librería Galignani para que se hiciese con un ejemplar del relato de Lapierre y Collins, para conseguir una dedicatoria. ¡Un libro realzado con el autógrafo de uno de sus principales personajes es una rareza de la que sería una pena privarse cuando se presenta la ocasión! El botones resultó ser un inútil. Volvió con las manos vacías, incapaz de encontrar la librería Galignani, cuando está a treinta metros del hotel bajo las arcadas de la rue de Rivoli. Sylvain se quedaría sin su libro dedicado (y el botones de marras sufriría durante largo tiempo las consecuencias de esa decepción que quebró el arranque de su carrera en el Meurice).

El director volvió a bajar al bar con su visitante y le propuso tomar una copa. Choltitz no quiso beber nada. Aquel peregrinaje le había dejado melancólico. *Y pensar que nunca he traído a Uberta a París... No ha visto nunca estos monumentos que, gracias a mí, siguen en pie. Nunca ha querido venir conmigo aquí: demasiados malos recuerdos, ¿entiende?*

El general se marchó al cabo de una hora. El director lo vio alejarse con cierto alivio. Fluctuaba entre el deseo de manifestar su agradecimiento al hombre que había salvado París y el temor a verlo demorarse demasiado, exponiéndose a que lo reconociera algún cliente del hotel. La presencia de aquel fantasma podía reavivar una memoria que el hotel prefería ocultar. Un año después, se enteró de que se había apagado en su casa de Baden-Baden.

No tuvo tiempo de mostrar a Uberta los esplendores de París.

En el Fontainebleau se habla de otro combate en este momento. El agente del Servicio de Información General ha salido de su letargo y, al reconocer al director, se dirige a él con voz pastosa:

—¿Se sabe algo de la moción de censura?

—Aún no. Según la radio, no se sabrá el resultado antes de las ocho de la noche. De la votación que se celebra en este momento depende el destino de ambos.

Si cae el gobierno, se dice el agente, cae el ministro. Cae el director de la policía. Mi relación con el contagio revolucionario en el Meurice es vista con otros ojos por el nuevo superior, forzosamente adicto a las ideas izquierdistas. Y mi ascenso a divisionario resulta improbable.

Si derriban al gobierno, se dice el director, el ministro dejará de ser ministro. Dejará de venir a desahogarse al Meurice. Y yo dejaré de contar con un nombre inestimable en mi libreta de direcciones influyentes que siempre es bueno tener.

¡Hubert, transistor!, grita el director maldiciendo la ausencia del becario.

La única buena noticia para el director en semejante día de pesadilla es la presencia de un representante del Estado en su establecimiento. El entusiasmo personal por la nueva forma de gestión le hace temer que se produzcan nuevos excesos por la noche como colofón de esta jornada particular. El director, que acaba de pasar varias horas con el transistor pegado al oído, precisa amablemente: *Los periodistas de la radio son concluyentes: esta noche se va a armar de nuevo en el Barrio Latino. Al parecer, los estudiantes están muy soliviantados con la prohibición de residencia de Cohn-Bendit... Creo que pintan mal las cosas para el gobierno... Y como no quiere que el policía se vaya tan pronto, añade: Tómese otra copa, invito yo.*

—¡El de la 616 se encuentra mal!

Denise ha asomado la cabeza y busca un responsable que se haga cargo de la situación. ¿Un responsable? El director y el barman se miran. La palabra prescribió anoche. Denise lo sabe muy bien. Lo mejor es que avise a Roland, que siempre está pendiente de los menores sobresaltos de la vida en el hotel, o bien a Lucien, quien, como conserje, es el que ocupa el lugar más adecuado para pedir auxilio. *Estaba ayudando al señor Aubuisson a ponerse el abrigo cuando se ha puesto muy pálido y se ha desplomado de pronto*, explica Denise muy conmovida por el incidente. —*Espero que no se vaya al otro barrio aquí, sería ya la gota que colma el vaso*, exclama el director, a quien horroriza esa clase de publicidad para el hotel. Sus homólogos lo saben también: para un hotel de lujo, la sección de sucesos es un peligro. *Avise a Lucien y dígame que llame a un médico*, agrega el director, quien ha olvidado por completo que ha dejado de serlo. La agonía de un hombre desafía los principios políticos. *Parece ser que los depósitos de cadáveres están llenos*, añade el



director, pragmático. *Nos arriesgamos a tener que cargar con un cadáver. ¡Un cadáver en el Meurice! Lo que faltaba...*

Tumbada en la cama con un amago de jaqueca, Florence Gould mira la foto, colocada en la mesita de noche, en que el general De Gaulle le prende en la solapa las insignias de la Legión de Honor, y se siente de pronto llena de compasión por él. Le emociona la conjunción de sus destinos. Le reprochan su avanzada edad. Quieren echarlo. Lo admiraron entusiásticamente y ahora lo quieren reemplazar. Después de esa comida horripilante, en la que la única compañía de verdad de que ha disfrutado ha sido su copa de champán, se siente tan abandonada como el jefe del Estado. Habitualmente, los íntimos acuden a pegar la hebra con ella después de la comida, a comentar los hechos y las palabras de la Meuriciada. Hoy se han largado todos como si la vida fuera más divertida en el exterior. Se siente como una actriz sin llamadas a escena. Tiene ganas de compadecerse de su destino de diva al final de su carrera. Si no le doliera tanto la cabeza, llamaría a la señorita Arnaut y le pediría explicaciones sobre ese extravagante menú. Pero ahora mismo se ve incapaz de montarle una escena a nadie. Solo el cariño mudo e incondicional de los pequineses podría ahuyentar esos pensamientos sombríos. Por cierto, ¿dónde están? ¡*Charmeuse!* ¡*Tiffany!* ¡*Lolita!* ¡*Cookie!* Su voz pastosa no recibe ningún eco.

Ayudada por dos vigorosos botones, Denise ha subido a su habitación a Aristide Aubuisson. La 616 no es la mejor habitación del hotel. (Allí, en la sexta planta, alojaban antaño a los *mensajeros*, aquellos chóferes, mozos de habitación, niñeras, señoras de compañía que acompañaban a los clientes. A partir de 1947, al irse perdiendo esas costumbres, esas habitaciones se destinaron a la clientela. De aquel uso subsistía sin embargo un vestigio: la sala de los mensajeros que, en el sótano, lindaba con el guardarropa del personal y que, para desesperación de Lucien Grapier, no estaba tan concurrida como antes.) Se oye la cañería del agua que silba, escupe, gorgotea en la pared. Situada frente al ascensor, el cliente ha de soportar por añadidura el clic-clac de la verja al cerrarse y abrirse de nuevo. Pero el día en que Aristide se instaló en el Meurice, la víspera de la huelga general, el hotel estaba aún lleno. Le dieron la última habitación libre. Nadie se imaginaba lo rápidamente que se degradaría la situación.

Cuando los clientes fueron marchándose y dejaron de pedirse reservas, el personal propuso al notario cambiarlo a una habitación más amplia y menos ruidosa. Pero él se negó en todo momento, alegando el cansancio añadido de tener que hacer y deshacer de nuevo las maletas. Lo cierto era que le había tomado gusto a ese ruido ambiental, que le causaba la impresión de que la vida seguía su curso a su alrededor. Ya tendría tiempo de disfrutar de quietud cuando estuviera muerto.

Cada mañana le proporcionaba su cuota de segundos exquisitos durante los cuales, sumido en una duermevela, no sabía muy bien dónde se hallaba. Abría los ojos, contemplaba el techo, se volvía hacia las ventanas con las cortinas entornadas y divisaba, en lontananza, los tejados de París. Entonces se acordaba de que había dormido en el Meurice y al pensarlo lo embargaba una alegría sin fin. Que recordaran los empleados, jamás habían visto a un cliente tan poco hastiado.

Debido a los cortes de luz, hoy es una habitación donde tan solo altera el silencio el piar de los pájaros. La escasez de gasolina ha transformado el menor edificio parisino en un lugar de veraneo campestre. Al menos, el cliente no se sentirá desubicado al despertar, sonrían los empleados. Podrá creerse de vuelta en Montargis.

Aristide ha despertado de su desvanecimiento, pero su cara sigue lívida y respira mal. *Hemos llamado a un médico*, le dice Denise, maternal. *Mientras tanto, descanse*. Azorado por tanta solicitud, Aristide balbucea que no quiere molestar. Le gustaría explicar que su indisposición no obedece a su enfermedad, sino a las excesivas novedades que han perturbado su cerebro provinciano. Que para alguien cuya vida mundana culminó con las sesiones del Rotary de Montargis esa comida supone mucha emoción. Pero que no lamenta nada, porque un día tan pleno como ese ha sido más largo que los cuarenta años de vida insulsa anteriores.

Una figura morena y delgada deambula por el salón de lectura. Es el galardonado, que de repente, mientras cruzaba el puente de las Artes, ha dado media vuelta. No se ha olvidado el abrigo en el guardarropa del Meurice. No se ha dejado el cheque del premio bajo la servilleta. Le asalta un remordimiento: el de no haber hablado más con ese hombre que parecía tan enfermo, ese Aristide Aubuisson que le ha pedido que le dedicara un ejemplar de su libro. Tenía la sensación de que el hombre se había quedado con un montón de preguntas en la punta de la lengua. Por su culpa, han quedado sin respuesta. Ha huido de ese hotel donde lo recibían seres surgidos de una época que le obsesiona. Ahora lamenta su marcha precipitada. No tiene más que veintidós años y sin embargo adivina que los buenos lectores escasean, y que nunca se pierde el tiempo apurando su curiosidad. Le gustaría volver a verlo y conversar detenidamente con él.

Del salón emana un delicioso olor a canela, azúcar, vainilla. El pastelero jefe hace tan poca huelga como sus compañeros, y mejor así. Es la hora de la merienda. Los carritos llenos de pasteles circulan entre las mesas. Da la impresión de estar viviendo un cuento ruso o una novela de la condesa de Ségur. Los clientes han vuelto a la infancia. Se levantan los dedos. Es como el colegio, con solo buenas notas. Si ha de arder París esta noche, que nos pille con la tripa llena, parecen decir los clientes tumbados en las poltronas de seda.

Por desgracia el guardarropa está desierto. La encantadora señora que está a su cargo debe de estar descansando. Patrick Modiano deambula por los lujosos salones

de la planta baja sin saber a quién dirigirse. El conserje, colgado del teléfono, lo ve, silueta fantasmática que arrastra sus zapatos gastados por el mármol de la entrada. El galardonado ha acabado sentándose en el salón de lectura, tal vez olvidando para qué había vuelto. A decir verdad, no le corre ninguna prisa regresar a su domicilio, volver a cruzar calles atestadas de furgones de CRS, sumergirse en ese ambiente que le trae a las mientes una época en que, solo con ver a un policía, bajaba uno los ojos y apretaba el paso. Su memoria está tan saturada de recuerdos de la Ocupación que conoce todos los edificios con doble salida de París: nunca se sabe. El joven escritor observa el ballet de clientes y maîtres y deja divagar de nuevo su mente hacia el pasado. ¿Quién podrá decirle si el lugar conserva una leve huella de las personas que vivieron en él?

Lucien Grapier ha acabado encontrando a un joven interno del Hospital Beaujon que llega extenuado de su larga caminata a través de París. El conserje es un digno sucesor de Fernand Gillet, el fundador de la asociación de Las Llaves de Oro. Nuestro oficio es lo imposible, gustaba de repetir su predecesor en el Meurice.

El conserje ha conducido al médico a la 616. Luego ha esperado discretamente con Denise en el pasillo durante la consulta. Roland se ha reunido con ellos tras informarle el barman del incidente. Los tres están preocupados. El que Aristide Aubuisson pueda apagarse esta noche, en su habitación, bajo el techo del hotel, es una perspectiva que les aterra. No, como el director, por miedo al escándalo. Sino porque todos le han tomado simpatía a ese cliente tan cortés y les gustaría poder ofrecerle unas horas más de bienestar y de lujo.

El médico ha salido de la habitación perplejo.

—Lo que más me preocupa no es su estado físico. Sé lo de su cáncer. Fuerte bajada de tensión y dolores de estómago, nada anormal en su estado. Le pueden quedar unas semanas de vida.

—¿Qué le preocupa entonces? —se aterra Denise.

—Pues su estado mental. Sufre trastornos de delirio. No ha parado de nombrarme a Salvador Dalí y a Pablo Picasso, como si fuesen sus parientes más próximos. De seguir así, me pregunto si no habrá que trasladarlo a psiquiatría.

Los empleados exhalan suspiros de alivio. Esa familiaridad entre clientes de todas las épocas es obra del genio del lugar. Reciben el diagnóstico del médico con unas sonrisas de satisfacción que este no acierta a explicarse. El hospital Sainte-Anne tendrá que esperar.

—Ténganlo aquí todo el tiempo que puedan —concluye el interno—. Los hospitales están llenos estos días. No pueden imaginarse lo que vemos llegar todas las noches...

—¿Lo que ven ustedes llegar? —se inquieta Roland, que piensa en su hijo en lo alto de las barricadas.

—¿Lo que ven ustedes llegar? —repite Denise, sabedora de que su marido se enfrenta con los manifestantes tras su casco en cuanto anochece.

—Todas las noches lo mismo —explica el interno—. Todos con la misma herida. La sien izquierda abierta en el mismo sitio. Debajo mismo de la ceja. Al principio no lo entendíamos. Hasta que a fuerza de preguntarles qué había pasado, de reconstruir sus gestos, identificamos las causas. Cuando los CRS los detienen y los arrastran a los furgones policiales, no desconfían. Suben una pierna para meterse en el vehículo. Instintivamente, bajan la cabeza. Y ahí es donde se desencadena la violencia. El policía apostado ante la puerta del furgón saca la porra y los aporrea. A nosotros nos llegan a urgencias cuando sangran y en la comisaría no pueden recibirlos en semejante estado. En el mejor de los casos, unos puntos de sutura. En el peor, traumatismo craneal.

Estas palabras son acogidas con un silencio consternado. Se miran. Piensan lo mismo: que en el inmutable lujo del hotel no tenían ni idea de lo que se cocía fuera. Y que las fascinantes utopías de la revolución entrañan, probablemente, un cúmulo de violencias que los horroriza.

Para romper el silencio que ha seguido a su relato, el interno concluye:

—¿Conocen la famosa frase de Mao «La revolución no es una cena de gala»?

Los empleados de chaqué y guantes blancos menean la cabeza. Lucien declara muy serio:

—Ese señor Mao, a quien, según creo, el hotel no ha tenido nunca el honor de contar entre sus clientes, pronunció una hermosísima frase.

Los gritos son tan estridentes que han atravesado las paredes y las plantas. Proviene de la 250-252-254. Denise, Roland y Lucien han abandonado al médico para bajar corriendo las escaleras y averiguar lo que sucede. La puerta de la señora Gould está abierta. La histérica escandalera como rara vez se ha oído en el hotel proviene de su antecámara. Muy graves deben de ser las cosas para que la millonaria, por lo común tan plácida y jovial, suelte semejantes alaridos.

En la tumbona de seda manchada de sangre, Babou, triunfante, termina de despedazar el cuerpo de Charmeuse.

Pegados unos a otros, aterrorizados, Tiffany, Lolita y Cookie han buscado refugio bajo un secreter.

Florence Gould, sentada en un sillón, solloza en los brazos de Willy. La señorita Arnaut los mira, comiéndose las uñas.

Es una catástrofe. La muerte súbita de Aristide Aubuisson no habría causado más conmoción al personal. En unos segundos, han sopesado las consecuencias del drama que acaba de producirse. El animal de compañía del cliente más famoso del hotel acaba de devorar al pequinés favorito de su mejor clienta.

Urge analizar la situación en el pasillo.

—Algún día tenía que pasar —comenta Denise, a quien el drama nunca pilla desprevenida.

—Estupendo día nos ha tocado —añade el conserje.

—Estupendo no lo creo —contesta Roland.

—Habrà que avisar al Maestro —declara Denise, siempre pragmática.

—Y pedirle que en lo sucesivo encierre bien a Babou —insiste Lucien.

Se vuelven hacia Roland. Al fin y al cabo, hoy el jefe es él. Vértigo de la autoridad. Angustia de mandar. Jefe no tan jefe. Que busca la finta, la excusa, mirar a otro lado. Todo para no tener que apechugar con ese inmundo trabajo.

—¿Os veis capaces de hacerlo vosotros? —inquieta Roland—. Porque yo no. El Maestro es muy susceptible. Y ya sabéis el apego que le tiene a su ocelote. Buena suerte al que vaya a leerle la cartilla.

Lucien y Denise callan, no más dispuestos que él a sacrificarse e ir a hablar con el Maestro.

—Solo el director puede encargarse de esa misión —admite Roland con desgana.

—¿Y qué hacemos con la señora Gould? ¿Habrà que indemnizarla? —pregunta Lucien.

—Eso hay que preguntárselo al director —repite Roland.

El delegado sindical, bastante humillado por las sucesivas concesiones que acaba de hacer al espíritu de este día, retoma las riendas de la situación y se vuelve hacia sus compañeros.

—Me pregunto si este incidente no es una metáfora. La revolución acaba de asesinar al gran Capital.

—En cualquier caso, es una metáfora que nos va a salir cara —ironiza Denise—. La tumbona está hecha un asco. No hay asistenta que pueda borrar las huellas de la carnicería. La factura del tapicero será de aúpa.

Roland se dice, suspirando, que la Lechuza no cambiarà nunca: siempre se puede contar con ella a la hora de anunciar catástrofes.

—Me importan un bledo vuestras metáforas de baratillo —interrumpe Lucien—. Hay cosas más urgentes. Denise, haga desaparecer el cadáver del pequinés y llame al Maestro para que pase a recoger a Babou. Willy, encuentre calmantes para la señora Gould. Es una pena, teníamos a mano a un médico y acaba de irse. Tú, Roland, ve a buscar al director. Lo necesitamos urgentemente.

Pero no hay modo de dar con el director, que ha sido visto deambulando durante casi todo el día por los pasillos del hotel. Roland lo busca por todas partes. No está en su despacho, ni en el bar, ni en los salones de la planta baja. Ni en el office, ni en las cocinas. El transistor del que no se separa yace sobre una mesa del guardarropa del personal. El primer maître maldice esa deserción, con una mala fe que le permite olvidar que fue precisamente él quien puso fin a las funciones de su superior.

A Roland se le ha pasado por alto incluir la bodega en su inspección.

Allí fue donde en junio de 1940 el sumiller hizo tapiar con urgencia una habitación para ocultar los grandes vinos de la casa. Pase que los boches se apoderen de Alsacia y Lorena, se anexionen una parte de Francia y requisen el hotel; pase incluso que el personal del hotel, exceptuando la recepción y la centralita, se vea obligado en lo sucesivo a trabajar para los ocupantes; pero el Haut-Brion 1928 y el Sauternes 1929 escaparían de sus manos.

Entonces es cuando el director convoca una reunión de crisis con sus homólogos parisinos. Igual de desocupados e inquietos que él, responden todos a la llamada. Llegan por las diferentes entradas del Meurice, unos por la rue du Mont-Thabor, otros por la rue de Castiglione, otros por la rue de Rivoli, para que no los advierta el personal. Muy preocupados han de estar para haber montado esa amistosa peña clandestina cuando, en circunstancias normales, más bien suelen librar una encarnizada guerra comercial. Aun cuando la habitación es oscura y el aire asfixiante, mejor están allí que paseando de aquí para allá en sus despachos, dudando entre los solitarios o los crucigramas.

Entre ellos, se llaman con el nombre de su establecimiento. Resulta más cómodo y se evitan las confusiones cuando se producen cambios de dirección. Los accionistas son a veces versátiles como las mujeres en el momento de elegir el color de su esmalte de uñas.

—La situación no es buena —dice Bristol.

—Más bien es inquietante —confirma Crillon.

—No os quejéis tanto —desdramatiza Lutetia—. Vosotros por lo menos no estáis cerca de las algaradas. Os recuerdo que soy el único de nosotros situado en la orilla izquierda. Nos caen tan cerca las pedradas que todas las noches tememos por nuestras vidrieras. Por no hablar de los gases lacrimógenos a la hora en que regresan los clientes al hotel. Se les ve llorar tanto que jurarías que vienen de un entierro.

—Y hay para rato, amigo —confraterniza Meurice—. Según la radio, esta noche va a venir lo peor. Los estudiantes están muy indignados de que no dejen volver a Francia a Cohn-Bendit.

—¿No os preocupa mi situación —gime Plaza—, ahora que el conserje ha ocupado mi puesto y ha nombrado accionistas del hotel a los empleados? No veo la diferencia entre eso y el comunismo.

—En nuestro hotel —agrega George-V—, los empleados han decidido solidarizarse con sus compañeros del Plaza. Gracias por el contagio... He pasado el peor bochorno de mi vida cuando han desfilado en uniforme por la avenue Montaigne. ¡Si hubierais visto las caras que ponían las vendedoras de la alta costura!

—En la zona oeste —observa Raphaël— no nos han incordiado demasiado. Salvo que cada día se anulan decenas de reservas y los últimos clientes intentan abandonar el país por todos los medios. Nunca había bajado tanto nuestra tasa de ocupación.

—¡En el nuestro tampoco! —exclaman a coro Crillon, Bristol, Lutetia y Meurice.

Ritz aún no ha abierto la boca. Pero Ritz es una referencia en la profesión; posee un indudable ascendiente sobre sus homólogos, aureolado como está por el genio enfermizo y la audacia alcoholizada de Hemingway. Ni aun volviendo las páginas de todos los libros de oro de los allí presentes, ninguno puede presumir de un pasado tan elegante. Su nombre es el símbolo de los hoteles de lujo. Fitzgerald no escribió *Un diamante tan grande como el Bristol o como el Plaza*. No, escribió *Un diamante tan grande como el Ritz*. Es para tenerle envidia, cuando eres del mismo oficio. En un sindicato que no tiene jefe, él ejerce ese papel.

Llaman a la puerta de la bodega. Es Príncipe de Gales, que llega jadeando y se disculpa por su retraso: su personal lo tiene secuestrado en su despacho desde esta mañana: ocho horas seguidas contemplando las nervaduras de cada hoja, de cada árbol de la avenue George-V desde su ventana, más la humillante obligación de tener que pedir permiso para ir al excusado. Debido a la escasez de gasolina, ni siquiera ha podido disfrutar del espectáculo de los coches, para matar el tedio, que ha alcanzado proporciones inconmensurables. El delirio obsidional amenazaba a ese hombre obligado a enfrentarse a diario con mil problemas, mil órdenes que dar, mil decisiones que tomar. Se había salvado gracias a una historia de madre anciana enferma. (Menos mal que los sindicalistas también tienen madre).

—¿Cómo son en su hotel? —pregunta a Meurice.

—Están contaminados por las ideas que corren. Dicen que hay que devolver el poder a las bases. Resultado, ayer por la noche me echaron.

Meurice y Príncipe de Gales intercambian una sonrisa de mutua simpatía: bien es cierto que son un poco primos, Príncipe de Gales lo creó Arthur Million, que poseía ya el Meurice. Su hijo André es su propietario común. Son vínculos de sangre como los otros.

—Pero ¿de qué se quejan? —prosigue Plaza.

—Tampoco puede decirse que los tratemos mal —se indigna George-V.

—¡Ni que fuéramos negreros! —protesta Lutetia.

—¡Se fomenta el ascenso interno! —confirma Bristol, que empezó fregando platos cuando no tenía ni un pelo en el bigote y desde entonces ha trepado todo el escalafón.

—En nuestro hotel, sabes cuándo entras y nunca cuándo sales —abunda Príncipe de Gales, que ingresó hace veinte años con un contrato de seis meses.

—¡Sueldos muy correctos y propinas fantásticas! —encarece Meurice, que piensa en los Racine de la señora Gould.

—Y la suerte de trabajar en sitios magníficos —añade Crillon—. ¡Tampoco están en una fábrica de coches de Billancourt!

Conchabados, comparten la misma incompreensión frente a las reivindicaciones de sus empleados. Y como un vago sentimiento de injusticia.

—Mira que tomarla con el salvador de Francia, ¡es una vergüenza! —dice Lutetia, que desde que el joven capitán De Gaulle pasara la noche de bodas en una de

sus habitaciones en 1921, siente un afecto especial por el jefe del Estado y, en una palabra, como un vínculo carnal con él.

—Si derriban el gobierno esta noche —añade Meurice, pesimista—, no veo cómo saldremos adelante. La izquierda reclama nacionalizaciones. Nuestro oficio no sobrevivirá a ese tipo de reforma.

Esa palabrería les ha dado sed. Cada vez hace más calor en esa bodega exigua. La lámpara del techo ha parpadeado unos instantes y se ha apagado. Se han quedado a oscuras. El director no se ha acordado de llevar velas.

—Seguro que han votado prolongar la huelga en la central de Porcheville —comenta Bristol, hastiado.

—Aquí no nos vamos a quedar. ¿Por qué no vamos a tomar una copa al bar? —propone Ritz.

La propuesta deja a sus homólogos atónitos. De todos es sabido: la regla de oro de su oficio es no tomarse nunca por clientes. ¿Qué le ha dado a Ritz para infringir así como así los principios fundamentales de su profesión?

—En una jornada en que el personal se toma por la dirección, no veo por qué la dirección no va a tomarse por el cliente —explica Ritz—. Si ya nadie quiere ocupar su puesto, ¿por qué vamos a seguir nosotros en el nuestro?

El razonamiento es impecable y los convence. De todas formas, están hartos de esa reunión clandestina, escondidos allí como maquis del Vercors hostigados por el ejército alemán. Un Dry Martini o un Bellini en el Fontainebleau no le harán daño a nadie.

Había en la Edad Media, al acercarse el año nuevo, un día de los locos. Ese día, en las abadías, en los monasterios, en las iglesias, la jerarquía religiosa se abandona al júbilo colectivo. Etcétera.

El inhabitual guirigay provocado por los gritos de Florence Gould y las carreras de los empleados bajando por las escaleras han despertado a la 202 en mitad de su siesta. A J. Paul Getty, aterrorizado, no le cabe la menor duda: los revolucionarios han entrado en el hotel y se disponen a masacrar todo cuanto se asemeje de cerca o de lejos a un capitalista.

Se le dispara el pulso.

El momento es grave.

No tenía que haber hecho caso a Florence. Aún recuerda sus palabras tranquilizadoras. Una parodia de revolución que perderá enseguida el resuello y acabará consumiéndose. La creyó, e hizo mal.

Comienza cerrando con llave la puerta de entrada de su suite, medida insuficiente que completa arrastrando una cómoda hasta dicha puerta. Nadie ha dicho que los



estudiantes ostenten hoy el monopolio de las barricadas. Comprueba que las fallebas de las puertaventanas que dan a las Tullerías estén bien aseguradas.

Acto seguido se sienta ante el escritorio y coge un fajo de papel de cartas del hotel. El emblema del Meurice, ese lebrél rematado por una corona, del que se dice que se convirtió en la mascota de los obreros en las obras de restauración de 1907, ilustrará pues sus últimas voluntades.

«Este es mi testamento.» La primera frase se le ha ocurrido de inmediato. Lo siguiente será más laborioso. Se trata de no olvidar a nadie. Mujeres legítimas (cinco en total), hijos (cinco también), amantes, personal fiel; lo que se dice una vida. A la hora del balance y de los pesares, se emociona. No tenía previsto morir en París, pero sin duda el Altísimo había decidido ese final hacía tiempo. Su hijo mayor, Paul Getty Junior, espera un hijo para julio; no conocerá a ese último avatar de la dinastía. Mira por última vez a través de la ventana el jardín diseñado por Le Nôtre, piensa que la vida no es tan rectilínea como ese parque. Acepta estoico su destino. Divisa a los lejos la flaca figura del laureado de antes, que camina a zancadas por el césped y se dirige a la orilla izquierda. Así pues, habrá logrado escapar. Envidia por un instante al afortunado joven que la revolución habrá respetado y que tiene el futuro por delante: mujeres que amar, hijos que engendrar, libros que escribir.

Concluye su texto y agrega la mención «Redactado en París el 22 de mayo de 1968», la firma, y de repente se inquieta. El botones que podría llevar ese sobre a la oficina de correos ya habrá sido probablemente degollado. Y, de todas formas, los carteros están en huelga, como el resto del país. Sus últimas voluntades no cruzarán nunca ni la Mancha ni el Atlántico. Deposita el sobre muy a la vista en el escritorio y escribe en letra grande: «No abrir hasta después de mi muerte.» Luego, patética gárgola adosada a una invisible catedral, se acurruca a lo largo de la pared a la espera de que venga a por él la sanguinaria jauría.

Sylvain ha visto aparecer los ocho trajes con corbata poco después de las seis de la tarde. El del director le resulta familiar. Los otros, menos. Ante la duda, y fiel a sus principios, decide tratarlos como eminentes personalidades. Amable, sonriente, empático, toma las comandas y le indica al director que quiere hablar con él.

—Llevan un buen rato buscándolo. Se ha producido un drama en su ausencia.

—¿El de la 616 se ha ido al otro mundo? —pregunta aterrado el director, que recuerda la enfermedad de Aristide Aubuisson y, con las axilas empapadas por la angustia, imagina ya los gruesos titulares en la prensa, la reputación del hotel por los suelos y un cadáver con el que cargar por falta de espacio en el depósito de cadáveres.

—No, por ese lado las noticias son buenas. El médico ha recetado calmantes y descanso. Todo ha pasado en la 250. Babou se ha comido a Charmeuse. La señora

Gould está hecha polvo. Se ocupa de ella Willy. Pero se le necesita a usted para hablar con el Maestro.

El director, que no es director a ningún efecto, acoge la noticia con la reacción apropiada: una consternación sin límites. Si la lucha de clases se extiende a los animales, el futuro se presenta muy oscuro.

Los homólogos observan, zumbones, al director. Se miran con cara de complicidad, pensando todos lo mismo: que Meurice ha exagerado muchísimo la crueldad de su suerte hace un rato en la bodega. Sus empleados lo reclaman. Le piden ayuda. Lo asocian al funcionamiento del hotel. ¿Echado? ¡Valiente cuento chino! Se reirían a gusto si la situación no fuera trágica. Ya les gustaría a ellos que el personal les pidiera ayuda. Ya les gustaría volver a ser directores.

Meurice, apremiado por las noticias, abandona, disculpándose, a sus homólogos. Retrepados en los sofás de cuero fino, se relajan poco a poco. Es una extraña experiencia, para un director de hotel, ponerse en el lugar de un cliente. No es desagradable. Incluso es, se dicen tras echar unos tragos, francamente delicioso. En la pared, los frescos de Lavalley, que escenifican máscaras y bergamascas ante el castillo de Fontainebleau, contribuyen a convertir esa estancia oscura en un lugar fuera del tiempo. Príncipe de Gales olvida los deplorables momentos de su secuestro. Lutetia elude la inquietante perspectiva de nuevas manifestaciones en su barrio al caer la noche. Plaza y George-V omiten recordar que a sus empleados les ha picado la mosca de la contestación. Todos evitan evocar el índice de ocupación de los hoteles en caída libre.

El bar se llena poco a poco. La coctelera de Sylvain se agita. Fuera, entre dos luces, ha oscurecido. La ciudad se prepara para la noche que va a caer. El agente del Servicio de Información General ha abandonado a su pesar el Fontainebleau: una llamada de su superior, transmitida por la recepcionista, le ha hecho saber que contaban con él para ejercer de informador en la manifestación que se prepara en el Barrio Latino. Por un milagro que no se explica nadie, el pianista ha conseguido llegar a su taburete tras un largo trayecto que ha comenzado en La Garenne-Colombes. Con unas notas de Nat King Cole y un cóctel delante, ¿quién se acuerda de que la revolución está a punto de estallar?

Nadie, por supuesto, salvo J. Paul Getty, que sigue acurrucado contra la pared de su suite esperando su fin inminente. Pese a que el hotel es amplio, las paredes son gruesas y las habitaciones están hundidas bajo los muletones y las telas de Jouy, la música atraviesa el espacio y se encarga de invitar a aquellos que se sienten solos a bajar a acodarse en el piano y pedir una copa. El alcohol no es un amigo menos valioso que los demás. El cliente de la 202 saca del armario una botella de whisky que, por aquello de ahorrar, mete siempre en su maleta (no se ha visto nunca a un

hotel facturar un vaso lleno de cubitos de hielo), y se acuerda de que en el *Titanic* también tocaron música antes del naufragio final.

Denise cavila en su guardarropa. El relato del médico, hace un rato, en la puerta de la 616, ha hecho que se tambaleen todas sus convicciones. Por primera vez se pregunta a qué se dedica su marido por las noches. ¿Y si él reparte también porrazos a la puerta de los furgones? Sí, ella ama el orden. Sí, respeta la jerarquía. Pero la violencia infligida a los manifestantes, tal como la ha descrito el joven médico, le indigna. Al fin y al cabo, son chiquillos. Chiquillos que sueñan. Que escriben frases sin pies ni cabeza en las paredes y levantan barricadas como tantos otros parisinos antes que ellos. De acuerdo, la utopía acaba siempre estrellándose con la realidad, pero ¿qué hay más triste que una vida sin utopía?

El director sube la escalera para personarse en la 108-110. Maquinalmente, endereza los cuadros colgados en la pared que los clientes con prisas han movido de su clavo. Maquinalmente también, pasa un dedo por el marco dorado para detectar un resto de polvo. ¿Tomarse por un cliente? ¡Tiene cada cosa Ritz! El cliente no cambia las bombillas. El cliente no cambia los jabones en el cuarto de baño. El cliente no comprueba si se ha acumulado polvo bajo las cortinas de las habitaciones y en las consolas. El cliente se deja llevar por esa atmósfera en la que, eximido de la menor responsabilidad, puede soñar, dormir, vivir a su antojo. El director se ve incapaz de aceptar la ocurrencia de su homólogo. Siempre resurgirá la conciencia profesional. Hay que conocer los propios límites.

En la primera planta, el Maestro, bigote erecto, está pintando un centauro en el espejo de su habitación. El ocelote descansa saciado a sus pies. El director suspira, sabedor de la mala conciencia que le creará a la asistenta pasar el trapo por la obra del artista. (Siempre, la deformación profesional).

Dalí da media vuelta adelantándose a la pregunta. *Me han contado lo que ha pasado antes en la habitación de la señora Gould. Babou no es responsable. El incidente lo ha provocado la época. ¿Qué quiere usted? La Revolución excita el hambre. Da ganas de asesinar. Deja en la cuneta a los amantes de la comodidad y la quietud.*

Acaricia el cráneo de Babou, que ronronea de placer. *Tampoco voy a recriminarle que haya cedido a sus pulsiones revolucionarias.*

El Maestro parece indignado. La última vez que se puso en tal estado fue cuando la dirección del Meurice, en un loable afán de modernidad, reemplazó las tapas de madera barnizada del cuarto de baño por tapas de plástico. Ante la idea de que su genial trasero no volviera a posarse en la misma tapa que el de Alfonso XIII, Dalí montó en cólera. Hubo que hurgar por todo el hotel para encontrar un modelo a la antigua y restituirlo a la suite real.

El director comprende que cualquier reproche o advertencia resultan inútiles. El Divino se pone intratable cuando se trata de su animal. ¿Poseerá Babou reservas de afecto que Gala agotó hace tiempo?

Le espera una segunda misión, más ingrata si cabe: acudir a la 250 y presentar sus disculpas a la señora Gould.

Cuando el director entra en su suite, Florence está insultando a Aldo, su chófer. Este acaba de presentarle su dimisión, alegando que los invitados de la señora se permiten con él familiaridades inconcebibles. Que ese tal señor Jouhandeau, cuyos requerimientos ha rechazado quizá con demasiado vigor, pero, claro, uno tiene su dignidad, no ha sido el único ni el primero. Que está harto de ver mariposear a los amigos de la señora, bueno a algunos, alrededor de su melena rubia. Y que de todas formas, como ya no queda una gota de gasolina en París, no ve muy bien en qué puede ser útil.

Aldo no habría podido elegir peor momento para esa entrevista. Cabe decir en su descargo que desconocía el trágico final de Charmeuse y el disgusto alcohólico de su jefa. Como dispone de mucho tiempo, habida cuenta de la escasez de carburante, ha aprovechado para pasear por los jardines del Palais-Royal durante buena parte de la tarde.

La dimisión de Aldo ha puesto fuera de sí a Florence. No está acostumbrada a que la dejen. Ha de ser ella la que decida cuándo quiere prescindir de la gente. La verdad es que vaya desbarajuste el de hoy. El tirón de los Racine ya no es lo que era.

Al reconocer al director, que acaba de entrar, Florence Gould lo pone por testigo.

—Este pedazo de bobo quiere dejarme. Por lo visto algún amigo mío le va detrás y eso le parece insoportable. ¿No cree usted que es un motivo un tanto insustancial para renunciar al mejor puesto de París?

El director sabe por experiencia que es preferible no inmiscuirse en un conflicto entre un cliente y su empleado. Bastantes preocupaciones le da su propio personal.

De repente, Florence vuelve a la realidad, desconcertada.

—Pero ¿qué hace usted aquí? Yo pensaba que el personal lo había echado... ¿Han cambiado de parecer?

Metiéndose el orgullo en el bolsillo, el director finge no haber oído la pregunta despreciativa de su clienta y prefiere hablarle como si nunca hubiera dejado de dirigir el establecimiento. En cualquier caso, está ahí por otra cosa. Busca un modo de acompañar en el sentimiento a Florence.

En realidad, se teme que a la estadounidense, como a tantos compatriotas suyos, le gusten los juicios. Desde que se ha enterado de la noticia, se le ha disparado la imaginación. Le parece estar oyendo el alegato del abogado denunciando inauditas negligencias en la dirección del hotel; lee los grandes titulares de los periódicos, describiendo la espantosa muerte y exagerando a buen seguro los sufrimientos de la víctima para vender ejemplares; ve a la millonaria obteniendo del hotel una fabulosa indemnización, que hundiría una tesorería ya quebrantada por los acontecimientos; y,

lo peor de todo, presiente la marcha de su clienta, sus baúles Vuitton amontonados aprisa y corriendo en el Rolls, para trasladarse a una suite anual en el Ritz o en el George-V.

Se acerca a ella, meloso, le toma las dos manos, que se lleva al pecho, y con el mayor tono de aflicción posible le murmura: *Me he enterado de lo de Charmeuse. Sepa lo mucho que comparto su dolor.* Ve asomar una lágrima tras las gafas ahumadas y añade: *Conservo de ella el recuerdo de un pequeño ser delicioso y entrañable.* Echando mano en el recuerdo de las frases oídas durante el funeral de su madre seis meses atrás, concluye: *Nos ha dejado demasiado pronto.*

Florence Gould mira al director de manera diferente. No ve ya en él al director, sino a un hombre como los demás, es decir, un ser dotado de brazos que reconfortan, palabras que apaciguan, caricias que templan. Le da un miedo tan atroz quedarse sola en ese instante que no necesitaría gran cosa —el roce de una mano, una mirada cargada de sobrentendidos— para que cediera a su deseo, siempre que se manifestara.

Pero el director es hombre de principios, y el primero de ellos es que no se mezcla el trabajo con el placer.

Evidentemente, si se presentara la amenaza de un juicio, estaría dispuesto a saltarse tales principios. El buen funcionamiento del hotel por encima de todo.

Por fortuna no se ha llegado a eso y Florence Gould no parece culpar al Meurice de la muerte de Charmeuse. Ni siquiera habla de indemnización o de perjuicio moral.

Lo cual no es el caso de Aldo, a quien tenían un poco olvidado en un rincón de la habitación y que intenta recordar su presencia a su jefa con estas palabras: *Tal vez haya un modo de arreglarlo. Creo que un aumento de sueldo estaría justificado. Compensaría los riesgos que corro.*

Florence sonrío. Ese tipo de historias siempre acaba así. A todos los tiene agarrados por la cartera. Lo cual no contribuye a agrandar la idea que se forma del ser humano.

Siempre hay un momento del día en que decae el ánimo. En el instante en que ese gran transatlántico que es el hotel se dispone a atravesar el atardecer y luego la noche, el de Roland no es el mejor. El entusiasmo de esta mañana se ha disipado.

A lo largo de la tarde, cada vez que pasaba delante de la recepción, sorprendía la misma conversación. Por el tono afligido de su compañero, comprendía. Desde Londres, Río, Chicago, Moscú, Nueva York, llega un aluvión de anulaciones. Nadie quiere ya arriesgarse a ir de vacaciones a un país donde la situación parece tan inestable. Donde se teme que el guirigay estudiantil degenera en alzamiento insurreccional. Donde el gobierno parece hallarse en pésima situación. Al teléfono los americanos son los más virulentos. *No way!* Descartado ir a París, donde se corre el peligro, tal como van las cosas, de toparse con el ejército rojo vivaqueando en la

place de la Concorde. Cuán lejanos parecen los tiempos en que el brasileño de Offenbach cantaba a voz en grito: «*Paris je te reviens encore!*».

Lucien se aburre detrás de su mostrador. Nadie le pide ya que reserve entradas para el teatro o la Ópera, que llame a Lasserre o a La Tour d'argent para preguntar si queda alguna mesa libre, que averigüe a qué hora abre un museo o que pida un peluquero donde las hermanas Carita o Alexandre para un moño urgente. París es una ciudad casi muerta. Por eso la moral del conserje está a la misma altura que la del primer maître.

Se han encontrado en el guardarropa, vestidos ambos con un chaqué de luto.

—Cabe preguntarse si no va a haber que cerrar el establecimiento. Bien lo hizo el Grand Hôtel hace unos días —explica Roland a Lucien.

—¿Cerrar el hotel? ¡No lo dirás en serio, espero! —se indigna Lucien, para quien semejante rendición ante los acontecimientos resulta impensable.

—¿Para qué mantener a un personal desocupado y tener abiertas unas habitaciones donde ningún turista deja las maletas? —continúa Roland—. Todo eso sale caro. El ejercicio 1968 va a ser pésimo, eso salta a la vista. La facturación está en caída libre. Pregúntale al contable qué opina.

—Cerrar el hotel... —repite Lucien, consternado—. ¡Eso sería solo en caso de fuerza mayor!

Ahora ya lo tiene claro: el banquete de la señora Gould ha sido el final de una época, el último símbolo de un modo de vida llamado a desaparecer en las próximas horas. Va a verse obligado, él, Lucien Grapier, conserje mayor de un hotel de lujo, él, que se codeaba a diario con las testas coronadas, los ministros, los embajadores, los académicos, sí, va a verse obligado a volver a su casita de Fontenay-aux-Roses, donde sus vecinos son un representante de aspiradoras alcohólico y una madame de burdel jubilada. Tendrá que cambiar el chaqué por un pantalón y un jersey, ese uniforme del pueblo. Y su único consuelo serán los aperitivos prolongados con los antiguos compañeros, donde desgranarán indefinidamente la letanía de nombres famosos con los que se han codeado. El Meurice es toda su vida. La perspectiva de una existencia lejos del hotel es deprimente. Se le saltan las lágrimas.

—Esos jóvenes que queman coches y levantan barricadas están acabando con nuestro oficio —prosigue Roland—. ¿De qué sirve un hotel si los turistas nos vuelven la espalda? Como sigamos así, el Meurice y los demás hoteles se convertirán en conchas vacías...

—¡Hablas como la Lechuza! ¡Anuncias las peores catástrofes! —se asombra Lucien.

—Hablo como un hombre lúcido —contesta Roland.

—Facturación, beneficios, rentabilidad... No te veía yo tan capitalista —se guasea el conserje—. Me recuerdas a los accionistas. Solo te falta fumarte un puro. ¿Qué se ha hecho de la utopía de la que nos hablabas esta mañana?

—Al parecer este día ha cambiado mi modo de ver las cosas —admite Roland.

En el comedor, los jefes de rango terminan de poner las mesas para la cena. Los apliques ceñidos de seda rosa difunden una luz clara que puede apagarse en cualquier momento. Gracias a las buenas trazas de un empleado que ha recorrido las últimas ferreterías abiertas en París, todos los candelabros lucen sus velas. Tampoco esta noche se habrán salido con la suya los huelguistas de Porcheville. Pero la mitad de las mesas del restaurante permanecerá vacía: entre los turistas huidos y los parisinos recluidos en sus casas como si siguieran viviendo en los tiempos del toque de queda, la actividad transcurre a cámara lenta. Los pinches, que suelen quejarse de la brutalidad desmedida del chef en la hora punta, lamentan el relajamiento actual en la cocina. Echan de menos la adrenalina de las noches en que el comedor está abarrotado. Los jefes de rango saben también que esta noche no tendrán que vivir la habitual esquizofrenia que constituye la esencia misma de su oficio: cuando, para servir a cien personas que reclaman al mismo tiempo cinco platos distintos, tienen que atropellarse, tropezar, llegar a insultarse en los términos más groseros en el momento de cruzarse en el estrecho corredor que separa la cocina del comedor y luego, salvado el umbral, abalanzarse con una fuente en las manos, una sonrisa en los labios, ondulando como cisnes entre las mesas para inclinarse ceremoniosamente ante los clientes —como esas bailarinas a quienes una torcedura arranca una mueca entre bastidores pero que, al entrar en escena, exhiben ante el público una deslumbrante sonrisa.

En el bar, los directores de los hoteles de lujo de París están ahora casi borrachos. En cualquier caso, no tienen ninguna prisa por volver a sus establecimientos. No les apetece cruzarse con los revolucionarios de vía estrecha en que se han convertido sus empleados esta memorable primavera. Y el champán sigue siendo, en un día como hoy, una de las formas más seguras de olvidar que si sus reivindicaciones salariales se vieran satisfechas, la tesorería de sus establecimientos sufriría un duro golpe.

—¿Nos puedes poner otra copa, Sylvain?

El chef, exaltado aún por los cumplidos de que le ha hecho merecedor esa comida cuando menos atípica, acaba de tomar una grave decisión. Mañana mismo se larga. Con quién deberá hablarlo, no lo sabe, dependerá del giro que tomen los acontecimientos. Pero se larga, eso lo tiene claro. Está harto de los caprichos absurdos de los clientes. De tener que echar el resto para encontrar una bandeja de erizos de mar en pleno mes de agosto. De los que comen sin sal y de los que exigen una cocción perfecta. Lo tiene decidido: abrirá un restaurante. Un sitio donde mande él, donde la carta sea como le gusta a él, inventiva, variada, original. Un restaurante donde las ostras belon y las endivias braseadas brillarán por su ausencia. Esta noche

será su última noche al frente de la cocina del Meurice. Su segundo se alzará por fin con el puesto que lleva años esperando. ¿Quién sabe? Igual al acabar el trabajo se va a cantar «La Internacional» a la otra orilla del Sena.

En la suite 250, Florence Gould, bajo el efecto conjunto del champán y de los calmantes, ha acabado durmiéndose. Willy ha cogido su ejemplar de *El lugar de la estrella*, lo ha hojeado al azar. Se topa con unas líneas que le divierten: «¡Tu jeta de gigoló me pone de lo más cachonda! ¡Me electriza! ¡Chulo encantador! ¡Joya!» Willy observa a su clienta, que duerme, las manos regordetas cuajadas de sortijas cruzadas en el pecho. Es increíble: cuando duerme, no aparenta su edad.

El director ha subido a la 616 para preguntar por Aristide Aubuisson. Al entrar en la habitación suenan siete campanadas en la iglesia de Saint-Roch. *Disculpe un instante que enciendo el transistor, es la hora del flash informativo, estoy pendiente del resultado de la moción de censura. —Por favor, como si estuviera en su casa.* Por lo menos, este no quiere echarme del hotel, se dice el director. A ver si me acuerdo de deducirle los extras cuando se vaya.

El resultado no se dado aún a conocer. En la Asamblea Nacional, cuentan y recuentan los votos.

Un reportero informa en directo sobre los acontecimientos en el Barrio Latino. Ha caído la noche y los estudiantes, cada vez más numerosos, comienzan a agruparse en la place Saint-Michel. «¡Todos somos judíos alemanes!», «¡Todos somos indeseables!», jalean los manifestantes muy encendidos, como cabía esperar, por la prohibición a Cohn-Bendit de volver a Francia. En su ausencia, encabeza la comitiva Alain Geismar, precedido de diez banderas rojas y diez banderas negras.

Desde la cama donde sigue acostado, Aristide Aubuisson escucha el guirigay radiofónico. *¡Qué divertido debe de ser tener veinte años hoy en día!*, exclama el enfermo, nostálgico y benevolente. ¿Los jóvenes ya no quieren ser notarios? ¡Cómo los entiendo! Al director esa manifestación no se le antoja nada divertida. *Banderas rojas y negras, ¿se da usted cuenta? Para mí, son los colores del infierno.*

Aristide todavía está lejos del infierno. Cuando el director le pregunta cómo se encuentra, contesta con dulzura que lamenta haber causado tantas molestias al personal.

—Me remuerde la conciencia —añade Aristide— por la señora Gould. Ha tenido la gentileza de invitarme a esa comida tan deslumbrante y yo ni siquiera he sido capaz de ayudarla en su búsqueda de una casa de campo. ¡Si supiera usted lo mucho que me lo echo en cara!

El director lo mira, espantado. ¿Y ahora qué historia es esa de una casa de campo? ¿Acaso Florence Gould está planteándose abandonar su suite anual en el Meurice sin haberle avisado? De ser así, la reciente y trágica muerte de Charmeuse no va a incitarla a quedarse. Prudente, el director baraja también la hipótesis de un



delirio mitómano, que nada tendría de sorprendente por parte del ocupante de la 616, como todo el mundo sabe, gravemente enfermo.

*Sé que está harta de la Costa Azul, prosigue Aristide en su candidez. La región era agradable en los años veinte, cuando no había nadie. ¡Ahora hay tantos embotellamientos como en París! Además, a su edad se necesita tranquilidad y verdor. Será muy feliz en Seine-et-Marne, estoy seguro. Para una mujer que ama tanto la literatura, será ideal. Podrá leer sin que nadie la moleste.*

Llegado ese instante, el director se inclina por la hipótesis de la mitomanía. ¿Florence Gould deseando retirarse al campo para leer libros? ¡Imposible! Conoce a su clienta. No lee más que las crónicas que dedica *Le Figaro* a sus comidas. Lejos del bullicio mundano, lejos de las recepciones académicas, lejos de los dorados del salón Tullerías, fenecería. Esa estrella necesita público.

En el guardarropa del personal también han puesto el transistor. Los empleados volverán a dormir esta noche en los sofás del salón que la dirección puso a su disposición al comenzar la huelga general. En el Barrio Latino, la manifestación cobra amplitud. Cinco mil personas, explica el reportero, se dirigen hacia el Palais-Bourbon. Tal vez más. La prefectura anda de cabeza, ya que el objetivo de la Cámara le trae malos recuerdos. «¡Todos somos judíos alemanes!», vociferan, cada vez más fuerte, los estudiantes. *¡Reconforta saber que los jóvenes han puesto fin a la xenofobia de otros tiempos!*, observa Roland Dutertre con una amplia sonrisa.

«¡Todos somos judíos alemanes!» Lucien Grapier se muestra escéptico. ¿Tienen los judíos alemanes una partícula en el apellido o una ascendencia noble? ¿Se cambiarán para bajar a cenar al comedor del hotel? Si todo el mundo se toma por un judío alemán, es el fin de los aristócratas ingleses, de los príncipes españoles, de los sultanes de ultramar. El fin de la cubertería pesada, de la porcelana fina, del protocolo riguroso. Del servicio con guante blanco y del refinamiento a la antigua. No se siente capacitado para ser el conserje de unos judíos alemanes. Esta noche se siente viejo y anticuado.

«¡Todos somos judíos alemanes!» Denise Prévost, Rosenthal de soltera, superviviente de Birkenau, escucha estupefacta los gritos de los manifestantes. Fluctúa entre sentimientos contradictorios, el temor de que su marido, pese a su casco y su escudo, resulte herido esta noche en los enfrentamientos y la admiración por el atrevimiento de los jóvenes. Lo que había tomado por un alboroto de niños mimados, de niños que no han conocido la guerra, sus privaciones, su crueldad, cobra una forma ideal que, esta noche, le emociona.

—Es bonito ese eslogan —dice—. Te devuelve el optimismo sobre el futuro del país.

Lucien y Roland la miran asombrados. Es la primera vez que la Lechuza pronuncia una frase positiva. La verdad es que este mes de mayo está lleno de

sorpresas.

—Cualquiera diría que esos eslóganes los ha redactado el señor Modiano —añade Denise, la única de ellos que ha leído el libro galardonado horas antes—. Hablaba de los judíos colaboracionistas, de los judíos alumnos de la École Normale, de los judíos esnobs. De los judíos franceses también. A lo mejor ha querido añadir a los judíos alemanes a la lista.

—El señor Modiano desde luego no ha redactado ese eslogan, ni ese ni ninguno de los demás —contesta Roland—. Le he oído hablar muy mal de los estudiantes durante la comida. No aprueba ni sus manifestaciones ni sus barricadas.

Va siendo hora de volver al trabajo. Quienquiera que sea el autor del eslogan, no será él quien se ocupe de los clientes y ponga a funcionar el hotel.

Se dirigen los tres hacia el comedor para comprobar si los jefes de rango han montado las mesas y está todo listo por si un cliente aficionado a cenar pronto se presenta de sopetón. Los manteles color salmón cubren las mesas aún vacías, las servilletas caprichosamente dobladas reposan en los platos, el cristal de las copas reluce bajo la luz color miel de las lámparas art déco. Al estar cerradas las floristerías, ha habido que optar por llenar los jarrones con flores de tela, cosa que, Lucien lo ha repetido en vano, *no es digna de un establecimiento de categoría*.

—Tranquilo —se burla Roland, que disfruta sacando de sus casillas a su compañero—, los duques de Windsor no han reservado mesa esta noche.

—Mejor —contesta el conserje, a quien tal eventualidad causa sudores fríos—. Seguro que habrían dado media vuelta ante semejante falta de buen gusto.

—¡Va a estar de un triste este comedor medio vacío...! —se desconsuela Denise.

—Lo peor será el silencio —asiente Roland—. El ruido es vida.

—Acabaremos pareciendo un gran hotel de balneario en temporada baja —abunda Denise—. Dos o tres míseros clientes se van a pasar la noche mirándose con el rabillo del ojo. ¡Lo siniestro que va a parecer este restaurante!

¡Un hotel de balneario en temporada baja! Comparación insultante. Hiriente. Humillante. Los tres compañeros comparten la misma amargura.

—La señora Gould no bajará, desde luego. No querrá arriesgarse a cruzarse con el amo del asesino de Charmeuse.

—Me ha dicho Willy que ha pedido sus dos bolsas de agua caliente antes de lo habitual, y que no tomará más que un caldo en su suite —confirma Roland—. Podríamos proponerle a Hubert-Transistor que se quede a cenar, siempre será una persona más.

—¿Por qué no insistimos también para que el señor Getty abandone su suite y baje al restaurante? —sugiere Denise—. Siempre animaría un poco el ambiente.

—De eso solo puede convencerlo el director —contesta Roland—. Ya sabes que se le ha metido en la cabeza que todos los empleados son unos brutos adictos a las ideas revolucionarias.

—¡El director! Nunca ha hecho tanta falta... —ironiza Lucien.

El director ha bajado de la 616 y acaba de conversar con el recepcionista jefe. En lo tocante a reservas, este año ha resultado más catastrófico que los anteriores. Los turistas han vuelto la espalda a París como nunca habían hecho. Flanqueado por el becario, a quien se ha encontrado en el vestíbulo, aprovecha para comprobar sus aptitudes en análisis económico. *Decenas de anulaciones en unas horas, ¿qué conclusión extrae usted?* El joven reflexiona. Duda. Se lanza prudentemente: *Orly está cerrado y nadie puede viajar a París. Los clientes esperan a que se restablezcan los enlaces aéreos para venir.* Valiente imbécil, se dice el director. *¿O sea que eso les enseñan en las grandes escuelas? Todo eso significa que el ejercicio 1968 será pésimo. El peor de todos, sin lugar a dudas, desde que se reabrió el hotel después de la guerra. Y que su señor abuelo no se va a poner muy contento.*

Cabe preguntarse si, ya puestos, no sería preferible la nacionalización. Libraría a la empresa de un heredero que no da la talla. El director está harto de ese becario y de pronto necesita echar mano de sus colegas. Si los homólogos no han abandonado el bar, con ellos podrá explayarse y hallar oídos comprensivos.

No, sus colegas no han abandonado el Fontainebleau. Repantigados en sus sofás (postura que reprobarían en cualquiera de sus clientes), llevan dos horas rehaciendo el mundo. Acogen a Meurice con un humor tanto más alcoholizado cuanto que les consta que Sylvain no se atreverá a presentarles la nota. El barman ha identificado a los visitantes. Llegado el caso de que algún día tuviera que realizar una entrevista de empleo con alguno de ellos, mejor que ese doloroso recuerdo no se convirtiera en un obstáculo insalvable.

Apenas se ha sentado el director cuando viene Roland a importunarlo.

—Tendría usted que ir a hablar con la 202. El restaurante va a estar desierto esta noche, estaría bien que bajara a cenar. Solo usted puede convencerlo de que abandone su suite.

Los homólogos, abiertamente divertidos, observan a Meurice. A ese no volverán a hacerle caso. Hace un rato se trataba de una oscura historia de animales que se mataban entre ellos, ahora el problema es llenar el restaurante. En continuo estado de alerta, su compañero. Luego que no les venga con quejas. Ahora ya lo tienen claro: es un mitómano.

Roland observa al grupo y de repente le sobreviene una inspiración.

—¿Nos darían el gusto estos caballeros de quedarse a cenar en la casa?

Eso sacaría al restaurante de su embotamiento, devolvería el optimismo al cocinero, tendría ocupados a los pinches: esa es la intuición de Roland.

—Por supuesto la cena corre a cargo de la casa —añade, convencido de que existen gastos que, a largo plazo, acaban convirtiéndose en ganancias, y de que un comedor bullicioso y animado incidiría sustanciosamente en el retorno de la clientela.

El director, admirado, lo ha oído aventurar esa invitación sin decir nada. Los homólogos se han vuelto hacia Ritz, su jefe natural. Solo él sabe lo que conviene hacer en semejantes e inéditas circunstancias.

—Pues la verdad es que es una excelente idea —aprueba el soberano de la place Vendôme—. Queríamos tomarnos por clientes por una vez en nuestra vida. Estaba cantado que tal experiencia tendría lugar hoy. Y no todos los días se cuenta con la ocasión de sondear a la competencia. ¡Aceptamos encantados la invitación!

El director golpea tres veces la puerta de la 202.

J. Paul Getty se estremece.

Llegó la hora. ¡Por fin!

Empezaba a cansarse de escrutar los menores pliegues de las cortinas, de escudriñar al menor pastor, a la menor oveja bordada en la tapicería, de mantenerse a la espera inmerso en esa decoración ñoña tan alejada del tiempo presente. Los golpes se repiten pero siguen siendo discretos. Una voz inquiere tras la puerta: *¿Puedo entrar, señor Getty?*

¿Será una estratagema para hacerle abrir?

No se imaginaba a los revolucionarios tan corteses. En Ekaterimburgo no se anduvieron con tantos remilgos a la hora de liquidar a la familia imperial. Han hecho progresos desde 1918.

—Soy el director del Meurice. ¿Puede usted abrirme la puerta?

¡El director! ¿Sigue todavía vivo? Qué alegría saber que ese hombre tan simpático sigue en este mundo. Tal vez ha venido a sacarme acompañado de un agente del consulado estadounidense. J. Paul Getty echa abajo su barricada y gira la llave.

—Sería para nosotros un gran placer que bajara esta noche al restaurante —explica el director.

Asoman lágrimas de agradecimiento a los ojos de J. Paul Getty. Hace tan solo unos minutos veía cercano su final, y ahora un hombre afable y cortés viene a invitarlo a cenar. Nunca se había dado cuenta de lo mucho que se aferraba a la vida.

—Me emociona su solicitud, créame. Pero, señor director, ¿en qué punto se halla exactamente la situación política? ¿Cree usted que van a finalizar las huelgas y los disturbios?

—¡Menos mal que me habla usted de eso! —exclama el director golpeándose la frente—. Debería saberse el resultado de la moción de censura en cuestión de minutos.

Maquinalmente, exclama: *¡Hubert, transistor!* Pero el becario no está ahí.

—Vaya, me he dejado el transistor en el guardarropa. Corro a buscarlo. Entonces, ¿quedamos así, cuento con usted esta noche?

El becario ha girado el botón del transistor abandonado en el guardarropa del personal. A fuerza de acarrearlo de un lugar a otro, le apetece también encenderlo. En el aparato, que crepita y chisporrotea, oye el tumulto de la manifestación *in crescendo*, los gritos de los estudiantes, el relato jadeante del periodista. Él no tiene nada en común con los jóvenes que desfilan, viste traje y corbata a diario y las palabras «consejo de administración» no le producen urticaria. En el reportaje del periodista enviado al Barrio Latino, le inquieta más bien la suerte que corran las fuerzas del orden. Un adoquín golpea tan rápido.

Es lo que explica a Denise, que acaba de entrar en el guardarropa y que le inspira espontánea simpatía: sabe que está casada con un gendarme. Para su gran sorpresa, Denise no parece tan crítica como él respecto a los probables desórdenes de la próxima noche. Le habla con extrema dulzura. *Hay un antiguo proverbio talmúdico que dice: «No dormir fatiga; no soñar cansa.» Hasta hoy no lo había entendido. Piénselo. No soñar mata.*

Ha empujado la puerta del Fontainebleau con un vigor que se le desconocía. Los clientes se han vuelto, sorprendidos por el contraste entre el ambiente sosegado del bar y la visible excitación de ese individuo. Hasta el pianista ha dejado de tocar. No han reconocido de inmediato al director, que ordena al músico: ¡*Continúe!*, se precipita hacia sus homólogos y les declara, extático:

—¡233! ¡233!

Lo miran aterrorizados. Meurice no solo es un mitómano, también sufre accesos de delirio, piensan los homólogos, abrumados. Como para meterlo en el manicomio, en su humilde opinión. Príncipe de Gales se pregunta si no debería abordar el asunto cuanto antes con su accionista común.

—233 —repite el director como si se hallara en la consulta de un ortofonista para mejorar su dicción.

¿Es el número de una habitación donde acaba de producirse un crimen? ¿Que acaba de reservar la mismísima reina Isabel de Inglaterra? ¿Que está ardiendo por culpa de un camarero de piso pirómano o adicto a las ideas de los jóvenes agitadores de la orilla izquierda? Los homólogos están perplejos.

—233 votos: por lo tanto les han faltado once —explica el director—. ¡La censura ha sido rechazada! Digo bien, rechazada... Es la primera buena noticia del día... ¡Hay que celebrarlo!

En el bar lleno de humo, cada cual digiere la información. El gobierno aguanta. Las nacionalizaciones habrán de esperar. La oposición seguirá siendo la oposición.

—¿Y la manifestación? —inquire Lutetia, que se preocupa por sus puertas vidrieras y teme enfrentamientos en el boulevard Raspail—. ¿Tan violenta como se preveía?

—¡Hubert, transistor! —se chotea el barman, a quien nunca habían visto tan insolente.

Pero el becario ha desaparecido.

Se han levantado para acudir al comedor. La mesa de los siete homólogos, situada en el centro de la estancia, debería bastar para sacar al restaurante de su letargo. En lontananza, al otro lado del Sena, se oye un ruido sordo de detonaciones.

Se acerca a saludarlos J. Paul Getty, recién bajado de su suite. Solo George-V le pone mala cara, con apretón de manos blando y mueca hostil: sigue echándole en cara haber abandonado su establecimiento y haber sentado sus reales donde la competencia. Los demás directores lo saludan con amabilidad. Nunca se sabe. Podría convertirse en un futuro cliente.

Roland está anotando las comandas cuando un rostro familiar aparece en la puerta del restaurante. ¡El ministro! Llega directo, la frente húmeda, la mirada despavorida, de la orilla izquierda. El director, encantado de tan imprevista aparición, se precipita a su encuentro. *¡Qué alegría verlo, señor ministro! Sepa que he pensado todo el día en usted.* El ministro, feliz de reencontrarse en medio del lujo refinado y apacible del Meurice, se vuelve trivial. *Gracias, muchacho. Las hemos pasado canutas, eso sí. Pero hemos aguantado mecha. Contento de estar aquí.*

Todas las miradas y todos los oídos se han vuelto hacia él. No pensaba encontrar a tanta gente en el Meurice una noche en que la capital se halla en semejante ebullición. Fastidiosa publicidad. Solo falta que un periódico malintencionado revele su presencia en este conocido gran hotel. O, peor aún, que una revista satírica lo describa, tras ser informada de esa cena por un reportero anónimo, con los rasgos de un pervertido asiduo al templo del vicio. La maledicencia puede arruinar una carrera más fácilmente que un voto en la Cámara.

Así pues, lleva al director a un rincón del comedor para poder hablar con tranquilidad.

—He tenido un día duro. Creo que me merezco un respiro en su casa. Además tengo concertada una cita con una amiga muy querida. No tengo el menor interés de que la vean todos sus clientes. ¿Sería posible hacerla subir directamente arriba? Es fácil de reconocer: es pelirroja y tiene unas piernas interminables...

En un instante, el director recobra sus reflejos elementales de eficacia y discreción.

—La mitad de las habitaciones están libres, y la alojaré con mucho gusto en la suite más hermosa del hotel, la que ofrece, desde la séptima planta, una vista increíble de todo París. A principios de siglo, el «roof garden», como lo denominaron, era el restaurante más apreciado de la ciudad. Todavía conservo en mis archivos la lista de clientes que ponían por las nubes ese lugar... *The most fashionable rendez-vous of Paris! Magnificent view!* ¡Y un largo etcétera! No puede imaginarse el éxito que tuvimos con los extranjeros...

Cae en la cuenta de que al ministro, en ese momento, le trae completamente sin cuidado saber dónde cenaban en 1907 los mundanos de Francia y de dondequiera que fuera. El director vuelve a la realidad.

—Pero debo advertirle que el ascensor tampoco funciona y que esa señorita amiga suya tendrá que subir por las escaleras. Ahora mismo aviso al conserje.

Reconfortado por las horas galantes que se anuncian, el ministro palmea el hombro del director y concluye, con tono paternal:

—Subir siete pisos a pie para alcanzar el séptimo cielo, ¡acepto!

Solventados los detalles prácticos, el ministro puede sentarse a la mesa de los homólogos y refiere de buen grado los pormenores de su odisea camino de la orilla derecha.

Y es que ha padecido todos los sinsabores del mundo para cruzar el Sena. El fracaso de la moción de censura no ha frenado la exaltación de los estudiantes, antes al contrario. Pero, frente al Palais-Bourbon, han sido rechazados por la policía. «No nos hallamos en condiciones de enfrentarnos a la policía del Estado burgués», declaró Alain Geismar. «No caigamos en la provocación. Volveremos al Barrio Latino».

De paso, los manifestantes se han detenido en la rue de Solferino. Ante la sede de la asociación de apoyo al general De Gaulle, han intentado prender un incendio. (*¡Las oficinas del General! ¡Qué provocación!*, se aflige Lutetia.) Más allá, en la place du Panthéon, han intentado asaltar la comisaría del distrito 5 (*¡Una comisaría! ¡El símbolo del orden y de la seguridad!*, deplora George-V). Por doquier, grupos móviles multiplicaban las destrucciones y los esbozos de barricadas. Surgía una consigna y los manifestantes de precipitaban hacia otro lugar. Enfrente, grupos de policías agotados y nerviosos no sabían ya por dónde tirar.

Los CRS bloquearon los puentes. Y el ministro, que había devuelto ya la libertad a su chófer, pasó a ser un parisino más, o sea un sospechoso. Tuvo que parlamentar, que asegurar entre protestas que no tenía nada que ver con los jóvenes desaliñados que amenazaban la seguridad de bienes y personas. Su traje con corbata convenció a las fuerzas del orden, pudo tomar el puente de la Concorde.

El ministro es incansable. Habla por los codos y no advierte el paso del tiempo. Al ver al jefe de rango empujar el carrito de los quesos, se da cuenta de que la noche está ya muy avanzada. La cera se ha puesto a llorar en las arandelas. ¿Cómo es que no ha llegado la joven Évelyne? ¿Habrán tenido problemas para venir a la rue de Rivoli? ¿Se habrá encontrado con un grupo de estudiantes fanáticos deseosos de ganarla para su causa? Le inquieta el retraso. Una joven sola en las calles agitadas por vientos libertarios no es nada sensato. Se consuela observando a J. Paul Getty, que concluye su cena en la mayor soledad. No será él quien conozca tan buena fortuna. El petróleo no lo compra todo.

Sin embargo, hace ya algún tiempo que las piernas interminables de la joven alumna del Conservatorio han cruzado el Sena. Dudando ante el mostrador desierto, donde ningún recepcionista, ningún conserje se hallaba allí para guiarla, se ha encaminado hacia el bar, pensando que allí es donde se encuentran forzosamente dos seres que quieren guardar las apariencias de la civilidad, cualquiera que sea el rumbo de los acontecimientos. Una está en su derecho de tomarse una copa de champán antes de convertirse en una zorra.

Ignora qué tipo de demoras han precedido su llegada.

Lucien, cuando el director se acercó a avisarle de la llegada inminente de la amiga del ministro, se indignó: *Un gran hotel no es un lupanar*. Invocó la autogestión, que le autorizaba a decidir por su cuenta el modo de desempeñar su oficio. ¿La autogestión? El director se quedó de una pieza, convencido de que se había acabado ya esa broma de mal gusto. ¿Y era Lucien Grapier quien le hablaba en ese instante de autogestión? Si él empezaba con eso, ¿de quién fiarse? ¿Criaban las ranas pelos hoy?

El conserje no cedió y consideró urgente desertar de su puesto para releer el último número de *Point de vue-Images du monde* en el guardarropa del personal. Dada su función, dicha ocupación formaba parte, como mínimo, de la formación continua. En sus peores pesadillas, recibía a una reina en el exilio sin reconocerla y la llamaba «Señora» en vez de «Majestad». O bien omitía dirigirse a un duque inglés llamándolo «Your Grace», lo que llevaba al cliente a las puertas de la apoplejía. O bien permitía a una jauría de fotógrafos meterse en el hotel por haber sido incapaz de reconocer, tras un par de gafas ahumadas, a una estrella de Hollywood de vacaciones en París.

Salvo los dos bármanes, únicamente un joven de tez pálida poblaba el local. Nadie, entre el personal zumbón que ya solo lo llamaba Hubert-Transistor, se había percatado de que el becario era un chico muy guapo. Nunca les había caído bien ese enchufado, ese heredero nacido con una cuchara de plata en la boca, cuando ellos habían tenido que matarse a trabajar, hacerse un sitio a base de zalemas y riñones destrozados por los esfuerzos, ascender pacientemente los escalones del hotel. No lo habían ni mirado, prefiriendo burlarse, chotearse a sus espaldas.

Pero Évelyne, que apenas sabía lo que era la autogestión y tenía un interés muy vago por la crisis social del momento (cuya única consecuencia directa en su vida era que el teatro donde todas las noches interpretaba el papel segundón de criada de virtud no muy acendrada había cerrado sus puertas hasta nueva orden), sucumbió enseguida a los encantos del desconocido.

Al cual se le ocurrió la excelente idea, al verla un poco perdida, de invitarla de inmediato a una copa. Que ella aceptó diciéndose que entretanto ya aparecería el ministro. Seguro que se había entretenido en la Cámara conversando con algún parlamentario. O estaría contándole por teléfono algún embuste a su mujer para disculparse de su ausencia. O incluso precisándole a su jefe de gabinete que no contaran con él en las horas siguientes. En ese ámbito, la imaginación de los hombres



casados no tiene límites. A sus apenas veintitrés años, Évelyne lo sabe muy bien. El ministro le ha prometido que, tan pronto se haga cargo de la cartera de Cultura, pondrá todos los medios para que su joven talento —joven pero ya inmenso, ni que decir tiene— sea reconocido. Eso sí, no le ha ocultado que el actual titular se aferra a su cargo, y tendrá que armarse de paciencia. *Tranquila, cariño, que Malraux no es eterno*, suele repetirle en el momento de vestirse. La eternidad era una noción bastante nebulosa a su edad, asentía y confiaba en él.

Sylvain les ha servido dos copas de champán. Con su largo conocimiento de los clientes, puede afirmar sin equivocarse lo que va a suceder en los minutos siguientes: esos dos van a sonreírse, a gustarse y a marcharse juntos. Y celebra que por una vez su bar no sea el escenario de un final (de una Meuriciada o de una negociación internacional) sino el de un comienzo.

En efecto, Hubert y Évelyne, nada más sentarse, quedan como imantados el uno por el otro. Cabe añadir que el becario no ha resistido el placer de poner en conocimiento de la joven que es nada menos que el nieto del propietario del establecimiento; lo cual le inviste de la aureola de encanto que posee todo individuo con fortuna segura. Un hombre de negocios, se dice Évelyne, resulta mucho más tranquilizador que un político. Su suerte no depende de los estados de ánimo de los electores. A ese chico, que es soltero, ella le puede reclamar su futuro.

Poco antes de las once, empujan cogidos de la mano la puerta giratoria del Meurice.

El ministro se impacienta en el restaurante. Estaría bueno que tuviera que dormir solo en la mejor suite del hotel. Menudo plan. Además, están empezando a hartarle las oleadas de preguntas que le formulan los comensales. *¿Por qué sigue callando el poder? ¿Cuándo se va a dirigir el General a los franceses? ¿Cómo es que no envían camiones de aprovisionamiento de gasolina a las estaciones de servicio?* Como si el poder estuviera vacío y los dados rodaran sobre la mesa sin que se dignaran mirarlo. Él no es ministro de Transportes. Tampoco es portavoz del gobierno. Sabe lo mismo que esa gente que le abrumba de reproches. Que tiene la palabra «laxismo» en la punta de la lengua. A decir verdad, él es como los políticos de toda laya: está totalmente desbordado por los acontecimientos.

Denise ha abandonado el guardarropa el tiempo justo para atender a una llamada que acababa de llegar a recepción. Vuelve al comedor con las pupilas dilatadas por la angustia. En pocas palabras febriles, explica la situación a Roland, que está amontonando los platos de queso en un trincherero. Su marido ha resultado herido en los enfrentamientos entre estudiantes y fuerzas del orden. Un adoquín le ha abierto la ceja y ha provocado traumatismo craneal. Ha sido trasladado al hospital Laennec.

Tiene que acudir allí ahora mismo. Se disculpa por esa marcha repentina, que no es habitual en ella.

Roland escucha sus frases entrecortadas con un vago sentimiento de culpabilidad. ¡Ojalá no haya sido su hijo el joven estúpido que ha arrojado el adoquín! El personal del Meurice es una gran familia donde se comparten los disgustos. Pero Roland, tan locuaz cuando se trata de arengar a una multitud de asalariados, enmudece frente a la desdicha que golpea a su compañera. No le apetece ya hacer rabiar a la Lechuza.

Por supuesto es una mala hora para prescindir de la encargada del guardarropa. Los clientes han acabado casi de cenar y de un momento a otro reclamarán sus abrigos. Todavía refresca por la noche. Esa ausencia va a provocar lamentables confusiones. Los bolsillos del ministro tal vez contengan secretos de Estado que no deben caer en según qué manos. Roland está desesperado. Este día que se anunciaba tan placentero está dando un giro radical.

Transmite la noticia al director, sentado a la mesa con sus homólogos. ¿O sea que se están produciendo enfrentamientos violentos en este momento en el Barrio Latino? ¡*Hubert, transistor!*, berrea el director. Ha gritado tan fuerte que su llamada ha llegado al Fontainebleau, donde el barman sabe perfectamente que el becario no volverá a encargarse de ningún transistor. Sylvain ha cogido el objeto, que estaba en la mesa baja, y se lo ha llevado al director; un tanto humillado de verse rebajado a la categoría de becario, él que se codea desde hace años con las mayores celebridades del planeta, él cuyo nombre va asociado a la fama del hotel.

—No veo solución —dice el primer maître con cara sombría.

—Siempre hay una solución —protesta el director con energía—. Yo sustituiré a Denise el tiempo que haga falta. Nada ha de entorpecer la buena marcha del hotel. Tampoco creo que sea tan complicado recoger un ticket y dar con la percha correspondiente. Eso me va a rejuvenecer: ¿sabe usted que al salir de la escuela de hostelería hice un curso de formación en el Beau Rivage de Lausana y que me destinaron al guardarropa las dos primeras semanas?

Había en la Edad Media, al acercarse el año nuevo, un día de los locos. Ese día, en las abadías, en los monasterios, en las iglesias, la jerarquía religiosa se abandona al júbilo colectivo. (El estribillo es conocido, espero).

Los empleados se miran. Esa decisión suscita su admiración. ¿Tal lealtad profesa el director al hotel que se muestra dispuesto a endosarse el uniforme más modesto, a desempeñar el papel más mediocre, a realizar el quehacer más subalterno para que la gran maquinaria no se atasque? ¡Qué grandeza! ¿No tendrá ese hombre el orgullo pueril y tonto de los que quieren a toda costa seguir ocupando su puesto? Por más que se diga que los jefes son una pandilla de brutos y que urge prescindir de ellos, ellos han recibido la herencia de un tipo estupendo.

Así, el director se instala en el guardarropa regentado por Denise ante las miradas respetuosas de sus empleados. Y realizará su tarea con un aplomo y una dignidad que habrían complacido a la titular del puesto de haber estado allí para verlo. Los clientes se marcharán con sus efectos. Las perchas recobrarán su soltería. El servicio no se verá perturbado. Ha librado tantas batallas desde la mañana que esta se le antoja baladí. Si le dijeran que falta un lavaplatos en la cocina, se arremangaría y cogería una esponja. Entraña cierta nobleza enfrentarse a lo trivial.

Estaba cantado que en este día loco los papeles no cesarían de ser redistribuidos por un realizador invisible.

Los homólogos han recogido sus abrigos y se disponen a abandonar el hotel. Plaza, Ritz, Príncipe de Gales, Crillon, Lutetia, Raphaël y Bristol se quedan atónitos al encontrarse a Meurice en el guardarropa. No han dicho nada por miedo a humillarlo. Pero sus miradas inequívocas daban claramente a entender que todos ellos pensaban que el futuro igualitario había ganado la partida. Tanto a los jefes de rango como al director les alivia ver desaparecer a esos competidores que no han dejado, a lo largo de toda la cena, de poner de vuelta y media el contenido de sus platos. De encontrar la carne demasiado hecha, el consomé falto de sal, la crema chantillí insípida. Esas críticas mezquinas los han ofendido. ¡Que vuelvan a L'Espadon o a donde sea si ahí se come mejor!

El ministro ha comido y bebido demasiado. Se siente pesado, se siente viejo. Decide terminar la velada en el Fontainebleau y tomarse una infusión. Más vale avisar a la señora del guardarropa de que estará en el bar, no sea que acabe llegando Évelyne. En el guardarropa, lo recibe el director y le promete por supuesto transmitir el mensaje. El ministro no solo se queda sorprendido de que hayan sustituido a una empleada por su jefe, también le humilla un poco confesarle que su amiga sigue sin dar señales de vida.

Al hallarse ausente Sylvain, se ha encargado del bar el joven recién contratado. Se da perfecta cuenta de que ese cliente parece preocupado. ¿Personalidad que quiere pasar inadvertida o anónimo que quiere ser tratado como una personalidad? No está allí Sylvain para ponerle un nombre a esa cara. En la duda, decide ser todo lo eficaz y cortés que sea posible. Deposita una tetera humeante ante el ministro, que lo interroga por si acaso. *¿No habrá visto por casualidad a una joven pelirroja de piernas interminables?* —¡Claro!, exclama el recién contratado, feliz de poder hacer un favor suplementario al cliente. *Ha estado aquí hasta hace unos minutos. Se ha tomado tres copas de champán con el becario del hotel, y se han ido juntos. Acompañando la frase de un guiño picarón, añade: Entre nosotros, creo que van a tener una noche bastante agitada, no sé si entiende lo que quiero decir. Y desde luego no tiene nada que ver con los adoquines del Barrio Latino...*

El ministro entiende muy bien lo que quiere decir. Y lo que ve no le gusta en absoluto. *¿Cómo se llama ese becario? —No lo sé, aquí todo el mundo lo llama Hubert-Transistor, porque se pasa el tiempo llevándole al director su aparato de radio. Creo que es sobrino o nieto del propietario del hotel, por eso está haciendo las prácticas de formación en la casa.*

Sylvain, que acaba de regresar al bar, ha oído el final de la conversación y comprendido de inmediato la magnitud del desastre. ¡Cómo se le ha ocurrido contratar a ese muchacho formado en el Royal! Al concluir las entrevistas que realizó a los candidatos («creativo, dinámico, autónomo y polivalente, ha de saber situar al cliente en el centro de su atención», precisaba su anuncio), dudó entre dos jóvenes. El otro procedía del Ritz. Tenía que haberlo elegido a él. Un barman formado en un hotel donde la divisa del personal es «Ver, oír y nunca repetir», no habría cometido semejante pifia.

Fusila con la mirada al joven inconsciente que acaba de meterlos en un buen atolladero. Le había prometido que sus seis meses en el Meurice se transformarían probablemente en veinte años, porque aquí se sabe cuándo se entra pero nunca cuándo se sale, incluso había acariciado el proyecto de nombrarlo su sucesor el día en que se jubilase. Ese castillo de naipes de proyectos acaba de venirse abajo.

Por propia iniciativa, Sylvain ha servido una copa de champán al ministro, pues sabe por experiencia que el alcohol consuela más eficazmente las penas de amor que la infusión.

El joven recién contratado nunca entenderá, y se formulará la pregunta en todos los puestos siguientes, el Bristol, el Raphaël y por último el Hôtel du Cap, por qué su superior se enfadó tanto con él aquella noche. ¿Acaso no había situado al cliente en el centro de todas sus atenciones?

Aristide Aubuisson no logra conciliar el sueño. Bien es cierto que el cliente de la 616 no ha querido tomar los calmantes prescritos por el médico. Sabe que esas pequeñas píldoras rojas lo sumergirían en una dulce letargia que acabaría transformándose en un sueño profundo. Y él quiere aprovechar cada minuto pasado en el Meurice, sobre todo no perderse un ápice de ese mágico paréntesis.

Además, esa historia de la casa de campo de la señora Gould le atormenta. Teme que esa mujer encantadora caiga en manos de un timador que le venda una propiedad llena de defectos por una pequeña fortuna; y que se forme una idea falsa de su región, que sin embargo es una de las más hermosas de Francia. Le gustaría proponerle encargarse personalmente de las visitas, lo que evitaría los fraudes.

El asunto le parece tan urgente que decide ir a verla en el acto. El médico diría que no es prudente, que tiene que guardar cama, que no se halla en condiciones de correr por los interminables pasillos de un gran hotel. Pero el valeroso moribundo no dispone de tiempo para ser prudente. De modo que, ataviado con su pijama y su

batín, toma la escalera que conduce a la segunda planta. Está un poco mareado pero no podría volver a mirarse en un espejo si no le hiciese ese favor a la anfitriona que le ha invitado.

Llama a la puerta de la 250, pero no contesta nadie. Eso le irrita, pues considera que lo que tiene que decirle a Florence Gould es urgente. Se envalentona y entra de todas formas. Tarda unos segundos en entender lo que ve. Ante sus ojos atónitos, la millonaria y su jefe de rango titular se están besando con avidez. Aristide se repone y piensa que ha elegido mal el momento. Cierra la puerta y regresa a su cuarto, pensativo. El notario emérito de Montargis es de esa clase de seres que se alegran de la felicidad de sus semejantes. Y así, su descubrimiento lo sume en un júbilo casi análogo al que ha experimentado en el salón Tullerías. La señora Gould parecía tan triste y tan sola antes, durante la comida; mejor para ella si ha hallado un poco de alivio y de cariño en este hotel. La vida reserva sorpresas, se dice de nuevo Aristide. Cada día que pasa trae su parcela de preocupaciones pero también su cosecha de pequeñas alegrías. Tan optimista reflexión lo reconforta. Sigue sin tener sueño.

La idea se le ha ocurrido a Roland. Los jefes de rango acababan de despejar las mesas, antes de disponerlas para el desayuno de la mañana. Los sumilleres taponaban las botellas. El barman, tras despedir al decepcionante joven recién contratado, terminaba de hacer el inventario. Los de la cocina encendían cigarrillos para celebrar el final del fregoteo. Las gobernantas habían comprobado que todos los deseos de los clientes, en el umbral de la noche, se habían cumplido. El pianista había regresado a las afueras, a no ser que prosiguiera su noche en un club de jazz de la orilla izquierda. El director había entregado a cada uno su abrigo y estaba dispuesto a jurar por la vida de los accionistas que no había cometido error alguno.

Así pues, ha sido Roland quien ha propuesto celebrar una nueva asamblea general. Aquí y ahora. La propuesta se ha acogido con ciertas reticencias. Los párpados de los jefes de rango se cerraban de fatiga, los brazos de las asistentas sufrían constantes calambres, las piernas de los camareros de piso estaban paralizadas por las agujetas, e incluso los botones, que no habían tenido excesivo trabajo, hoy pedían clemencia. Iban a dar las doce de la noche. Estaban todos exhaustos. La mayoría de ellos tendrían que pasar la noche allí, a falta de medios de transporte; sabían que al amanecer estarían tan cansados como la víspera, pues no habrían logrado descansar tumbados en los raídos sofás de los salones; el falso Luis XVI era, como es bien sabido, mucho menos confortable que el auténtico Segundo Imperio.

Roland ha insistido. Tenía cosas importantes que decir a sus compañeros. El director se ha levantado de inmediato:

—Supongo que preferirán que salga de la habitación.

—Claro que no —contesta Roland, a quien había visto más preocupado por la privacidad de los empleados.

Se han reunido todos en el comedor, ya vacío de clientes.

El representante sindical toma la palabra. Explica que la experiencia que han vivido hoy honra a la empresa; que cada cual ha demostrado, a su manera, que no hay ninguna necesidad de orden, de autoridad, de jerarquía para que el hotel funcione y los clientes queden satisfechos.

—Pero —añade aclarándose la garganta (cuán desagradable es renunciar a un sueño)— es preciso reconocer también que esa experiencia nunca habría funcionado sin la ayuda de nuestro director, quien ha demostrado que seguía presente en caso de producirse un problema. Por lo tanto, si estáis de acuerdo, propongo votar una moción que pondría fin a la ocupación del Meurice por su personal.

El director-a-punto-de-volver-a-serlo lo mira agradecido.

Frente a Roland, los empleados parecen dudar. Están extenuados. Tal vez en efecto haya llegado el momento de tocar a final de recreo, de cerrar el paréntesis, de deshacerse de los oropeles del día de los locos.

De repente, los apliques del comedor comienzan a parpadear, presa de temblores inhabituales, hasta que se apagan por completo.

—Siguen con la huelga en Porcheville —observa un botones.

—Eso quiere decir que está lejos de restablecerse el orden —añade una asistenta.

—Y que el país sigue reivindicando —concluye el contable.

Todos se vuelven hacia su representante sindical, que aguarda su respuesta.

—¡Yo estoy en contra! —exclama Lucien, quien ha comprobado esta mañana que la autogestión no significaba que existiera el menor punto en común entre una fábrica de bicicletas yugoslava y un hotel de lujo situado en el corazón de París; que el mármol, el dorado y el satén impedían toda comparación con la grisura del bloque comunista, y que no resultaba desagradable, de vez en cuando, sobre todo cuando ya no se tenían veinte años, zarandear su jerarquía.

—¡No estoy de acuerdo! —declara el barman, quien recuerda que fue el director el que insistió en contratar al joven estúpido formado en el Ritz.

—¡Apruebo el no! —encarece el cocinero, aún entusiasmado por los cumplidos que le ha granjeado ese menú muy personal y que, a juzgar por los platos vacíos, ha obtenido un claro éxito entre los estómagos presentes.

A su vez, los empleados alzan la mano unos tras otros para expresarle a Roland que, así como le siguieron a la hora de votar la autogestión, no lo seguirán esta noche para ponerle fin.

—¡Amigos míos, no bajéis los brazos! —confirma el ministro, a quien habían perdido totalmente de vista desde que ahogaba su decepción en el bar; al volver al restaurante, ha oído el discurso de Roland y se ha dicho que había que salvaguardar el futuro. El director puede saltar en cualquier momento. ¿Para qué ponerse en contra a

sus sucesores? En la vida se necesita menos un organigrama que una habitación de hotel.

El director y Roland se han mirado. Tendrían que haberlo pensado. No se resume semejante experiencia en una frase. Estamos en el siglo xx, ya no en la Edad Media. Los locos quieren seguir estándolo unas horas más. ¿Cómo tenérselo en cuenta?

Roland comprendía a sus compañeros, el director comprendía a su personal: aquellos hombres y mujeres que habían querido, ellos también, soñar durante un día, que habían querido penetrar unas horas en la abadía de Thélème imaginada por Rabelais, aquella cuya magnífica divisa era «haz lo que quieras», la abandonarían un día pero no lamentarían nunca esa estancia en el reino de la Utopía.

Roland notifica que se celebrará una nueva asamblea general la mañana siguiente. Los deja dispersarse, acordándose de que tiene que preguntar por el marido de Denise a primera hora y elevando una oración puramente laica para que su hijo no salga herido de los enfrentamientos cuyos ecos les llegaban apagados. De repente se siente agotado también él.

Las ratas se disponen a pasar una nueva noche de fiesta al aire libre.

Aristide Aubuisson sigue sin poder conciliar el sueño. Ha abierto la ventana y se ha puesto a contemplar el jardín de las Tullerías y los tejados de París. ¡Qué largo camino ha recorrido desde los tiempos en que, depauperado oficial de notario, tenía que contentarse con hoteles cochambrosos y apartados! Cuántas veces lo despertaban en plena noche los ruidos de los vecinos, de los delgados que eran los tabiques. Desfilan por su memoria los papeles pintados despegados por la humedad, las ventanas que dejaban filtrarse el frío glacial de los inviernos de la guerra, los retretes nauseabundos al fondo del pasillo, la miseria laboriosa de aquellos barrios del Este parisino. Con el tiempo, la amargura del recuerdo se había difuminado, dando paso a la nostalgia de un marco que había albergado su juventud: el tiempo de lo posible.

Esta noche se halla en una habitación con muebles de un falso Luis XVI pretencioso y rutilante, su cuarto de baño exhala gratos efluvios a madera encerada y, desde su ventana, disfruta de una de las vistas más espectaculares de París. No tiene más que pulsar un timbre para satisfacer un capricho. Por la mañana le cambiarán las sábanas.

De pronto le viene a la memoria un recuerdo. En diciembre de 1941, se alojaba en un hotelillo del boulevard Ornano. Solía cruzarse con una pareja de clientes, Cécile y Ernest Bruder, que habían huido de Austria en el caso de él, de Hungría en el de ella, allá por los años veinte. Cuando le contaron que, desde su boda, no habían vivido más que en habitaciones de hotel, se quedó sorprendido: el hotel se situaba así en los

dos extremos de la fortuna: por un lado la miseria que impide alquilar un piso, por otro el lujo que permite evitar tales sujeciones.

Un día acudieron a llamar a la puerta de la habitación de Aristide para pedirle consejo: dos semanas atrás, un domingo por la noche, su hija Dora, de quince años, no había regresado al internado del Saint-Coeur-de-Marie, donde llevaba seis años interna. Estaban aterrados y se veían imposibilitados de hacer nada. No habían acudido a la comisaría y denunciado la fuga para no llamar la atención sobre ella: Ernest Bruder no había declarado a su hija cuando se realizó el censo de judíos en octubre de 1940. Pensaba que una alumna de un colegio católico se hallaba a salvo de posibles persecuciones.

La angustia de aquellos padres sin noticias de su única hija había conmovido a Aristide. Comprendía sus reticencias. ¿Era prudente ir a arrojarse a la boca del lobo? Los tiempos estaban cargados de una violencia inédita e insoportable, que respondía a nombres como toque de queda, redadas o detenciones arbitrarias. El hotel era tan modesto que no disponía ni de línea telefónica. Aristide les hizo una sugerencia. ¿Por qué no publicar un aviso de búsqueda en un diario muy leído, por ejemplo el *París-Soir*? Fue lo que hicieron. El anuncio apareció el 31 de diciembre de 1940. «Se busca a una muchacha, Dora Bruder, 15 años, 1,55 m, cara ovalada...».

En marzo de 1941, Aristide Aubuisson abandonó París. Pocos días antes, arrestaron a Ernest Bruder, que seguía sin noticias de su hija. Finalmente se había decidido a denunciar la desaparición de Dora en la comisaría del barrio de Clignancourt: ¿precipitó esa declaración su arresto en una época en que la discreción era una garantía de supervivencia?

Una notaría de Montargis contrató al joven oriundo de la zona. Se hundió, se empantanó, se perdió en una existencia monótona, compuesta de deberes y de distracciones previsibles. Fue un notario escrupuloso. Vendió casas, resolvió sucesiones, firmó contratos matrimoniales. No se perdió una sola reunión del club de bridge de las tardes de los domingos. Aceptó dos veces al año la invitación a comer del alcalde y señora. Pasó cada Navidad con su madre, que nunca se lo agradeció y acabó abandonando este mundo la víspera de sus noventa años. Desempeñó su papel de notable, consciente de que su posteridad sería inexistente y su existencia, al margen del lustre local, insignificante.

Con todo, nunca olvidó aquella época extraña de la Ocupación, el hotel cochambroso del boulevard Ornano y la desaparición de la muchacha. Con el paso de los años, aquel asunto cobró relieve en su memoria. ¡Su vida posterior había sido tan mortecina! De tarde en tarde volvía a pensar en la joven Dora Bruder, preguntándose si al final había reaparecido en el boulevard Ornano.

Y, mira por dónde, esta noche viene a obsesionarle ese recuerdo. ¿Puede dar una gacetilla para escribir una buena novela? Le consterna en este instante no ser escritor. Luego se acuerda del galardonado en esa comida: le gustaría comentarle aquel asunto. Recuerda perfectamente lo que ha contado: aunque nacido posteriormente, el



periodo de la guerra le interesa en sumo grado. «Mi noche original», dijo. A Patrick Modiano, ese escritor que confiesa adorar la oscuridad, venerar la ambigüedad, el misterio, la turbiedad, debería intrigarle la fuga de una muchacha de quince años en un París ocupado por los alemanes. Podría sugerirle escribir esa historia. Incluso tal vez dé con el paradero de Dora, que reaparecerá casada en el fondo de una apacible provincia francesa y madre de una numerosa progenie. Al pensarlo, el notario emérito no puede evitar sonreír. Ha pensado muchas veces en la inquieta pena de los Bruder. Sí, le apetece mucho volver a ver a ese joven singular. Mañana mismo Aristide le preguntará a Florence Gould su número de teléfono. Le propondrá al escritor que pase a tomar una taza de té en el Meurice. Será otro día memorable.

Por primera vez en mucho tiempo, Aristide Aubuisson se ha acostado deseoso de que llegue el día siguiente. Las curaciones suelen presentar esa clase de preliminares. Sorpresas que nos da la vida.



Pauline Dreyfus (1969): trabaja como periodista, y es autora de *Le père et l'enfant se portent bien*, un conjunto de ocho *nouvelles* sobre la experiencia de ser padres, y *Robert Badinter, l'épreuve de la justice*, una biografía del que fue presidente del Consejo Constitucional y ministro de Justicia francés. Debutó como novelista con *Immortel, enfin*, sobre la figura de Paul Morand, que en 2013 se alzó con el Prix des Deux Magots por unanimidad por primera vez en la historia del premio. Con *Son cosas que pasan* fue finalista de galardones como el Goncourt, el Giono, el Décembre y el Interallié, y recibió el Premio Fundación de la Memoria Albert Cohen.

## Índice de contenido

El banquete de las barricadas

Autora